



CANCIÓN DEL DÍA Y DE LA NOCHE

Poesía Escogida

JOSÉ LUIS HEREYRA COLLANTE


CECAR
EDITORIAL

CANCIÓN DEL DÍA Y DE LA NOCHE

Poesía Escogida

JOSÉ LUIS HEREYRA COLLANTE



2021

Fue arbitrado bajo el sistema doble ciego por expertos en el área.

Corporación Universitaria de Caribe–CECAR

Rector

Noel Morales Tuesca

Vicerrector Académico

Alfredo Flórez Gutiérrez

Vicerrectora de Extensión y Relaciones Interinstitucionales

Liliana Patricia Álvarez Ruiz

Decana de la Facultad de Humanidades y Educación

Leslie Yulieth Bravo García

Coordinador Editorial CECAR

Jorge Luis Barboza

editorial.cecar@cecar.edu.co

<https://libros.cecar.edu.co/index.php/CECAR>

© 2021 José Luis Hereyra, autor.

ISBN: 978-628-7515-03-1 (impreso)

ISBN: 978-628-7515-04-8 (digital)

DOI: 10.21892/9786287515048

Corrección de Estilo: José Luis Hereyra

Ilustración de la portada: Jesús Monterroza

Colección **Prosa**

Sincelejo, Sucre, Colombia.

Hereyra Collante, José Luis

Canción del día y de la noche : poesía escogida / José Luis Hereyra Collante. -- Sincelejo : Editorial CECAR, ©2021.

306 páginas

Colección Prosa

ISBN: 978-628-7515-03-1 (impreso)

ISBN: 978-628-7515-04-8 (digital)

1. Literatura colombiana -- Siglo XXI 2. Poesía colombiana -- Siglo XXI I. Título

861.5 H543 2021

CDD 22 ed.

CEP – Corporación Universitaria del Caribe, CECAR. Biblioteca Central – COSiCUC

Contenido

Sobre el autor	9
Summa Propia - José Luis Hereyra: Poesía Escogida	12
La Ecuación de Dios	17
El devenir de un poeta: José Luis Hereyra Collante	27
Sombras y Luz: La Poesía Profética y Humanista de José Luis Hereyra.....	34

Poemas del libro "Memoria no inicial" (1985)

ORACIÓN DE UN POETA.....	50
CANTO UNO.....	53
COLUMNA DE SANGRE	59
CÍRCULO DE PIEDRA	65
CANCIÓN DEL DÍA Y DE LA NOCHE	67
PRINCIPIO.....	75
GARRINCHA	76
GUAGUANCÓ.....	80
MEMORIA NO INICIAL.....	86
LOS AMANTES.....	92
VALS DEL HASTÍO.....	96
LA ESPERA DE ODÍN	99
FLEA MARKET.....	100
ZOO	103
RELATO DE LA AUSENCIA	106
PARTING	108
ABANDONO.....	110

Contenido

LORICA.....	112
ACANTILADO	113
TIMELESS	114

Poemas del libro "Esquina de seis"

(1989)

HOMBRE.....	116
BALADA DE ESTE FUEGO	120
RELÁMPAGO	122
ELIS, LA REGINA.....	123
LAS ESTACIONES.....	124
VINO DE CIELO	125
ST. LOUIS (MISSOURI).....	127
ESQUINA DE SEIS	128
AFTERNOON DANCE.....	132
EL ORIGEN.....	133
CANTO DEL UNIVERSO EN SANGRE	135
BALADA DE LAS DOS MUJERES.....	139
CASA ESCARPADA.....	141
VÍA 40	143
CANCIÓN PARA ALMITA.....	144
FLUIDO GRUESO	147
SIN SABER SI PEZ A ÚLTIMA BOCA	150

Poemas del Libro "Direcciones del cielo"

(1989)

QUILLA ROTA.....	163
STRING DOLL	166

Contenido

TRASLACIÓN DE LO ROSADO	169
DESLUMBRAR DEL DESCANSO	172
SOBRE LA DIGITAL AUSENCIA	176
DIRECCIONES DEL CIELO.....	178

Poemas del Libro "Kilimanjaro, corazón helado"

(2000)

DANZAS CON LAS QUE SIEMPRE RETORNARÁN LAS ESTACIONES.....	184
VIENTO QUE CORRE DESDE EL SUR SOBREVIVIENTE	189
KILIMANJARO, CORAZÓN HELADO	193
COMO HANSEL Y GRETEL.....	195
LA PALABRA, LA CREACIÓN Y ELLA	198
CANTE JONDO DE LA OSCURA GUITARRA VIVA.....	202
BOSQUEJO INICIAL PARA UNA NUEVA ARCA FINAL.....	206
ARCO RITUAL DEL SONIDO INICIAL DESAPARECIDO EN INTENCIONALES LABIOS ANDROFÁGICOS	208
TEMPORADA ALTA.....	216

Poemas del Libro "Casa de luz"

(2016)

CORAZÓN DE LUZ.....	220
CIRCOS DE MUERTE	222
CANCIÓN DE LA LLUVIA NOCTURNA	226
AQUEL NUESTRO HOGAR.....	229
SANTA MARTA.....	232
CASA DE LUZ	236
CANCIÓN PARA ILSE	239
CANCIÓN DE CUNA A JUAN MANUEL EN EL CIELO.....	241

Contenido

RIOHACHA, 12 MERIDIANO	243
INVOCACIÓN DESDE EL ABISMO	245
CANCIÓN DE MIS TRES NIÑAS.....	248
BALADA DEL PADRE AUSENTE.....	251
SINÚ, DICIEMBRE DE 1998.....	253
OLVIDARÁS LA AFRENTA DE LAS ENCINAS QUE AMASTE	255
URNA DE UN DÍA, ESTEPA DE TIEMPO.....	258
RITUAL DE LOS NÁUFRAGOS CIEGOS	261
NUESTRO AMOR.....	264
SED Y DESPUÉS UNA SONRISA.....	267
MEMORIA Y ANHELO DE SUS FORMAS EN LA LUZ	270
LOS NIÑOS DE LOS PARQUES	275
REFLEXIÓN DE LA PRINCESA SOBRE LA PIEDRA HÚMEDA.....	277
SIETE AÑOS DESPUÉS	280
REITERATIVA LA ACTITUD	283
SOBRE LA SOLEDAD.....	286
CONSUMACIÓN	288
DESFILADEROS.....	293
CONCERTACIÓN DE LO AJENO.....	296
PARÁBOLA DEL FUEGO	298
LAS CARAVANAS	300
EL DISEÑO DEL ALMA.....	301
BRUMA REINCIDENTE.....	302
SOBRE LA CAVERNA DE LA VÍBORA	303

*Bendito sea Dios,
Que no echó de sí mi oración,
ni de mí su misericordia.*

Salmo 66: 20

A la memoria del Dr. Noel Morales Calao

Sobre el autor

José Luis Hereyra Collante

Escritor, poeta, periodista, lingüista, corrector, traductor, docente y asesor/consultor internacional de Bilingüismo, nacido en Barranquilla, Colombia. Traductor internacional simultáneo, técnico, científico, deportivo y literario. Traductor simultáneo y escrito de El Heraldo y Cadena Radial Olímpica en el Béisbol de Grandes Ligas de los Estados Unidos, por muchos años.

Profesor de Inglés, Español y Literatura por más de 48 años. Bachiller del Colegio Americano de Bogotá. Estudió Filología e Idiomas en la Universidad del Atlántico e Inglés y Francés Avanzados en el prestigioso Instituto de Lenguas Modernas—ILM de Barranquilla. Licenciado en Español y Literatura de la Corporación Universitaria del Caribe—CECAR y Bachelor of Arts in Spanish and Literature en Montclair, New Jersey, EE. UU.

Periodista de El Espectador de Bogotá en 1978. Fundador y Director del Centro de Idiomas, de Relaciones Internacionales y de Cultura de la Universidad del Sinú, Montería por varios años. Profesor de Inglés y Literatura; Corrector de Estilo y Traductor Institucional; Asesor de Rectoría, Posgrados y Centro de Idiomas de la Corporación Universitaria del Caribe—CECAR, desde 1994 hasta la fecha.

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

Profesor internacional bilingüe de excelencia académica, certificado en los EE. UU., donde obtuvo la calificación más alta, históricamente, 199 sobre 200, en el famoso examen Praxis II de ETS, en Newark, New Jersey, el 16 de abril de 2005.

Coordinador Nacional de Bilingüismo, 2007-2014, de la Dirección General del SENA en Bogotá, para el Programa Nacional de Bilingüismo SENA “Inglés para todos los colombianos”.

Columnista nacional de El Meridiano de Sucre y El Meridiano de Córdoba, e internacional de Café Berlín de Alemania y Latinoamericanos en Suecia de Estocolmo. Miembro del Colegio Nacional de Periodistas, de la Asociación Colombiana de Profesores de Inglés-ASOCOPI, de la Unión Nacional de Escritores-UNE, de la Asociación de Escritores de la Costa, de la Unión de Escritores de Sucre, del Parlamento Internacional de Escritores e Intelectuales del Caribe Colombiano y del Diálogo Internacional entre Civilizaciones a través de la Poesía de la UNESCO en 2001. Corrector de Estilo y Traductor Institucional de CECAR.

Premios y Distinciones Literarias, Nacionales e Internacionales:

- Premio El Espectador de Literatura, Cuento “El desagüe”. Bogotá, septiembre 1971.
- Premio El Espectador de Literatura, Cuento “Disección de un desencuentro”, Bogotá, enero 1972.
- Finalista Premio Nacional de Literatura Vanguardia Liberal/Revista Jorge Zalamea, Cuento “El peso de ser hombre”, Bucaramanga, 1979.
- Premio Iberoamericano de Poesía, “Garrincha”, Colombia-Chile, 1985.
- Finalista Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia, “Esquina de Seis”, Medellín, 1989.

- Finalista Premio Mundial de Poesía “Famous Poets Society”, en Lengua Inglesa, Estados Unidos, junio de 2000.
- Finalista “International Library of Poetry Award”, en Lengua Inglesa, Estados Unidos, julio de 2000.
- Premio Internacional Libro de Oro de la Literatura Colombiana 2019, otorgado por el Parlamento Internacional de Escritores, Cartagena de Indias.

Libros Publicados:

- “Memoria no inicial”, Editorial Lealón, Medellín, 1985.
- “Esquina de seis”, Editorial Lealón, Medellín, 1989.
- “Direcciones del cielo”, Área Metropolitana, Barranquilla, 1996.
- “Kilimanjaro, corazón helado”, Editorial CECAR, Sincelejo, 2000.
- “Casa de luz”, Ed. Virtual Asterión, U. del Atlántico, 2002.
- “Entre la sangre y el destino”, Dir. Gral. SENA, Bogotá, 2008.
- “Casa de luz”, MarOrAl Editores, 2016
- “El desagüe”, Cuentos, reportajes y artículos, Editorial CECAR, 2020
- “Canción del día y de la noche”, Poesía Escogida, Editorial CECAR, 2021

Summa Propia

José Luis Hereyra: Poesía Escogida

Miguel Iriarte

Prologar esta antología del poeta José Luis Hereyra desborda necesariamente los límites mismos que plantean los más de ochenta poemas que en ella se recogen, provenientes todos de cinco libros de poesía escritos y publicados en los intersticios de una vida intensa y azarosa, que ha enriquecido un pensamiento poético personal y distintivo, de inusitada fuerza expresiva, hecho de orfandad, filialidad, amistad, amor, dolor, soledad, lecturas, estudio, trabajo y peligro. Todo eso está recogido de muy diversas formas en esta antología que es, de alguna manera, un ajuste de cuentas, no solo con la poesía del propio autor sino con la poesía que se ha escrito en el Caribe colombiano.

Mi experiencia de conocimiento y cercanía con el poeta y con su poesía datan de comienzos de los años 80; su monstruosa memoria para reactualizar aquellos extensos poemas suyos celebrados y recogidos luego en su primer libro; o la magnífica lectura interpretada de esos mismos poemas y de otros más cortos, pero llenos siempre de reflexión y reclamo a las causas supremas; su presencia arrolladora, intimidante quizá, para quienes no lo conocían bien, pero al mismo tiempo profundamente humano, demasiado humano, dibujan para mí la imagen del poeta Hereyra, en aquellos días en los que desde entonces no hemos podido dejar de ser amigos.

Muchos se quedaron por mucho tiempo con la idea de ese poeta Hereyra de voz y presencia efectistas en su comunicación, mientras otros más nos concentrábamos en ese canto alto, extenso, de profundas indagaciones humanas y sociales, sin que en ningún momento “compromiso” alguno o cualquier otra pretensión o preocupación de tipo social o política interfiriera en la libertad inatajable de su canto.

En los inicios de esa época su poesía empezó a ser un referente indudable en la poesía del Caribe colombiano, en los mismos momentos en los que el país experimentaba el sensible estremecimiento que representó la aparición de la poesía de Raúl Gómez Jattin en nuestra poesía nacional. Pero la poesía de Hereyra estuvo también allí en la brecha, abriendo su propio camino con unas señales particulares que se consolidaron en las décadas siguientes hasta llegar a ser la poesía de poderoso tono y de cierta perturbada sintaxis —impecable, sin embargo, en su factura lingüística—, con la que sigue interpelando en registros diversos a través de un discurso poético único que no tiene referentes fáciles para asociarlo en ese denso bosque de ecos y resonancias que es toda nuestra poesía hispanoamericana.

Una poesía que, además, como agua incorregible suele inundar también los predios de sus textos en prosa, cuentos, notas y artículos, redefiniendo en ellos los alcances de su expresión literaria.

Hay que decir que todos los poemas aquí recogidos, con los que revisitamos ahora el mundo que hace posible la palabra del poeta, es una poesía que no se conoce como debería conocerse entre nosotros, por ese grave defecto de circulación que tiene en general la poesía en nuestras sociedades, y por la precaria circulación de nuestras ediciones en el Caribe colombiano. Pero tenemos que reconocer que hoy estamos en un momento comunicacional completamente distinto a nivel global, y eso me permite

estar completamente persuadido de lo que significará esta antología en el proceso de conocimiento, reconocimiento, redescubrimiento y valoración de una poesía que sigue intacta en su poder de belleza y conmoción.

Esta edición abre con cuatro prólogos que iluminan, cada uno a su modo, diferentes aspectos histórico-biográficos, así como significados expresos y latentes de sus poemas, y nos ofrece enseguida el encuentro con 22 de los poemas más certeros de su trabajo poético, recogidos en el libro *Memoria no inicial* publicado en 1985, y en los que resulta imposible no volverse a detener en textos como el mismo "Memoria no inicial", "Los amantes", "Abandono", "Relato de la ausencia", "Flea Market" y "Pradera de caderas", entre otros. Poemas para recordar y celebrar la fundación de una voz que esta antología entrega para la posteridad.

Les siguen a esos, textos de grata recordación también, como los recogidos esta vez en su segundo libro titulado *Esquina de seis* (1989), en los que Hereyra nos regala poemas que patentizan el crecimiento de su estatura poética en piezas como "Hombre", "Balada de este fuego", el poema en portugués dedicado a la genial cantante brasilera Elis Regina, "Esquina de seis", "Sin saber si pez a última boca", "Fluido grueso" y "El origen", en los que con la misma voz dice el mismo y otro canto y la construcción de sus versos y la articulación de sus ritmos se ratifican y varían al mismo tiempo.

Un tercer momento de esta antología lo constituyen la selección y organización de unos poemas datados también en 1989 y recogidos en el libro *Direcciones del cielo*, pero que son textos que si bien comparten calendario con los anteriores son menos conocidos que aquellos y muestran una sucesión de pasos distintos en el quehacer del poeta que le sirven para reafirmar una manera de concebir lo poético y de seguirlo diciendo de una

manera personal. De esta selección no puedo dejar de mencionar logros como “Direcciones del cielo”, “Deslumbrar del descanso”, “Traslación de lo rosado” y “Quilla rota”.

Le siguen los poemas de un libro cuyo título ha sido siempre para este lector algo al mismo tiempo fascinante y misterioso, se trata de *Kilimanjaro, corazón helado* (2000). En este cuarto momento de la antología quedan redondeadas en su logro las maneras poéticas que Hereyra ya venía desarrollando desde sus poemas iniciales, en los que la voz de largo aliento, el espíritu altamente lírico de su evocación poética, pero desarrollado en una especie de épica sensible del relato, crea una conjunción de atmósferas que se entrecruzan y envuelven el poema en una estética que es, desde luego, una retórica iluminada y que Hereyra ya ha naturalizado en su poesía. Prueba de ello son los textos: “Danzas con las que siempre retornarán las estaciones”, “Viento que corre desde el sur sobreviviente”, “Cante jondo de la oscura guitarra viva”, “Arco ritual del sonido inicial desaparecido en intencionales labios androfágicos”, entre otros.

Y cierra la antología una quinta selección, esta tal vez más numerosa en poemas que las de las anteriores partes, pertenecientes estos al libro *Casa de luz* (2016), en donde encontramos la voz del poeta más reposada en su canto, con una vibración vital que no es la del delirante canto de Odín, sino una entonación aplicada en versos de fuerza contenida y dolorosa y de memoriosos recuerdos familiares y amistosos que nos invitan a descubrir en la sensibilidad del poeta la sabiduría inapelable del que se conoce en sus adentros gracias a los instrumentos de navegación interior que la poesía nos presta, y Hereyra nos lo ofrece en un acto que tiene mucho de honorable entrega sacrificial. Me quedo y exalto para mi propia íntima consumación textos como los que el poeta ha titulado “Circos de muerte”, “Canción de la lluvia nocturna”, “Santa Marta”, “Casa de luz”, “Riohacha

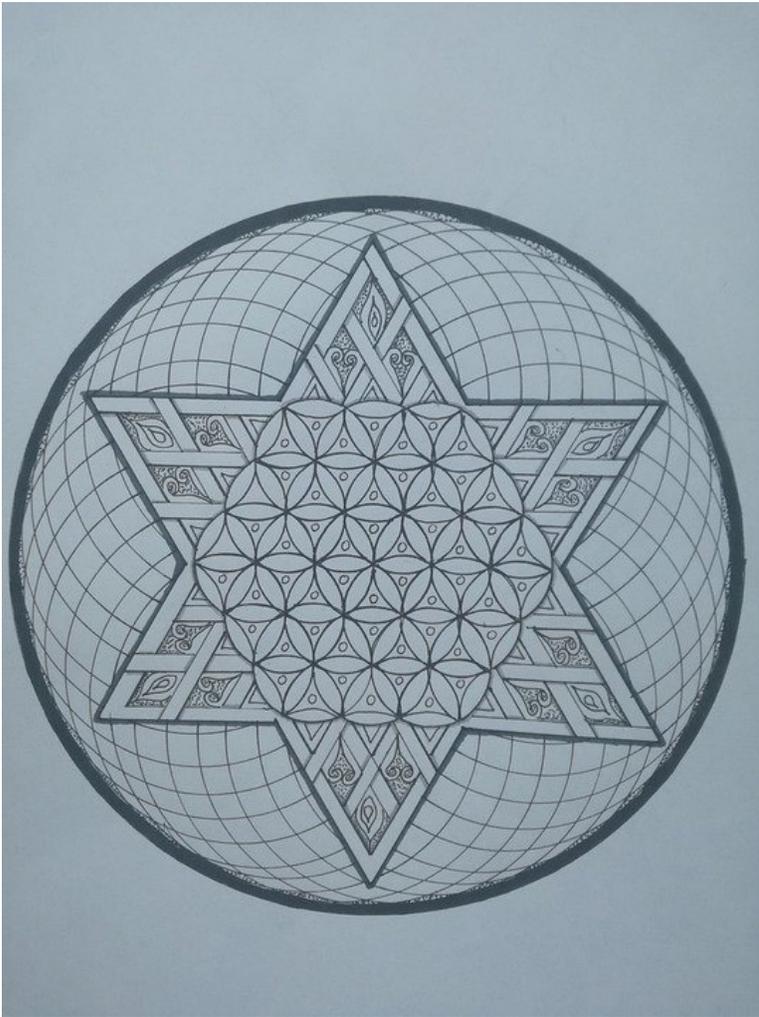
Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

12 meridiano”, “Invocación desde el abismo”, “Olvidarás la afrenta de las encinas que amaste”...

Gracias al poeta Hereyra por invitarnos con esta antología a acercarnos y a estar alrededor de esta celebración profunda de su palabra. Excelente oportunidad para seguir poniendo las cosas en su orden cuando se trata de buscar la poesía entre las voces que ya están en nuestra memoria colectiva, pero que reclaman también el recuerdo futuro del que está en la obligación de conocerlos y llevarlos como una lámpara encendida a sus propias zonas de tinieblas, como lo hace toda gran poesía.

La Ecuación de Dios

Manuel Guzmán Hennessey



Ese conjunto de azares benevolentes que es la vida, esa manera suya de agazaparse entre las muchedumbres para ponerlo a uno en el lugar mejor que tiene la poesía para afirmar la vida, permitió que yo fuera testigo del momento en que José Luis Hereyra Collante hizo conciencia de toro.

Necesitaré explicar, más adelante, lo que significa “hacer conciencia de toro”. Por ahora, daré la fuente de este conocimiento no tan común, pero, en este caso, útil para explicar la potencia superior de la poesía. Conciencia de toro. Quien me enseñó que esta rara virtud era posible, tan solo en el 0.12% de los artistas, fue un ilustre etólogo de Tarifa, que vivió entre nosotros: el profesor Agustín Díaz de Campoamor, muerto en accidente de carretera, hace ya muchos años, en tierras de Antioquia (vaya para él una palabra de amor). Campoamor me explicó que si bien esta condición se daba, por igual, en el amplio conjunto de la especie de los bóvidos, era en solo en dos que ello se producía con mayor potencia explosiva: en los toros y en el ñú barba azul.

El día que Hereyra Collante hizo conciencia de toro fue sábado. Y el año sería 1981 o 1982. Entró, como una tromba venida de los mares, a la casa de Jesús María Guillem Barrio, y dijo: ¡Pradera de Caderas! ¡Quiero que escuchen este poema que acabo de escribir!

Caderona tú donde no es posible la cesárea, amplitud tú, que conviertes ochenta kilos de hombre en frágil indefensión acurrucada, ... pasamos hambre, mi abuela, mi hermano Gustavo y yo, después de la orfandad...

Puede comprobar el público que aquellos ochenta kilos de 1982 han devenido en algunos más, en virtud, también, del fenómeno conjunto de conciencia y alimentación de toro que Hereyra fue consolidando, a partir de

aqueños años de *Memoria no Inicial*, *Disección de un Desencuentro*, *Oración de un Poeta* y *Garrincha*.

...Cintura rota al otro fue el secreto / y no supiste, de tanto engañar a los demás donde tú estabas...; ...Inclíname, viento. / Que mi voz y mi espalda se confundan para que toda víctima del sufrimiento / pase por el puente de mi canto hacia la vida...

Hay un momento, en el corazón del poeta, en que se rompen, explosivas, sus arterias fluviales, y un nuevo y eterno río, antes no descubierto ni nombrado, brota de sí radiante y se instala feliz en el paisaje, como una mancha púrpura, desde el mar de su cuerpo hacia la vida. Ese nuevo río es la poesía. Y el arte, como dijo Whistler, sucede. Y consiste (tantos lo han dicho) en poner en el mundo algo que antes no existía. Es el único acto de creación que le es posible al humano. Por eso, los poetas, dijo Cocteau, no mueren, solo fingen morir, porque no son simplemente humanos o *demasiado humanos*, como escribiera Nietzsche, sino que son demiurgos.

Ahora bien, ser semidios y ser toro al mismo tiempo, demanda tal inversión de energías productoras de la vida, que el cuerpo queda siempre en desventaja. Pero, de aquel intercambio, sale ganando la poesía. *Cada poema un paso hacia la muerte*, escribió Álvaro Mutis.

Cada poema un pájaro que huye / Del sitio señalado por la plaga... /

Cada poema un paso hacia la muerte... / cada poema un estruendo / de lienzos que derrumban / sobre el rugir helado de las aguas... /

Cada poema esparce sobre el mundo / el agrio cereal de la agonía.

Hereyra ha publicado seis libros de poesía. Y muchos cuentos, relatos, prosa poético-filosófica, ensayo, artículos y reportajes periodísticos, que dan cuenta de un periplo vital pródigo y biodiverso. En el cuento “El peso

de ser hombre” se puede leer esto, que escribió en 1980, y que lo define: *El hombre entendió, por fin, que el sueño es libertad.*

El día que llegó a la casa de Guillem Barrio para hacer allí conciencia de todo lo que, para él, entrañaba su ser de poeta, quienes lo vimos supimos que no era un animal cualquiera; mucho menos un bóvido cualquiera. Toro mayor de la poesía castellana, de la estirpe de Rimbaud, que pronto agotó su periplo de toro y se fue al África a cazar elefantes. De la estirpe de Swedenborg, que murió cantando, y de aquella rara estirpe de George Trakl, que murió masticando morfina en el viejo hospital de Cracovia. De la estirpe, también, de Malcolm Lowry, que murió tocando el ukelele mientras disolvía cápsulas de amital sódico en jugo de naranja, pero, que antes había escrito: la única esperanza es el próximo trago.

Quisiera detenerme en el momento en que Hereyra hizo conciencia de toro. Y hablar un poco de la evolución que tuvo aquella conciencia, cultivada con el correr de los años, primero en la agreste Barranquilla, y luego en las Sabanas de Sucre y Córdoba, finamente engastadas, como joyas que son, entre el azul de los Montes de María y el valle fértil y tembloroso que riega el río Sinú, adonde Hereyra pudo recibir, de las manos amorosas de Josefina Guerra, pasturas finas, carnes magras, pescados ariscos y vegetales tiernos. Todo ello acabó nutriendo su poesía. Y así fue como las angustias, las alegrías, la vida y la muerte unidas, que se expresan en la evolución de su literatura, desde 1971 hasta 2021, fueron tomando, cada una, su lugar en el mundo, y acomodándose, al mismo tiempo, en su cuerpo en decidido crecimiento, *hasta ajustarse, a la boca del hombre que hoy soy yo... / ...yo, tan indefenso, espejo del primer hombre y los demás.*

Permítanme explicarlo mejor desde una parte de su cuerpo ya nombrada en el verso que acabo de citar, del poema “Pradera de Caderas”: me refiero, no simplemente a la boca, sino al aparato fonatorio con el cual Hereyra dice su poesía. En ese aparato fonatorio (tráquea, cuerdas vocales, laringe, faringe, pulmones y mediastino, yugular, espalda y cervicales, cuello y hombros, bramidos) su boca es tan solo el instrumento de su “Canto Uno”, de su “Canción del Día y de la Noche”, de su “Vals del Hastío” y de su “Balada de este Fuego”: “Danzas con las que siempre retornarán las estaciones”.

Sabemos que no se escribe con las manos, ni se ve con los ojos, ni se dicen las cosas con la boca, sino que se escribe, se ve y se habla con el cerebro, por lo cual es preciso decir que el arte siempre expresa la evolución de la historia del arte. Y, en el caso de la poesía, toda la poesía que es *toda la historia del hombre*, pues habrá que decir, también, que la poesía es el arte primordial y, al mismo tiempo, la suma de las artes. Por eso, cuando Hereyra dice *espejo del primer hombre y los demás*, en realidad está diciendo la historia de todos los hombres, y afirmando, para que nunca se nos olvide, que ser hombre de verdad, hoy significa ser *planeta coronado de esperanzas, siempre, / aún dentro del misterio de los ríos sin fin, / aún dentro de la ruta incierta del lucero taciturno / y de las palabras...*

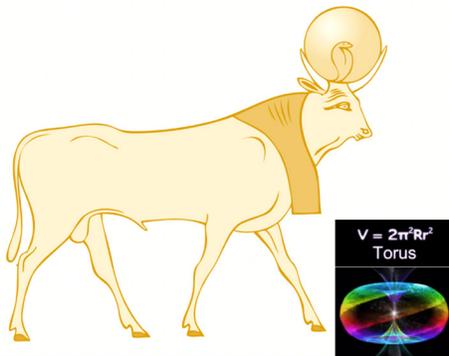
Él mismo se encargó de decirlo con las palabras más precisas que tiene el lenguaje castellano para decir la poesía: *Vi la historia del hombre avanzar encguecida / a recobrar la inocencia mineral, vegetal, animal, cósmica: / laberintos de metal conduciendo a jardines que se extendían más allá de las estrellas. / Vi infinitas visiones que diluyeron mis ojos y oscurecieron el resplandor de mi alma: / ácido fueron a mi fe terrenal, ya temblorosa. / En muchos hombres los sueños eran bisontes sedientos y pumas agotados. / Solo permanecía el único e interminable dolor / de ser hombre: / una tempestad, un punto.*

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

Don Antonio Machado, Pedro Salinas, Federico García Lorca, Pedro Calderón de la Barca, Tirso de Molina, Jorge Luis Borges, Pablo Neruda, Eliseo Diego y el inca Garcilaso de la Vega. Todos están en este verso.

Pero debo volver al aparato fonatorio, porque es ahí, donde resuena mejor la poesía que vengo nombrando. De ella se ha dicho que cobra su mejor expresión cuando uno tiene el privilegio de escucharla de su voz. Y se ha dicho, quizá de manera equivocada, que él “declama” sus versos con una fuerza que es casi sobrenatural. Lo segundo no es cierto; lo primero, sí. Hereyra no declama sus versos; simplemente dice su poesía con lo que tiene: un aparato fonatorio puesto precisamente ahí por los azares benevolentes de la genética, para decir su poesía con una fuerza no de humano sino de toro.

Los invito a concentrarnos en su cuello. Cuando Hereyra escribió “Pradera de Caderas” pesaba efectivamente 80 kilos, y su cuello medía 44 centímetros. Ya hablamos de los kilos, de manera que ahora hablaré de su cuello: 64 centímetros de evolución en circunferencia. He ahí, en ese número 64, su conciencia de toro, y voy a explicar por qué, aclarando de antemano que este conocimiento lo debo, no a mi limitado trabajo de investigador, sino a las enseñanzas del etólogo de Tarifa ya nombrado al comenzar este escrito.



El Símbolo de Osiris —llamado también la Flor de la Vida o la Ecuación de Dios— es la figura que ustedes pueden ver como introducción de este texto. Representa un vector en equilibrio que irradia doce líneas de energía iguales. El modelo primario de esta corriente de energía en equilibrio, alrededor de esta estructura, se conoce con el nombre de *toroide*. Las líneas estabilizan su centro como los doce radios de una rueda. La energía toroidal, presente en la nueva Física y, quizá, en una nueva manera de entender el Universo, es la energía superior de la poesía. La única que es capaz, a través de un humano, de crear. Si uno amplía el modelo toroide a su siguiente escala, nos da 64 pirámides llamadas tetraedros.

Ahora bien, si incluimos en este modelo a las esferas que representan el campo de energía toroidal y que envuelven cada una de las pirámides, descubriremos una matriz sorprendente: la superposición exacta del Símbolo de Osiris, un modelo tridimensional que fue grabado por un objeto candente, hace miles de años, en el muro de piedra del templo egipcio. Este mismo símbolo de los 64 hexagramas está en el Muro de China, construido en 1420. Y en la Ciudad Prohibida, donde están los Dioses del Sol, y en cuya entrada están los Perros Fúnebres, considerados los guardianes del conocimiento, que la protegen con colmillos y patas. ¿Y qué es lo que protegen los Perros Fúnebres de la China? Pues la misma figura geométrica de 64 pirámides.

El patrón de 64 puntos aparece en muchas culturas del mundo, como el Calendario Maya, las Tabletillas Sumerias, el Árbol Cabalístico de la Vida, el Sistema de Sabiduría del I Ching. Y también en la ciencia moderna. La doble hélice de la genética mendeliana tiene un alfabeto de 64 cordones que se utilizan para codificar el ADN humano. La conciencia de toro que hizo Hereyra en la casa de Guillem era, evidentemente, la conciencia de la poesía y de la vida.

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

Cuando Díaz de Campoamor me explicó la noción toroidal de las 64 pirámides concéntricas, me puse a buscar en la historia y encontré numerosas referencias, todas relacionadas con la llegada de los Dioses del Sol. Quiero decir, los Dioses de la Luz y de la Poesía. Entonces, comencé a pensar en las palabras que pondría aquí, para hablar de Hereyra Collante.

Hoy vengo a hablar, a cantar... / a estremecer con mi alma las almas de piedra / y también a los hombres que tienen en la vida, largas huellas / como dejadas en la arena... / les hablo a los hombres que sondean las estrellas / a los que nacieron sin las esperanzas / a los que se rompen el cielo de adentro / con el tiempo todo / y sin tiempo alguno...

/ ... esta es la voz de un poeta, es el dolor trepado de adentro del hombre, / es el amor por vida, es el amor por el mar y los otoños / por lo que está más allá de las luces azules / o de la descomposición de la materia...

No podría dejar de mencionar que otra señal del azar se suma a las ya anotadas: escribo en agosto para la antología *Canción del día y de la noche*, la poesía escogida de José Luis Hereyra Collante. En esta época del año tiene lugar, según escribe el especialista y discípulo de Campoamor, Juan Carlos Botero, uno de los mayores eventos del mundo natural: la gran migración de animales en las vastas planicies del Masái Mara, en Kenia, en el costado oriental de África. Entre las múltiples conversaciones que tuvo el profesor de Tarifa con Botero, una de ellas, que solía repetir este último, descuella con luz propia. La que trata de la correlación de fuerzas entre los especímenes ñu barba azul y un viejo poeta del Caribe extraviado en el delta del río Sinú. La asociación mental de sus anatomías no era gratuita, tampoco la metonimia de sus comportamientos territoriales. Permitirán los lectores que empiece por el más grande. Se planta en la llanura del Serengeti y mira a su alrededor en un diámetro que alcanza los treinta

metros. Domina la circunferencia y ningún otro mamífero puede entrar allí sin su permiso. Dice un poema. Y luego permanece quieto por largo rato, oteando el horizonte y disfrutando de su extensa soledad como quizás lo haría el otro mamífero cuando elucubra las medidas de sus versos en las llanuras que deja el río cuando abandona, para siempre el valle y se precipita por unos meandros amplios, rápidos y peligrosos hasta el mar. Todos saben que tanto el dominio territorial de los ñus como el *ars poética*, son actividades que necesitan de la soledad para existir. Los primeros dominan la horda de individuos de menor jerarquía que osados les disputan las hembras y las hierbas. Los segundos también, y ambos ponen en el mundo algo que antes no existía: la poesía. El espécimen poeta de nuestra historia la decía con una voz tan potente como aceiteada por una música de siglos que trascendía fronteras y decibeles. Y he aquí que, entre los dos, y unas cuantas especies más de los diversos e intrincados géneros en que se resuelve la diversidad biológica del mundo, suman a *la creación innumerable*, como diría Vinicius de Moraes, toda la belleza inexplicada que le es posible a la vida en libertad.

Hereyra Collante nunca fue al parque nacional del Serengueti, donde queda la reserva de conservación del Ngorongoro, en el África central. Pero conservaba consigo, desde sus años de niño, un ejemplar de la enciclopedia Salvat de la fauna, que había llevado hasta su casa un vendedor de libros raros. Así pudo visitar, una y mil veces, aquel hermoso territorio de la luz y de la soledad, habitado por perisodáctilos y artiodáctilos, uno de los cuales acabó por convertirse en su más viejo y entrañable amigo, el ñu barba azul. Iba al Serengueti de la mano del antropólogo Leakey, quien descubrió al *Zhinjanthropus*, un australopitécido de un millón setecientos cincuenta mil años de antigüedad. Desde entonces, el poeta acostumbraba plantarse como un ñu en medio de la libertad, para mirar el

horizonte lejano de sus dudas y elaborar un pensamiento de amor afincado en la diversidad del mundo. Era así como renovaba su esperanza por el género humano. Caminaba luego hacia sus lados como un mamífero efímero y recordaba un verso de Walt Whitman: la verdad de lo que soy la llevo yo en mi rostro. La llanura del Serengueti no tiene árboles, solo hierbas bajas para los herbívoros. Pero él, en su imaginación, la llenó de árboles y de flores; plantó después un río como el Orinoco entre sus arenas desérticas para que fluyera el agua del río Sinú por aquellos parajes indómitos poblados de hienas y de gacelas y se regocijara la vida. Sembró entre sus praderas una verde esperanza y declaró la paz de los espíritus; plantó ocobos, gualandayes, robles, cedros, guayacanes, samanes y trupillos. Proclamó la paz del hombre con la naturaleza, la paz de la vida en su conjunto, y la paz entre la ciencia y el arte, disciplinas que habían mantenido una amarga disputa desde los albores del siglo diecinueve.

Los ñius salen de Tanzania en enero y suben hasta Kenia en julio, donde permanecen hasta octubre y luego dan la vuelta para regresar al sur, llegando a las tierras fértiles de Tanzania en noviembre y diciembre. El trayecto es una especie de óvalo que atraviesa ambos países, y al llegar al Masái Mara se enfrentan a uno de los muchos obstáculos que guarda el río Sinú. Los torbellinos, que el poeta Hereyra aprendió a sortear pasando por debajo, como un cetáceo toroidal que acumulaba en su cuerpo toda la fuerza de la vida antigua, del futuro del hombre y del arte total de todas las especies.

El devenir de un poeta:

José Luis Hereyra

Collante

Patricia Pacheco Sánchez

*También esta noche, tierra, permaneciste firme.
Y ahora renaces de nuevo a mí alrededor.
Y alientas otra vez en mí la aspiración
de luchar sin descanso por
una altísima existencia.*

Fausto

Era enero de 1951. En New York se inauguraba oficialmente la sede de la Organización de las Naciones Unidas, mientras, en esta esquina de América se levantaba pujante una ciudad: la Barranquilla de otrora, la Puerta de Oro, la real cosmopolita de Colombia, vibrante, pluriétnica, innovadora. Corría en el calendario el catorce de enero, arreciaban los alisios en la madrugada y despuntando el alba en la Clínica Colombo-Americana del barrio Boston, hacía su primer intercambio gaseoso un pequeñito sano, robusto, fuerte, que alegraría la década venidera del hogar Hereyra Collante, formado por un próspero químico-farmacéuta y una destacada profesora de literatura, matemáticas e historia.

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

La estabilidad familiar fue sacudida con la muerte repentina del padre, cuando el niño llegaba a los once años. Su memoria lo recuerda atendiendo las farmacias, escribiendo poemas en una particular tinta verde... Empezaron sus desazones, fueron presa del despojo inescrupuloso de sus bienes; en las farmacias solo quedaron los empaques, anaqueles vacíos; como si esta tristeza fuera poca, al año y veintiún días de que el corazón de su padre perdiera el latido, su madre adelanta los pasos en un viaje sin retorno, borrando en aquel niño dulce la felicidad.

El Poeta Hereyra narra el abrazo atroz de la orfandad en versos magistrales del poema "Pradera de Caderas":

*... Mi noble padre cayó de corazón contra el piso,
hundiendo en su caída todo nuestro cielo.
Ese amanecer, la desgracia se acercó a mi cama de once años.
Después en nuestro hogar guitarra rota,
el luto de mi madre, mis desorientadas manos
queriendo ya crecer, bastar, parecerse a las de él.
... Mi madre partió también demasiado pronto,
como todo lo que amamos.*

José Luis Hereyra se destacó siempre en cuanto eligió hacer: en los deportes, en el colegio... A pulso, con vehemencia, empezó a abrirse paso ante cada suceso que la vida fue trayendo a su puerta.

En el año 64 partió rumbo a Bogotá, donde continuó su bachillerato en el Colegio Americano, con maestros tan prestigiosos como el ilustre intelectual español José Prat García, quien venía exiliado por la dictadura de Franco en España; maestros bilingües nativos de Europa y Estados Unidos para el inglés y el francés; se graduó con honores.

Era un joven noble con el corazón tan herido que ni siquiera podía sentir dolor. Temprano se perfiló en las letras; con los años mostraría que vino con dedos encendidos, bendecido con el magnífico poder de la palabra, privilegiado como pocos con una voz literaria única e inusual, gestada, a lo mejor, por esa furia contenida que provoca la impotencia al ver morir a quienes amamos, una poesía universal que condensa el devenir de los hombres de todos los tiempos, alumbrada por una profundidad de pensamiento que apunta a lo genial, y aterriza las vivencias en metáforas excelsas salpicadas de integridad, coherencia y dignidad.

Su espíritu libre y justiciero lo hacen poseedor de una intrincada rebeldía que expresa con furor. Podemos observarla en sus expresiones en “Pradera de Caderas”:

*... aprendí a despreciar aquello
ante lo cual los cobardes se arrodillan...*

Su primer reconocimiento como escritor lo obtuvo al ganar el Premio Nacional de Literatura del periódico El Espectador, en el año 1971, con el cuento “El desagüe”, galardón con el que inicio una escalada que hoy sigue en ascenso en todas las áreas literarias en las que se desempeña. Premio Iberoamericano de Poesía, con el poema Garrincha Colombia-Chile, 1985; Finalista Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia, Esquina de Seis, Medellín, 1989. Al año siguiente (1990), *Esquina de seis* llega a mis manos como presente de nuestro amigo común José Gabriel Coley, quien al poco tiempo nos presentó; en un despliegue de galantería José Luis ofreció declamar para mí el poema que yo recordara, le pedí *Balada de este Fuego*, aún conservo el libro con sus páginas ambarinas. Lo veía regularmente en la entrada del bloque del legendario Colegio de Barranquilla (Codeba) y en la cafetería de la Universidad del Atlántico, donde

solíamos conversar. Su charla era amena, entusiasta, escuchaba y leía mis poemas —de hecho, recibí de Jose el impulso para publicar mis primeros versos—; un ser polifacético que sabía de muchas cosas, aunque ser amiga del Poeta y estar en su entorno me ponían en el ojo del huracán por los puritanos, cosa que poco me importaba. Hoy comprendo que reconocía en él a un hombre ilustre, que en el inconsciente acertaba la distancia con el Maestro Estanislao Zuleta y ese lugar de la geografía tan querido para mí. Coincidíamos con amigos en el bar-galería Cien años de Soledad, donde Hereyra acostumbraba a declamar largamente. Estaba casado con Alma, una abogada barranquillera, con quien tuvo dos hijas, María Teresa y Almita, que era una recién nacida. Al año siguiente, se separaron: la vida que había elegido el José Luis de aquel entonces iba cuesta abajo hacia un profundo abismo. Alguna vez me dijo: El paso por Barranquilla en esa época casi me destruye.

Lo contrataron como traductor simultáneo de una cuerda internacional de boxeo, El Pintoso Box, para el inglés contractual de las peleas de título mundial y las conversaciones en inglés con Estados Unidos, Europa, África y Asia; se trasladó a Sincelejo, Sucre, donde el destino tenía premeditada la puerta de salida que lo transformaría en el hombre que es hoy.

Fundó una escuela de idiomas, pretendiendo tener negocio propio, sin imaginar siquiera que encontraría el amor, el sosiego y la paz que desde temprana edad extravió. A la escuela llegó, como su alumna, una mujer bella, sencilla, de grandes valores y carácter firme. Pronto, se enamoraron. Año y medio después se había unido con Josefina Guerra y esperaban la llegada de Oriana, su hija menor. La vida de Hereyra seguía en el filo de la navaja: el peregrinaje no fue fácil, dejar todo cuanto lo esclavizó. Muy pocos se levantan de una hondura semejante para hacerse a un nombre, recuperar la confianza, mantener un empleo que le permitiera vivir con

decoro, construir la familia que hoy tiene, recomponerlo todo, apoyado por una mujer que se lanzó al abismo con un loco por quien nadie daba un centavo. Lleno de talento, pero herido de muerte, agonizante por los dardos de falsedad de quienes reconocían su grandeza, pero lo preferían bufón de las fiestas para disimular la mediocridad que habitaba en ellos. El Poeta en “Relato de la Ausencia” lo manifiesta sin tapujos, con el desparpajo diáfano de sus versos:

*... Me he roto en mil pedazos
que hoy se reparten mis enemigos...*

Tuvo de su lado invaluable amigos que dieron luz a su camino, entre ellos Noel Morales Calao y Antonio Mora Vélez, Miembros Fundadores de la Corporación Universitaria del Caribe—CECAR, de Sincelejo, donde José Luis se graduó con un promedio final en toda la carrera de 4.94 como Licenciado en Español y Literatura; Elvia Chadid Jattin, quien, junto a sus hijos, le brindó un hogar diario de afecto y apoyo; Marco Bertel Suárez y Francisco Torres González, amigos incondicionales y generosos; Manuel Guzmán Hennessey, entrañable y fraterno en la literatura y en la vida; Pedro Suárez Montes, quien lo inspiró e iluminó su camino para realizarse en el SENA; Armando Gutiérrez y Fulgencio Pérez, de COOTRAES, donde Hereyra, por años, dirigió los cursos de Inglés y Redacción en Español. Todos contenidos en su corazón con tan enorme afecto, que sospecho que, junto a su familia, lo llevaron a elegir a Sincelejo como su hogar para el resto de la vida, y literaria y espiritualmente como su Ítaca.

Pese al mundo en el que por años estuvo inmerso, su talento y amor por las letras se mantuvo, era innegable. Así, poco a poco, empezó a obtener sitios de privilegio: Finalista Premio Mundial de Poesía Famous Poets Society, en lengua inglesa, Estados Unidos, junio de 2000. Primer Poes-

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

to, aprobado con la más alta calificación en el Concurso de Méritos para Directivos Docentes y Docentes del ICFES en Sincelejo, Sucre, en Lengua Extranjera: Inglés, diciembre de 2005; Bachelor of Arts in Spanish and Literature en los EE. UU.; Profesor Internacional Bilingüe de Excelencia Académica, certificado en los EE. UU., con el famoso examen Praxis II de ETS, en Newark, New Jersey, obteniendo la mejor calificación históricamente: 199 sobre 200. Profesor de Inglés y Literatura; Corrector y Traductor Institucional de la Corporación Universitaria del Caribe—CECAR.

En su haber están, además de los libros *Memoria no Inicial y Esquina de Seis, Direcciones del Cielo*, Área Metropolitana, Barranquilla, 1996; *Kilimanjaro, Corazón Helado*, Editorial CECAR, 2000; *Casa de Luz*, libro virtual, Ed. Asterión, U. del Atlántico, 2002; *Entre la sangre y el destino*, SENA, 2008; *Casa de Luz*, MarOrAl Editores, 2016; *El desagüe Cuentos, Reportajes y Artículos*, Editorial CECAR, 2020; y ahora, en 2021, la Editorial CECAR lanza tanto en edición digital como en edición impresa, en la antología *Canción del día y de la noche*, su poesía escogida.

Gracias al Parlamento y a nuestro gran amigo, el Maestro Antonio Mora Vélez, nos reencontramos hace un tiempo. En 2016 tuve el privilegio de presentar, junto a Manuel Guzmán Hennessey, su Poemario *Casa de Luz*, en La Cueva, de Barranquilla, y de leer, a petición del Poeta, a viva voz, sus versos.

En la actualidad, sus hijas mayores María Teresa y Alma conviven en New Jersey, U.S.A., con su mamá, desempeñándose con éxito en las carreras que eligieron; Oriana también se destaca profesionalmente, vive en Bogotá; José Luis y Josefina continúan radicados en Sincelejo. Todos forman una hermosa familia, con lazos reales.

Confieso que estuve absorta ante la página en blanco, di vueltas, leyendo una y otra vez sus versos que más aprecio, recordando las anécdotas, preguntando a los amigos, en intentos de encaminar un texto imaginario, juntando los fragmentos de aquel que ya no es, de ese por quien solo Josefina apostó casi hasta la vida misma; quien debió, como la semilla, morir para brotar en un árbol de tronco fuerte y raíces firmes; no como un ave fénix surgido de cenizas, sino como el ser transformado en hombre de bien, en la lejana e inaccesible imagen del padre que su corazón anhelaba; de ese hombre se ocupan mis líneas, del poseedor de una fuerza divina que lo habilitó para salir victorioso del mismísimo infierno; el hombre a quien hoy puedo llamar amigo.

Sombras y Luz: La Poesía Profética y Humanista de José Luis Hereyra

Adalberto Bolaño Sandoval

*Estar aquí en la tierra: no más lejos
que un árbol, no más inexplicables;
livianos en otoño, henchidos en verano,
con lo que somos o no somos, con la sombra,
la memoria, el deseo, hasta el fin.
("Terredad").*

Eugenio Montejo

Los posibles lineamientos de la poesía de José Luis Hereyra Collante los postula el extinto crítico Carlos J. María (1996), en una reseña a la antología *Poetas en abril*, de 1985, al considerar que el poema "Los amantes", de Hereyra, va de lo "trágico a lo sublime", además de contener una "vocación integradora y totalizadora". Yo encuentro una cosmovisión humanística, de preocupación moral (en el buen significado de la palabra), de terredad (en el sentido de Eugenio Montejo, sobre la que más tarde ahondaré). Y también, enmarcada por visiones narrativas, a la que se agrega una revisión superlativa del lenguaje, que acrecienta el poder de la palabra mediante una relevante exposición lírica, trazando nuevos caminos para la poética del Caribe colombiano.

A la fecha, José Luis Hereyra lleva publicados cuatro poemarios: *Memoria no inicial* (1985), *Esquina de seis* (1989), *Kilimanjaro, corazón helado* (2000) y *Casa de luz* (2002-2016). Esta última edición, revisada hace cinco años, encuadra los nuevos pensamientos líricos y posturas iniciales del autor, a través de remozamientos temáticos que le han significado muchos y mejores logros.

De los tres primeros textos surgieron, en buena hora, dos antologías: una, *Direcciones del cielo*, publicada en Barranquilla en 1985, con algunos poemas agregados a los ya publicados anteriormente. La segunda, *Entre la sangre y el destino*, editada por el Sena, en el 2008. Esta última da cuenta de un ejercicio más completo y balanceado, pues en ella se incluye una versión más amplia de sus publicaciones hasta el año 2000. De igual manera, Hereyra Collante publicó una recopilación de sus textos en prosa, titulado *El desajuste. Cuentos, reportaje y artículos* (2020, Editorial CECAR), en el que se condensa una corta pero eficaz labor como narrador, cuya pericia le hizo ser ganador de concursos de cuentos nacionales, así como su ejercicio de periodista. Aquí se hará solo referencia a su labor como poeta.

Como mucha de la poesía del Caribe colombiano, la de Hereyra Collante es una lírica por conocer, a pesar de sus varios reconocimientos nacionales e internacionales, y es indispensable que se realice de manera más sistemática, pues sus libros fueron dados a conocer de modo fragmentario, en ediciones reducidas y casquivanas. Y es que, más allá de los nombres de Candelario Obeso y de Luis Carlos López, poetas como Héctor Rojas Herazo, Giovanni Quessep, Raúl Gómez Jattin, Jaime Manrique Ardila, Rómulo Bustos Aguirre, y más recientemente José Ramón Mercado y Miguel Iriarte, incluidos en el canon de la poesía colombiana, existe la necesidad de mirar y remirar, de auscultar y resignificar a otros muchos poetas de esta región, para lo cual, inicialmente, las antologías regiona-

les o departamentales, permitirían un balance para ubicar quiénes sí y quiénes no se han destacado, para realizar el respectivo seguimiento, los encuadramientos y valoraciones necesarias.

En todo caso, la poesía de José Luis Hereyra representa una importante voz que necesita ser explorada y redimensionada por sus aportes, no solo por los premios obtenidos por su poema “Garrincha”, en 1985, en Chile, o por declarársele finalista del premio nacional de poesía de la Universidad de Antioquia, o finalista en los dos concursos de poesía en Estados Unidos por su poema “Timeless”, en versión original al inglés, en el año 2000. Tras ellos existe una voz sólida, cuyos cambios, transformaciones y revisiones conllevan un ejercicio constante de variadas dimensiones: la mirada existencialista y muchas veces pesimista, a través del tiempo y las modulaciones del ser; los modos narrativos con que enfoca muchos de los seres que viven en sus poemas; la disposición del poema como manifiesto de vida, la revisión de la naturaleza lingüística del mismo, así como su condición experimental; y, finalmente, los giros cosmovisivos y aparentemente equilibrados en su último libro, pero en el que retorna a las anteriores propuestas.

La mirada humanística y existencialista

Nacido en 1951, Hereyra Collante podría pertenecer a esa generación de poetas colombianos que no tienen una sola denominación, pero que por su cosmovisión podríamos insertarlo dentro de la Generación Desencantada de Golpe de Dados, perteneciente inicialmente a los poetas colombianos de los años 70. Baste decir que sus obras comenzaron a ser publicadas en esos años y con más frecuencia en los años 80. Pero no, podría ser mucho mejor buscarle un espacio en una generación ya sin nombre, caracterizada, en palabras de Cadavid, Robledo y Torres (2012) por: “la

poesía narrativa norteamericana (Williams, Stevens), la escritura metafísica (Borges, Juarroz), la poesía crítica (Paz, Huidobro) [...], eliminación de nexos sintácticos, destrucción del discurso lineal; ruptura del yo poético (despersonalización); gustan del empleo de metáforas herméticas, de difícil interpretación, cierta oscuridad deliberada [...], presencia desoladora de la poesía conversacional y coloquial (como) música sombría, que no otorga optimismos. Recurren a un estilo narrativo. Innovación métrica: se unen verso y frase (Paz, 2002: 25).

He fragmentado y dividido algunas de las muchas más denominaciones de la poesía de los años 80 en adelante, pues muchas de las escogidas son las que más corresponden a la poesía de José Luis Hereyra, y que comienza a expresarlo desde su primer poemario de 1985, *Memoria no inicial*. En este poemario, y, como en muchos poetas del Caribe colombiano, no se consolidan esas propuestas, como sí la de varios bardos, a quienes acuden temáticas como el paisaje, la identidad, la memoria y el linaje. Sin embargo, en su último poemario, hace gala de ellas.

No hay que ceñirse estrictamente a estas estrategias esbozadas por Cadavid, Robledo y Robles, pero Hereyra Collante utiliza algunas de ellas. Aún más: en este seguimiento estilístico y de contenido, en *Memoria no inicial* ya no se traslucen las huellas de los mecanismos poéticos que Carmen Alemany Bay (1997) ubicaba para los poetas latinoamericanos de diez o quince años atrás, pues están excluidas descripción realista, el uso del cotidianismo o el espontaneísmo; el lenguaje transparente o el dialectal, la realización de una poesía anecdótica, ideologizante o de “compromiso”, ni lo humorístico, lo sarcástico y la desacralización de lugares comunes, y de motivos religiosos, políticos; ni tampoco la despersonalización o desmitificación del poeta (desdoblamiento), entre otros. No obstante, se observa el uso del prosaísmo y la narratividad.

Pero dejemos esas disquisiciones.

Desde el primer poema, José Luis Hereyra apuntará a invocar, como Homero, las musas en la *Odisea* y la *Iliada*:

Dame, noche, tu silencio
para que mis palabras nunca se derramen,
para que no a floren inútiles,
sé tú mis años
y tus estrellas mis días (1985, p. 9)¹.

En una primera reflexión, se intuye que, desde el principio, el lector observará la importancia del voquible *palabra*. La alta conciencia de esta para que “no se derramen” ya encierra el acondicionamiento explícito del poeta: no buscar la inutilidad de la palabra, ser obsecuente con esta: la noche no solo será la dadora de la inspiración, sino la diosa de la experiencia, y, además, la luz de esta.

El poema continúa nombrando los elementos que se repetirán constantemente en sus textos poéticos: el viento, la tierra, el mar, los hombres (faltarían los dioses, para que representara la *Cuaternidad*, a que alude Martin Heidegger, para encontrar y poner a dialogar estas nociones con el habitar del ser). Ello convoca la serenidad a su “corazón ardiente”, pero también “*para ahogar y desaparecer / a los mensajeros de la muerte*”. Ante ello, el poema canta al regocijo, a la “fuerza eterna”, pero, sobre todo, a “romper el sueño” de los verdugos de las víctimas inocentes del sufrimiento, para convocar siempre a la vida. Subrayemos que en esta poesía se obser-

1 Para identificar los poemas, se ha utilizado, en todos los casos, las ediciones originales. En algunos casos que no aparezca la fecha de publicación, se entiende que es la del poemario que se analiza en ese momento. Si es de otro, se hará la aclaración.

va el vitalismo y la esperanza (también con mucho pesimismo): “Danos a todos la fuerza para vivir en paz” (p. 11).

En esos versos se encuentran dos tópicos de la poesía de Hereyra Collante: una expresión humanística y al mismo tiempo moral, pues, en el primer caso, es el hombre el que se encuentra en el centro de su discurso poético; y moral, porque, en la explicación de Terry Eagleton (2010), hablar de ello no significa calificar, evaluar, sino de vivir más plácida y alegremente, y no remitirse literalmente a señalar lo bueno y lo malo. En este ámbito, la poesía de Hereyra Collante es moral porque trata de suscribir la vida humana, signarle significados y propósitos, de analizar, y, además, mostrar la experiencia desde un ámbito determinado. En este caso, estos primeros poemas llaman y analizan la acción del ser humano: “¡No sean vanos!” o “¿Dónde has estado?”, y los convida a reflexionar, a emprender caminos: “*Algún día el hombre dejará de pisar /para contemplar el cielo diferente. /Verá a la mujer con esperanza*” (pp. 14-16).

Esta es una poesía elegíaca, de los vencidos, pero ecocrítica; sin embargo, en este caso, es un poesía anticipatoria, canto de Casandra que revisa lo que sucede actualmente con el Amazonas y muchas regiones del mundo y ante lo cual la voz de protesta no se ha hecho esperar. 30 o 40 años después, la depredación a la naturaleza, los atentados ecológicos hacen su mayor estruendo y repercuten en un cercano futuro.

Por ello, expone, de manera sintética, lo anteriormente afirmado:

hombre que nace nace nace siempre
hombre que se repite en el amor
hombre de caricia magnética
para con lo creado (p. 18).

Repetir varias veces las palabras *hombre* y *nace* solidifican el deseo de condensar dos significados: la necesidad de llamar la atención sobre el ser y su lugar en el mundo, pero también la relevancia de reproducir su nacimiento como salida esperanzadora. Y hay un rasgo que poco a poco va a ir desapareciendo de esta poesía de preocupación de la tierra, para darles nuevos matices, sobre todo en la esperanza.

Que coincide con lo manifestado por Carlos J. María antes: “vocación integradora y totalizadora”. Desde el punto de vista de las isotopías, esos significados que se repiten semánticamente, pero que en este caso son temáticos (tiempo, dolor, miedo, pasión, futuro, amor), José Luis Hereyra llega a sustentar, a defender optimistamente al hombre, pero también, lo reiteramos, a presentarlo desde su contraparte, de modo pesimista. Por ello, esta poesía, que muestra los caminos y destinos trazados, pero también en construcción, en ebullición, estalla en “Canción para Almita”, en *Esquina de seis* (1989), planteando, indudablemente, el futuro del hombre. Leamos este fragmento visionario:

dedicados a un hombre
sin rostro
que coinciden con un terreno
extensor
de la ciudad al llenarla
de ladrillos,
cemento afinado
en los puntos sin baldosa,
geometrización
con piedras chinas de saqueo
de arroyos
que serán árboles muriendo

*ante embestida de agua en
raíces hendidas
con y por cuernos
más pieles en pudrición
del mar
en suscritas progresiones
asfixiado.*

*Los demás festejan
sus citas obligadas en las casas
con las que han cargado
a la tierra. [...] (p. 67)*

Desde un comienzo, aparece “un hombre sin rostro”, hombre X que puede producir daños. Y que es “extensor”, pero podríamos cambiarlo con algo análogo: hombre que saquea “piedras chinas” de arroyos, pero muchas otras más. Varias interpretaciones se pueden colegir: en primer lugar, aparecen “árboles muriendo / ante embestida de agua en / raíces hendidas / con y por cuernos / más pieles en pudrición / del mar”, cuya consecuencia es la muerte de la naturaleza en la tierra, generando además con ello, cambios climáticos y la descomposición del mar, con su consiguiente asfixia para él y para hombre.

Y otra más: con estos versos se revelan, como nuevos y relevantes los siguientes versos: “*extensor de la ciudad al llenarla / de ladrillos, / cemento afinado / en los puntos sin baldosa / geometrización / con piedras chinas de saqueo / de arroyos*”. Se desprende aquí que, treinta y un años después de publicado, el poema acierta y se adelantó en lo que declaran los últimos descubrimientos científicos: la ciudad, el mundo civilizado, las construcciones, con su crecimiento de/en masa fabricados con cemento, ladrillos,

hormigón, metales, madera, vidrio, plástico, han excedido el peso de todos los seres vivos: humanos, animales y bosques, permaneciendo igual. Y entonces la profecía se empieza a cumplir, pues ha conllevado que la masa antropogénica de la tierra, llamada así por los científicos, haya aumentado el doble de su peso en menos de 50 años. Consecuencias: para dentro de 40 años el globo terráqueo se haría más invivible, pues aparecerían hundimientos con mortales consecuencias para los continentes, aunado a los cambios climáticos. Se puede deducir entonces que el poema se corresponde con ese augurio de un mundo lleno de cemento y ladrillo “afinados”, que produce la “embestida del agua”, y que, por su “geométrico” volumen, excede sus límites y genera pudrición y asfixias, mientras los “hombres oscuros” *“festejan” las casas “con las que han cargado a la tierra”*. Última conclusión: la industrialización y el crecimiento económico en 40 años, en conjunción con los cambios climáticos, cerrarán las puertas a la humanidad.

Para Heidegger, en la técnica hay fatalidad, se muestra como lo inmodificable y provoca lo irremediable; constituye el completo peligro para el hombre. Y el poeta, o mejor, el término vate para este u otros poemas, cobra sentido en las acepciones etimológicas célticas: visionario, adivino; o en la Roma antigua, el encargado de los vaticinios; en lengua gala, vidente. En fin, el poeta aquí ocupa todos estos términos. Quiérase o no, los artistas pronostican el futuro, hurgan en lo oculto del pasado, y repasan y ponen el dedo en la llaga del presente.

Lo anterior nos hace retornar a “Canción del día y la noche”, ubicado en *Memoria no inicial*, para hablar del tiempo y su naturaleza metafísica y para tornar al hombre, cuando dice especialmente al comienzo:

*Hay un abismo de tiempo,
un olor de lava murmurando fuego
ante tus pies de barro vivo:
trémulos, tibios, traviesos.
Caída del hombre:
hundirse, hundirse
en un surtidor de infinito (1985, p. 25).*

Con ese inicio anterior, y aunque ya antes había yo manifestado la no vinculación de Hereyra Collante con la poesía latinoamericanista, no obstante, se observan, de alguna manera, los giros y la retórica de Neruda, adaptadas también mediante una poesía conversacional y popular.

Se agrega a lo anterior, el uso de la conjunción copulativa *y*, así como en el uso del verbo *ver*, con los que puede advertirse otros giros latinoamericanistas, coloquiales, donde el cuerpo y los sentidos se apropian del mundo, conformando formas programáticas que conversan mediante un diálogo ecocrítico entre el cielo y la tierra, entre el universo y el hombre. El poema se presenta como apertura, como censura. Pero también se puede agregar lo que expresa Manuel Guzmán Hennesey en el prólogo de *Direcciones del cielo* sobre este poema comentado (1995):

¿Es Hereyra poeta de este tiempo? O, por el contrario, ¿es un demiurgo venido de muy lejos, con el encargo de recordarnos a los hombres la existencia de un tiempo mejor, incrustado en un mundo mejor, donde son posibles el amor y la armonía verdaderos de los hombres y el cosmos? (p. 9).

No obstante, en este poemario se abren nuevas propuestas líricas, otras visiones y situaciones, pues en “Garrincha”, José Luis Hereyra presenta otra dimensión lírica: la del hombre en concreto, palpable, la del héroe

popular que sintoniza con las apetencias del público. Retrato que lo emparenta con otros dos poetas del Caribe colombiano, que también retrataron a los ídolos colombianos: José Ramón Mercado y Jorge García Usta, pues ambos revelaron una espléndida mirada a Cassius Clay, Kid Pambelé, Benny Caraballo, Rocky Valdés, o para García Usta Vanessa Redgrave y Glenda Jackson, entre otros. El poema, ganador de premio Iberoamericano de poesía en 1985, “Garrincha”, expone una versión de la vida de este jugador de fútbol brasileño, que fue dos veces campeón mundial de fútbol, en el equipo de fútbol Junior de Barranquilla, con la consabida disminución de sus habilidades a finales de los años 60 y comienzos de los 70, pero que aportó mucho en ese *team y*.

Igualmente, dentro de las novedades del poema, se encuentra el neologismo que inventa el poeta cuando relaciona: “*La increíblemente santa inquisición / del no atreverse a amar / le disputó tu felácica cabeza / al hondo lago de la cabaretera*” (destacado mío). Más allá de sus implicaciones biográficas, de sus separaciones con las mujeres, existe en el jugador Garrincha un trasfondo que revela su intensa vida nocturna, pues el término *felácica* revela un vocablo que busca expresar un modo de relación sexual, la felación, con la mujer.

Términos como estos habilitarán a José Luis Hereyra, mucho más hacia sus poemas “Sin saber si pez a última boca”, en *Esquina de seis*, “Direcciones del cielo”, del homónimo poemario, y *Kilimanjaro, corazón helado*, como un disruptor del lenguaje y de la comunicación, o muchas veces, como un reelaborador de la conciencia del lenguaje, como muchas veces en este poema, pues desde ahí comienzan los cambios sintácticos a que se enfrenta el lector.

En resumen, existen en estas reconstrucciones poéticas, un sabor a ajeno al estilo narrativo de Robert Frost, en cuanto a la naturaleza dialógica del mundo, de los sentidos del ser arraigados en la tierra, pero al mismo tiempo de su derrumbe, así como de la *terredad* manifiesta de seres aferrados al mundo, a su cuerpo. Pero destaquemos el carácter propio de José Luis Hereyra, de poner a esos seres su naturaleza dialógica y disyuntiva: el ser humano en su dolorosa soledad y en su reconsideración con el mundo, cuyos sentidos los desarraigan, aunque sus cuerpos los acercan a la vida. Existe en ellos un constante adiós del mundo, resquebrajado y entronizado por el amor.

Estas imágenes de Hereyra Collante se vienen a corroborar en su tercer poemario original *Kilimanjaro, corazón helado* (2000), libro en el que coexisten largas estrofas de un solo impulso, cuya naturaleza desbocada van más allá de los consabidos encabalgamientos de la poesía tradicional:

*¿Será que alguien que nos hiere
todos los instantes,
oficiando en altares de sangres saturnales
atávicos rencores que más parecen ya devenidas traiciones,
deba creerse inocente
porque las evidencias
jamás las mostrará ante nadie?* (2000, p. 29).

Digamos que los poemas de este libro son una prolongación (temática) de algunos de los poemas anteriores, pero en este se dilata la mixtura solidaria con los seres humanos, a través de un discurso lírico que se enraíza en una nueva perspectiva, proveniente de la experimentación de “Garrincha”, de “Sin saber si pez a última boca”, de “Direcciones del cielo”. Pero, también, temáticamente, de la poesía de Langston Hughes, en “El negro habla del río”, “Las historias de tía Sue”, de “Negro”, cantando desde lo profundo de África, como se observa en “Viento que corre desde el sur

sobreviviente”, donde revisa, desde una mirada mestiza el tema de los negros perseguidos, pero revelada a través de otro-nosotros.

Hay varios textos más para destacar: las historias que no se sabría establecer si es prosa poética con trama dislocada, llamado “El farmacéuta”, cuya historia truculenta, o mejor expresionista, tiene tintes barrocos, atravesado por un experimentalismo lingüístico. Se trata tal vez del truco de lo paradójico de esta poesía: nombrar al escorzo, revivir la palabra muerta y las historias sepultadas, como en el poema que da título al libro, “Kilimanjaro, corazón helado”, historia contada desde el punto de vista de la hiena, narrada desde su fracaso para subir a cazar a Francis Macomber, por no poder ascender a la cumbre del volcán congelado. Paralelamente, oblicuamente, es la historia de lo que no fue: la de Francis Macomber, que no alcanzó a domeñar su cobardía, representada en su cruel derrota, la del autor-cazador que no alcanzó a dominar su conciencia perdida, y solo logró autosuicidándose, como la hiena de su relato, riendo hacia el cielo helado.

En este poemario, la escritura se ha prolongado, y es presentada de manera metapoética e histórica, de tal modo que las minihistorias contadas se constituyen en un ejercicio crítico, combinado con versos que tienen la factura de una prosa encabalgada, que revisa desde (como reza uno de los títulos de un poema) “La palabra, la creación y ella”.

Digamos finalmente, para no ahondar más en él, que, con este lenguaje, el poemario revela la plena madurez del poeta. Atrás quedan las dudas, las vueltas y revueltas; los poemas duros llenos de incertidumbres, de raspaduras, de dolorosas transposiciones versales que daban cuenta del dolor de un hablante lírico atosigado por la vida, revelando, a través de una escritura igualmente contradictoria, los desequilibrios, las dubitaciones

y resquemores del ser humano, agregándole en esta etapa penúltima un evidente pesimismo juguetón, una lúdica transgresora, variada, sin dejar de ser acendradamente estética.

Muchos de estos poemas revelan e incoan elementos biográficos, ideológicos, que se perciben de manera más preclara en su último poemario, *Casa de luz* (2016), en el que consigue la claridad tumultuosa de la luz, la ardentía autobiográfica por interpuesta persona y restituye el manejo de una lírica del equilibrio y la probidad del arte lírica en la mayoría de los poemas. Y como poeta del Caribe colombiano, muestra el retorno a la infancia: "*De niño veníamos/ con mi madre a lo de la Virgen, / patrona de Santa Marta*" (2016, p. 22)

Estos poemas redundan en sentimientos, además de la recuperación de los recuerdos de infancia, la juventud, las amistades, las vivencias y el mundo: representa la confección de una nueva humanización a través de un espacio determinado, pero que puede ser desde cualquier lugar del Caribe.

Quisiera agregar que en *Casa de luz* aparecen ciudades del Caribe colombiano, la amistad, el río Sinú. Y como en "Circos de muerte" o "Invocación del abismo" u "Olvidarás la afrenta de las encinas que amaste", títulos de por sí muy dicentes, Hereyra Collante reafirma una poética que revela una cosmovisión filosófica en la que combina el optimismo y la incertidumbre, la afirmación del hombre y la duda del ser y su existencia, siendo a la vez una poesía exhortativa y reflexiva, vitalista y estoica a la vez.

Referencias

Alemany Bay, C. (1997). *Poética coloquial hispanoamericana*. Alicante: Universidad de Alicante. Servicio de Publicaciones.

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

- Cadavid, Jorge; Robledo, Juan Felipe; Torres, Óscar (2012). "Poesía colombiana 1990-2012". *Coherencia*, (9), 17, pp. 131-153.
- Eagleton, T. (2010). *Cómo leer un poema*. Madrid: Akal.
- Neruda, Pablo (2000). *Residencia en la tierra*. Alicante : Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <http://www.cervantesvirtual.com/obra/residencia-en-la-tierra--0/>
- Hereyra Collante, José Luis (1985). *Memoria no inicial*. Medellín: Lealón
- Hereyra Collante, José Luis (1989). *Esquina de seis*. Medellín: Lealón.
- Hereyra Collante, José Luis (1996). *Direcciones del cielo*. Barranquilla: Área Metropolitana.
- Hereyra Collante, José Luis (2002). *Kilimanjaro, corazón helado*. Colombia: Sincelejo: Cekar.
- Hereyra Collante, José Luis (2016). *Casa de luz*. Colombia, Sincelejo: MarOrAl.

Poemas del libro
"Memoria no inicial"
(1985)

ORACIÓN DE UN POETA

Dame, noche, tu silencio
para que mis palabras nunca se derramen,
para que no afloren inútiles,
sé tú mis años
y tus estrellas mis días.

Dame, río que naces de las nieves
y que siembras la vida,
tu transparencia primitiva,
tu poder vital,
tu más grande turbulencia,
para romper el sueño
de aquellos que impiden
que del agua fluyan ondulantes
las sonrisas de los niños,
las flores y los cervatillos.

Inclíname, viento.
Que mi voz y mi espalda se confundan
para que toda víctima del sufrimiento
pase por el puente de mi canto
hacia la vida.

Sol, caliéntame la sangre
hasta que mis ojos sean tú mismo:

quiero germinar el maíz,
toda la primavera
de entre los ojos fríos.

Piedra perdida,
amenázame siempre
con tu olvido:
no quiero cambiar jamás
mi puesto de hombre,
razón total
por la que reparto a manos llenas
mi vida.

Mar, mar insondable,
soporta mi canto,
serena mis anhelos,
calma con tu inmensidad
mi corazón ardiente,
dame tus peces
que alimenten a través de mis palabras
y la ola furiosa
para ahogar y desaparecer
a los mensajeros de la muerte.

Fuerza eterna,
que yo no comprendo,
no me abandones nunca.

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

Lleva en tus cavidades de madre
mi canto.

Lléname con tu amor,
nutre mis palabras para todos
los hombres.

Danos a todos la fuerza para vivir en paz.

CANTO UNO

A José Cohen Espinoza

Hoy vengo a hablar, a cantar,
a estremecer con mi alma las almas de piedra.
Y también a los hombres que tienen en la vida
largas huellas, como dejadas en la arena.

Les hablo a los hombres que sondean las estrellas.
A los que nacieron sin las esperanzas.
A los que se rompen el cielo de adentro
con el tiempo todo, y sin tiempo alguno.

No busques en esto sabias decisiones:
no es voz de profeta, es de hombre cualquiera.
Los ojos de lejos, el cuerpo sediento.

Yo soy un perdido.
Mi único silencio ha sido el amor.
Mi único tesoro ha sido el hombre mismo.
Mi única tristeza, la tristeza toda.

Grito siempre al viento, canto a las almas libres.
A los que dejaron el miedo olvidado.
Enredado, tal vez, en un árbol del camino.
A los que tropiezan la tierra sembrando la vida.

A los llamados por todos los misterios.
A los que conocen el dolor de adentro
y enamoran con los ojos planetas lejanos.

A los que no se satisfacen nunca, ni tienen precio alguno.
A los que soportan la mentira, pues la conocen de siglos.
Y después del presente, de espinas o de nubes,
cabalgan el tiempo y no desaparecen nunca.

Pregúntale al poeta si compra la tierra, si trafica el aire.
Si mide con dinero las fuerzas del hombre.
Pregúntale, acaso, si el placer alcanza.
Si el agua podrida y los senos marchitos.
Si las mil mujeres que bailan el camino.
Y todas las luces extrañas que el hombre derrama
por evitar estrellas.

Pregunta por todas las bocas que ya se cerraron.
Por la angustia olvidada y la estrechez de las calles.
Y pregunta por la vida.
Y suelta a tu alma.

Yo no busco a Dios.
Ni a aquel que otros ven como energía.
Ni al fuego que se lleva el aire.
Ni al que cierra el corazón y hace olvidar al otro hombre.

Yo no busco a nadie para echar las cartas de este lado.
Ni para rellenar antiguas cobardías.
Ni para asegurar descanso eterno.

No me interesa abrir la puerta,
que ya noches llevo.

Por ahora sé del silencio de las flores.
Huelo el aire lavado por las noches.
Me entierro contra mil mujeres.
Construyo en el vacío las palabras
que ahora te llegan a los ojos
e interrogan a tu alma.

Yo no puedo alejarme de mi propia raza.
Del olor mojado de toda esta miseria.
Quiero que aquí se mire,
con mirada de hombre entero,
el diálogo de la tierra con la lluvia,
con el cielo.

No quiero ver al hombre de esta tierra
engañado por cruces y espejos.
“¡Para que sea feliz!”, los otros argumentan.
“¡Para ponerle sobre el taparrabos
un tapa-taparrabos!”, traduce el poeta.

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

¡No sean vanos!

¿Quién no necesitó cosas, cosas y más cosas?

¿Quién supo desde siempre las noches, el viento,
las luces azules, los pájaros perdidos?

¿Quién ha dado a su mujer un puñado de aire
y la luna temblorosa bañada entre los árboles?

Pero estos son los que han sido perseguidos.

Los que han visto más lejos aún de los venenos del progreso.

La sabiduría es la vida misma.

Es un río que corre manoseando a las raíces.

Es el lucero a quien tantas veces le has pedido tres deseos.

Habrá quien desmienta con una sonrisa mis palabras.

Pero sus ojos no alcanzarán para su miedo nunca.

Ni para mirarme entero.

Si estas palabras te confunden,

no me preguntes nada.

¿Dónde has estado?

¿Por qué patios cerrados anduviste?

Estas son palabras de poeta

y son palabras que no las compra nadie.

Huelen a libertad: son fuego y son tristeza.

Algún día el hombre dejará de pisar
para contemplar el cielo diferente.
Verá a la mujer con esperanza.
Sin el tiquete de precio acostumbrado.
Buscará al hijo perdido en su vientre
desde antes de la historia.
Y no temerá a los caminos.

Cosidas las sombras de las manos.
Rellena la vida de poesía.
Buscará la música del fondo de los ríos.
De abajo de los árboles tranquilos.
Y murmurará poemas de brea
entre el concreto de la calle que transita
y su amante oculto: el suelo.

¿Quién te borra, Sol, ni con las manos,
ni con los rebaños de destinos vomitados de la nada?
Esta es la voz de un poeta.
Es el dolor trepado de adentro del hombre.
Es el amor por la vida.
Es el amor por el mar y los otoños.

Por lo que está más allá de las luces azules
o de la descomposición de la materia.
A quién canto ahora sino a la vida
A la vida intensa

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

A ese bulto de misterios que se ilumina a veces
y que me inunda el alma,
mientras miro,
con ojos pensativos,
al hombre que camina.

COLUMNA DE SANGRE

A la memoria de Óscar Darío Santodomingo Payeras

la gran columna de sangre
larga y sostenida
genética espiritual
de hombre a hombre
dentro de la mujer
hacia la vida
la gran columna de sangre
todo mi pueblo
todo mi hermoso pueblo
mi gran total definitivo pueblo
que me dio esta voz
con la que vivo

la indestructible cadena de hombres
habitantes del huracán
y de los montes
impenetrables
la gran selva —mato grosso— quebrantada
los gigantescos pulmones verdes de la tierra
heridos
heridos por asfalto

la gran industria que se alimenta
de sangre de hombres
nuestros
y de los destinados a morir

los amantes del dinero
los que no comprenden ni una cicatriz del cielo
los que han proliferados genocidios
rupturas de sí ante dioses de papel
los comedores catastróficos de ecologías
los últimos bastardos
destinados a los horribles gérmenes
que originan sus descuidadas y ciegas conquistas
de un día y tres dólares

los que han pretendido ensuciar
al verde transparente eterno océano
que les vomitará los desperdicios en el alma
si la tienen
grandes charlatanes de teologías los hijos
pero que pagarán la afrenta vil contra la vida
contra la dignidad del hombre

hombre que nace nace nace siempre
hombre que se repite en el amor
hombre de caricia magnética
para con lo creado

las noches de sombra de agua y luna
la mujer tendida sin codicia de semen
el beso delicado o salvaje
tu ausencia convertida en este verso
el dolor en el pecho viril
ante la injusticia diaria
niños que he visto morir de hambre
óyelo bien
de un hambre roedora de intestinos
secadora de ojos
hambre que nace diariamente
de la codicia maldita
de la codicia maldita
de la codicia maldita
hambre que es ácido al espíritu de los hombres
hambre que en mí es la fuerza
con la que ahora escribo
en esta gran tierra
desde el país austral
al hielo norte
estrella bailarina
de cintura delgada entre los mares

densa de historia fresca y palpitante

los malditos corrompidos
víctimas al norte

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

de las enormes producciones
se alejaron de las plantas
envenenaron ríos
secaron los ojos de los peces
el amor por el dinero en mi gran tierra
de nevados que hunden en las nubes su mirada blanca
del cóndor sereno y poderoso
del musculoso y ronco jaguar la tierra
de la implacable anaconda la tierra
de los ríos más pesados
cruzada hasta abajo por montes y montañas
mi tierra de la mujer caliente y ancha
paridora de hijos que rescatarán
el canto perdido entre el humo
paridora nacedora de hijos
ante los cuales morirán de vergüenza
los malvados

no hay ley que indique muerte
ante los ojos del hombre
el hombre tiene en el futuro
lo que tiene en el pecho
cuando a mirar empieza

nosotros
los hombres totales de esta tierra
miramos de frente a la vida

lucharemos caeremos muchos
hasta que todo dolor sea ahogado
en nuestra sangre espesa

habrá humo de carne de hombre
pero limpiaremos esta tierra
sembraremos la vida doblemente:
la ley del hombre y de la tierra es la vida

nacerá el hombre final
abriendo los ojos
separando escombros con los brazos
de los escombros humeantes
nacerá el hombre nuevo y final:
delicado monumento a la especie
río fornido de ternura al semejante
sereno pensamiento de mental montaña

en el sueño
el sonido duro de los bisontes maltratados
y de los hombres que sembraron el maíz
y festejaron caminos de piedra
y midieron al sol sin los relojes Swiss made
y cantaron al viento que bendecía al cielo azul
a los hijos y a sus mujeres

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

en el sueño los traeremos
a que nos den con su recuerdo
su presencia en nuestra sangre
que hoy es dolor hambre y miseria

nosotros crearemos la justicia
y repartiremos a la tierra entera
este saludo

yo lo digo con mi sangre y contra el tiempo
yo lo afirmo contra los cobardes
con un profundo amor por la verdad humana

he sido templado en el dolor
para iluminar la libertad

CÍRCULO DE PIEDRA

Y el hombre ascendía un camino de piedra
Víboras emergiendo
Temor natural
Y la mano descubriendo su poder
Dominio de las formas del sueño
Comprensión de la aparente inmaterialidad
Ascendiendo
Hacia la muralla circular de piedra oscura
Saltando la rodilla sin dolor sobre la piedra
Hombres silenciosos
Con las cabezas caídas sobre el pecho
Como un nido dormido
Pero el arma oscura crucificando sus brazos
Esperando la orden
Imposibilidad del estruendo
Fondo verde e infinito
Dos puertas verdes e infinitas
Sin Tiempo
Con todo el Espacio
Dos puertas que eran el cielo
Y eran dos puertas
Hechas para no ser penetradas
Llegando suma de voces
Del silencio de los cuidadores
Extrañeza

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

Ansiedad honda como el abismo
Base del Mundo
Y el arma oscura ofrecida
Suma de silencios pensantes
Voz que entra por los huesos
Por la piel se transmite
Ojos internos de la lógica secreta
Dimensión última
Experiencias en el umbral de lo intuido
El arma apunta
Solo apuntando van cayendo
En el horrible silencio
Que veda los gritos
Algodón humano
Sordo sonido que invoca la Muerte
El borde del abismo
Un paso al vacío: un escalón
Otro pie: otro escalón
Ascendiendo
Más allá de la Inteligencia

CANCIÓN DEL DÍA Y DE LA NOCHE

Hay un abismo de tiempo,
un olor de lava murmurando fuego
ante tus pies de barro vivo:
trémulos, tibios, traviosos.

Caída del hombre:
hundirse, hundirse
en un surtidor de infinito.

Bestia muda, enorme, abierta de piernas.
Carne anhelante de palpitaciones.
¿Dónde irás, ahora, a dormir tu tristeza?
¿Dónde sembrar esta materia calcinante
que nos devora el alma?

Los trillones de estrellas de la noche
duermen sobre tu angustia náufraga.

Has derrotado los incesantes y lentos
elefantes rojos de la tarde,
mientras los tempestuosos caballos
de mi pensamiento
desangraban a cascos
el crepúsculo de tu vientre
destinado a piedra, a nube.

En un momento apareciste.

Escamas de metal rosado
pregonaban tu eternidad de días.
Siniestras luces hacían de tu rostro
juego de ángulos en desventaja.

Y la leche prematura te invadía.
Y las palabras falsas eran enredaderas
entre tus pezones y tus ojos.
Y la luna de mis dientes condenaba tu futuro.
Y la profundidad de mis dedos
conducía, húmedos, tus labios
al océano del cansancio.

Yo mismo devoraba, monstruo infatigable,
a mis propios sueños.

Quedaron las ciudades, los hombres, derruidos.
Se selló el fin de la esperanza.

Pero si te hundiste en el último rumor
de mi sangre
fue para amanecer, clara, en mis palabras.

Lejanos sonidos de puerto humedecido.
Hondos quejidos humanos

cincelando mi destino,
después que tu ausencia me dejó
sin dios y sin sentido.

Me descubrí doblado sobre las arenas,
mientras mujeres de vientre duro y caderas de montaña
devoraban en mi pecho
los últimos pájaros del cielo.

Llegué hasta el borde de la noche
a caer de bruces en el día.

Me acechaba un silencio más hondo
que las flores destruidas:
majestuoso, solitario, eterno.

Tal vez descifraba ya un dolor absurdo.

Vi mandíbulas mecánicas desgarrando al hombre.
Y las mandíbulas mecánicas eran construcción del hombre.
Vi cráteres vomitando mares,
devorando extensas y terribles ciudades.
Vi candentes selvas asfixiadas:
un humo negro, lánguido, pesado, inutilizaba poros.

Y el cráter era la voz de la tierra.
Y el humo, la inconcebible respiración

de algunos hombres.

Vi a la historia del hombre
avanzar enceguecida
a recobrar la inocencia mineral,
vegetal, animal, cósmica:
laberintos de metal conduciendo a jardines
que se extendían más allá
de las estrellas.

Vi infinitas visiones
que diluyeron mis ojos
y oscurecieron el resplandor
de mi alma:
ácido fueron a mi fe terrenal, ya temblorosa.

En muchos hombres
los sueños eran bisontes sedientos
y pumas agotados.

Solo permanecía el único e interminable dolor de ser hombre:
una tempestad, un punto.

Buscaba aún el olor a pan de tu sexo,
los peces de tus pies,
y el quejido de tu boca
ido para siempre,

cuando el duro vacío me invadía
y el mundo caía a pedazos
en mi noche.

ENTRE LA SANGRE Y EL DESTINO

El tiempo doblando tus puertas,
doblegando el grito que nunca reventó
de tu garganta.

El tiempo amándote con lengua de felino las caderas,
los flancos dolidos y prostituidos de tu rumbo.
Humanidad, mujer desaforada y triste,
ciega del desamor oscuro.
No sé en qué oscuras callejuelas perdiste la seda de tus hombros.
No sé ni para qué tantas palabras.
No sé si ideales y cascadas al vacío.
No sé si ojos solitarios también sangrando en el espacio.

A veces estoy tan lejos, y a veces tan dentro.
Invento, por supuesto, las distancias.

Soy el duro buscador
que olvidó la flor marchita
entre el hombre y el misterio.

Por solo ver a cada grano de arena vibrar,
estremecer de amor,
subir por los tubos verdes de las plantas
hasta la carne de los animales,
todas las sustancias vitales siguiendo la ruta

del hombre hacia el Hombre,
daría este silencio
que presiento fugarse
de entre las piernas
de la desesperanza.

Yo no quiero de ti nada.
Yo conozco el origen de este poema
en la enfermedad del ser humano.
He cambiado cuchilladas en el rostro
por piel de mares dormidos.

Antes de mí,
enormes hombres entregaron los pies
y las manos y la frente
al metal hambriento.

Y suavizaron las selvas y las rocas afiladas de la mente
para construir senderos.

Uno mismo nace, y muere si quiere.

Tengo en mí la dulce claridad de las mañanas.
Me bastan el sol y los pulmones.
Me dieron el mar profundo
y el dolor de los ojos abiertos
socavando el útero

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

en donde se revuelven, pasajeras,
las nubes.

En mí mismo me basto y me detengo.

Pero siento las manos de la tristeza
desgarrándome en la penumbra
las inciertas mariposas del alma.

Los dientes del animal que nos acompaña
desde el primer temblor
en mí son sangrientos puñales
de dental metal al rojo vivo
en el humo primigenio de mi sangre.

Mas no es por mí mi dolor.

La vida es mujer caliente, dormida en mis pasiones.

Es porque no hemos destinado los dados del destino
al único Uno del Amor.

PRINCIPIO

Me iré siempre cantando.

Hecho de borrascas, de sangre y de palpitaciones eternas.

No me nutro nunca de otra voz,
sino de la respiración del Universo.

Seré juzgado de alguna manera descuidada.

Porque olvidarán,
en este correr despeñado que es mi vida,
la salida del sol, las leches humeantes
por donde yo, hecho de fuego, he caminado.

Las sonrisas que he convertido en arena preñada.

Las hondas y salvajes praderas
que he abierto con mi canto.

Nunca temí a nada. Ni a mí mismo.

Odié sobre todos los ojos, los ojos escondidos
que se abren a veces para engendrar dolores.

Soy hijo de la soledad.

De esta vida que no me alcanza nunca.

No creo sino en el hombre.

Y en la mujer que se abre como flor de fuego
para engendrar más hombres.

GARRINCHA

Migratorio de este espacio,
desperdigador de descendencias,
agotador de estaciones hechas aro de fuego encendido
a traspasar por tus gambetas.

Prestidigitador de grama en cielo.

Payaso doloroso, jubiloso,
que te atreviste a atreverte,
mutando constante de cuero esfera
en magia irreplicable.

Arte sangre de un balón
que por ti hizo de un pueblo la alegría.

Dejaste la grandeza de revistas
a los mercaderes que se portan bien
y son cacarear ejemplo a la juventud.

La increíblemente santa inquisición
del no atreverse a amar
le disputó tu felácica cabeza
al hondo lago de la cabaretera.

Pájaro de pobres, Garrincha,
del suelo fumigador tres cuartas.

Cintura rota al otro fue el secreto, y no supiste,
de tanto engañar a los demás, dónde tú estabas.

Un oscuro instinto en ti delimitaba el juego a juego.

Eras un ansia que no se soluciona.
Una rodilla hinchada, anestesiada,
cuando querían que fueras circo de rombos
en la rectangular llanura
que es callejón centrado en cueva red.

Dios por noventa metros limitado.

Mismo muchachito que herías
con tu hambre
el hambriento firmamento de Pau Grande.

Después vino la gloria, y no sabías contar.

Dicen que a la mujer el hombre come el vientre,
mas el tuyo
en tormenta de caderas y embrujo
bien comido fue.

Cómplice de ella, mientras en ella licuabas el olvido.
Ni aún siendo fuiste más que el pájaro que birla,
al ser mañana, en los demás la tarde.

Nadie jamás pudo pararte.
Fuiste el más profundo dolor de comprender
la jaula que desde que nacemos nos rodea
y que se abre como neblina en la muerte.

Barco herido, de torcidas piernas,
por los pólipos de la desgracia
imperfectas curvas paralelas.

Violaciones dos de carne samba en geometrías.

De allí tu dinámica magia
de un ajedrez de solo alfiles,
continuidad de caídas enemigas a tu paso.

Porque fuiste aserradero de cinturas,
luego a ras de suelo impotencia de miradas.
Al quedar solo duplicaste en brujo,
y las favelas,
con su encendido corazón de iluminada vela,
murmuraban tu nombre, Manoel.

La tierra no supo ser tan larga como tu tristeza.

Sería inconsecuente, por lo tanto, deportar de ti
la sola soledad que te talló cuando nos tallan;
exacto puente de abismo de carne y caderas
que en ella fue, de primitivo amor, presente ser.

La grandeza, en una incierta escala,
brumosa colina, niebla inexistente es.

Pero tu pueblo, desde antes de tu ausencia vela.

Cuando antes del morir
eras la olvidada garganta por el licor quemada,
sabías que nada toca al hombre,
al inevitable ser de su ser.

Menos a un fulgor que fue hombre,
gambeta,
sudor que como todos pasa y sin sol seca,
arte sin querer.

Del estadio de la muerte
finta de mediodía sin anochecer,
Garrincha.

GUAGUANCÓ

Compartamos el tumbao de este guaguancó.
Arruma al espacio con el rumor de tus caderas.
El cuero, salta el cuero.
El sonido trompeta se te resbala por la piel.
Candela, tienes candela por dentro.
Yemanyá, llévatela allá.
En su puesto, con el ángulo necesario.
Sabroso balanceo.
Concierto de humedad. Estertor.
Pero de principio.
No es ruido lo único que te estremece.
La múltiple complejidad de los recuerdos.
Casas iluminadas. Solitarias. La multitud derramada.
La fuerza de la gente.
Los mediocres llevan la cabeza por la ventanilla
Como los perritos.
Pero hoy es sesión de tu ritmo.
No invitación a la sordidez.
El olvido es el cuarto final de muchos.
Estación a donde se llega desnudo.
Y sin cuerpo.
Los que buscan terminan no sabiendo que buscan.
Orgasmos de baile.
Chorro de luz entre uno y un infinito que respira.
La Gardenia.

Sin cuerpo no serían posibles las filosofías.
Ni la percepción del arcoíris.
Menos su conocimiento.
No sería posible haber murmurado.
Ni sudado. Ni temblado.
Arrastrando a ese útero gigantesco,
rasgado por los cueros,
estremecido por su mismo misterio.

PRADERA DE CADERAS

Caderona tú, donde no es posible la cesárea.
Amplitud tú, que conviertes ochenta kilos de hombre
en frágil indefensión acurrucada.

Al aprisionarme, voy creciéndote por dentro,
como un sol palpitante al que no le alcanza
tu húmedo, callado, interno, cóncavo horizonte.

Te gusta tu inventor de íntimas cosmologías.

Tienes las caderas de mi abuela Julia.
Tienes su estatura.
Tienes la cascada de indio pelo
amenazando tu monumental pradera de caderas.

Así ella tuvo sus caderas con el par de hoyitos
coronando el fin de su espalda,
donde encallaron sus amores,
donde encegucieron sus olvidos.

Mi abuela Julia no perdonó a sus hombres:
a todos amarró.
Igual yo, que un perro de la carne eterna,
cambio las estafas celestiales por tu olor.

Pasamos hambre:
mi abuela, mi hermano Gustavo y yo, después de la orfandad.

Mi noble padre cayó de corazón contra el piso,
hundiendo en su caída todo nuestro cielo.
Ese amanecer, la desgracia se acercó
a mi cama de once años.
Después en nuestro hogar guitarra rota,
el luto de mi madre, mis desorientadas manos
queriendo ya crecer, bastar, parecerse a las de él.

Mi madre partió también
demasiado pronto,
como todo lo que amamos.

Me parecía intuirlo detrás del gran escaparate
donde se desnudó siempre para él.
Inflamado su vientre, operado otrora sano,
ya sin destino de entrega sin él.

El cielo devino llanura sin límites y sin respuesta.
Se me engendró una incurable rebeldía:
aprendí a despreciar aquello
ante lo cual los cobardes se arrodillan.
No pude más temer.
A fin de cuentas, conocía la muerte,
¿qué más podría perder?

Mi abuela persistió.
Fue antes, porque el amanecer fue ella:
como una fecha ignorada en el tiempo moreno de su piel.

Profecía que nos traía
a nuestras seis de la tarde de huérfanos
los humildes spaghetti con achiote.

Mientras el perro Dog ladraba a los carros vespertinos
como un fantasma de pelo, ladrido y garrapatas.

Yo fui llevado hacia el frío, hacia el agua helada de castigo
que me endureció la piel... y el corazón tal vez.

Me robe, en venganza, el aire de los eucaliptos
y los lagos de páramo
por donde salpica color entre gris
la trucha arco iris.

Regresé al salitre, a mi casa donde me esperaban
los cocuyos y las salamanquejas, solos además de mí.
Allí fuiste mi más mío milagro que hoy aquí perdura.
Tu dulce inocencia ida, tus pétalos de fuego nuevo
tras el ventarrón que huyó después de ti.
Fue que tuve miedo de tus senos ya no virginales,
mas tus pezones crecieron
hasta ajustarse a la boca del hombre que hoy soy yo.

La fatal fortuna nos sabría secretos vectores
que interceptarían el asombro,
cinco años de creído olvido
y el combate de la luz de cuatro
con un árbol en tu rostro.

Ahora es tan posible tu cuerpo,
que mis pulmones te miden a punta de aliento.
Yo, tan indefenso,
espejo del primer hombre y los demás.

Insaciable rastreador de la carne cielo de tus nalgas.

MEMORIA NO INICIAL

*When my love sweares that she is made of truth,
I do beleve her, though I know she lyes*
Shakespeare, Sonnet 138

La mujer, una de esas reinas sin otra corona
que un marido elemental y taciturno:
alguna dolencia mental, tres familiares desaparecidos,
quién sabe,
el peso de los años, hijos varones, más de dos, creciendo.

Era una tarde; el mar golpeaba las piedras.
El lugar era muy solo. Como inaccesible a la ciudad.
Era la muralla. Ya con un temblor de frío.

Miraron: los troncos de diversos tamaños,
húmedos, reposando sobre la húmeda arena.
El hombre recordó una serpiente marina, babosa, oscura.
Se había hundido en el agua, deslizándose.

A lo lejos, adivinándose a voluntad, el puerto.
Manchas de aceite.
El presentido bailoteo, enhebrarse en el agua
de los tiburones.
Delfines. Alguien los había visto saltando.
El hombre creyó verlos un día.
Lo contó orgulloso. Quizá exageró detalles.

En esas casas silenciosas sepultadas por la fina arena...
¿Recuerdas? Se la comieron los perros. Una historia.
Una ciudad desaparece llevándose su gente.
Cronistas de un tiempo que ya jamás regresa.

Se perdió un tren, se fueron las fiestas.
Si regresan serán reencarnación
de fantasmas ya olvidados.
Comedia sin sentido.

La mujer temblaba.
Se imponía una fuga, un escape.

¿Adónde? Parecía brotar cariño.

De la mano, su piel sonrosada, sus ojos claros, su lunar.
Una puerta: al fondo, una cama que recordaba parejas.
El consabido calentamiento.
La tarde derramándose.
Con la luz fugitiva se agudizaban los chillidos de las gaviotas.
El hombre sudoroso, pálido, sobra decir “despeinado”.
La ingle enjabonada.

La miró a los ojos.
Vio los senos que se marchitaban.
Medio él dentro de ella.
Más de media vida comunicada sangre a sangre.

Osmosis vaginal.
La imaginó dando explicaciones.
O sufriendo un atroz silencio.

El sacerdote le había preguntado
—el sacerdote buscado por la familia—:
“¿Cómo lo hacen?”
Ella había respondido: “¡Fabuloso!”,
soñándose como la heroína de Flaubert.
Algunas lágrimas en sus ojos claros.
Y el sacerdote la había mirado con calor.

Ella sentía cómo sufría bajo su vestido
de preceptos morales, su cuello duro.
Esos mensajes de la sangre.
La mortificación de la carne.

Ella se había sentido feliz:
había demostrado que todos buscaban lo mismo,
bajo muchos rostros y justificaciones. Eso.
Que no podían culparla:
sabiendo que ya estaba condenada.

El tiempo que la condenaba. Envejeciendo.
Sus hijos, que con el tiempo llegarían a ser puñales.
Su esposo muriéndose de sangre débil.

Los demás no importaban tanto.

El derecho, los deberes.

Rehén de sus indecisiones.

Otra vez la horadaron, muchas veces.

Era un golpetear, un retumbar de caballos.

El sol moría.

Sus manos de luz hiriéndose entre las piedras
mientras resbalaban al mar.

Pidieron ron, hielo, limón.

Bebieron la bebida helada.

Comieron un pescado blanco, firme, tibio.

Desnudos, los sexos colgando.

Ningún futuro, pero la dignidad de la vida
dándoles apoyo.

Momentáneamente lejos de los peligros.

Aún desubicados, quién sabe.

Sobre su vientre vio claro

que las soluciones eran esquivas.

Sobre esos ojos claros vio sombras.

Se vistieron con alguna caricia cansada, satisfecha.

Se despidieron del cubano dueño del motel,

y alcanzaron en toda su extensión al mar

cuando el disco fuego naranja, imperceptible,
se le hundía.

Ella manejaba.

Él puso su mano sobre el muslo tibio.

Dejaron atrás el mar.

Dejaron atrás la laguna.

Dejaron atrás la tarde.

La ciudad despertaba a la noche.

El hombre vio el penetrar de las calles:

laberíntico final de posibilidades indeterminadas.

Nuevo aplazamiento de una partida de peones,

reinas, reyes, torres, alfiles humanos y caballos,

movidos por una mano invisible y sin rostro.

O con infinitos rostros.

La mujer vio el lecho inmenso, frío;

el agudo lamento del viento en los cristales.

Un hombre envejecido, arrugado, despreciado,

queriendo poseerla.

Pensó, tal vez, en la señora Bovary.

Doncellas, ogros, fortalezas.

Suspiró.

Puso su mejor sonrisa, su mirada más límpida,

cuando entró el vehículo al parqueadero del edificio.

Él, de seguro, ya estaba en su casa amplia y solitaria:
desnudo entre el rumor de los árboles,
bajo la luz oscilante,
contemplando las escoriaciones de sus órganos.

LOS AMANTES

Ella es dulce y tierna; él, usualmente racional.
A veces son crueles, dolorosamente alucinados.
Su amor les quedó pequeño: él se habituó a escrutar el Universo,
a tratar de oír en su silencio.

Han implorado en noches de tormento.
Han bebido amargura
cuando su pasión ha herido seres inocentes.
Insiste en amarla: en ella ama a los demás hombres.
A lo trágico y a lo sublime de la condición humana.

Él ha deseado también otros vientres.
Otros pezones, otros ojos, otras palabras.
Ella, quizás, otros hombres.
Y regresan vacíos, deshechos, ebrios,
buscándose entre la niebla.

Se aman con cuerpo, con ojos, con todo.
Ella ya no sueña. Mira, se estremece, nada más.
Su hermosa piel ya se aja como las hojas en el atardecer.

Él la lame, la huele, la estruja.
La hace temblar, le murmura.
Sostiene una lucha secreta contra el tiempo.
Desea rescatarla del olvido.

Le llueve chorros de vida por dentro.
La nutre y se nutre de ella para hacerla eterna.
Se revienta la sangre para permanecer y permanecerla.

A ella misma, a veces, él parece sin sentido.
Pero ella lo ama, lo ama.
Sabe que es por ella, por todos,
aunque no entiende el camino.

Ella no entiende la palabra perdón, porque ella ama.
Ni juramentos, ni promesas, ni triunfos.
Su esperanza es como un ave que se pierde en la tiniebla.

No conciben la muerte.
Su tormento es hondo como el mundo,
y viene desde el mundo.

Saben del vino, de los tigres, del agua de la fuente.
Saben del pan, del movimiento, del ajedrez y de la luna.

El ama en ella ese valor temerario,
además de su vello y de sus labios.
Sus muslos ansiosos y tiernos.
Y también su voz.

Han visto las estrellas en sus mutuos rostros.
Las personas los han acosado sin saberlo.

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

Cada semana juntan sus cuerpos seis horas.
Siete horas. Nueve, cuando están en celo.
Diez u once cuando él está enfermo.
Y ella lo mima y se ríen de esto.

Han visto a los árboles desnudarse, florecer.
A la lluvia caer. Se han bañado en la lluvia.

Han visto a ciertos hombres robar, matar, destruir.
Ciudades enteras han visto desaparecer en nombre de la justicia.

Él le ha regalado el mar una vez,
un cangrejo rosado disecado al sol,
piedras, libros, lágrimas, canciones.
El cielo también.
Ella le ha dado la ternura, las delicias, el agua
y los inmensos frutos de la tierra.

Se conocen por dentro y por fuera.

No ven diferencia entre cuerpo e inmortalidad.
No entienden por qué si Dios existe
ha permitido las guerras, la "ley", el crimen, la moral.

Saben el lenguaje del corazón humano: han sufrido.
De placeres permanecen sedientos el uno en el otro.
No esperan el fruto de lo que sembraron.

Son proscritos, parias de una sociedad
que esperan ver desnudarse y nacer, humana al fin.

Hay días en que no saben lo que esperan.
Ni si esperan.

VALS DEL HASTÍO

traigo el corazón vacío
y los ojos llenos de cicatrices

he recostado mi cabeza
sobre una constelación
a masticar la espera de mi muerte

si veinte soles muriesen
no me importaría

me es indiferente el curso
de los astros
o cuatro terroristas
agazapados
entre las piernas
de una catedral tísica

si me dijese
que las leyes del dinero
saltaron
hechas pedacitos
mearía
en los fragmentos
como sobre brasas
potencialmente peligrosas

y aspiraría
mi propio humo
de toro uretral
inmolado

si me dieses
el cuerpo más tierno del mundo
y su olor me hiriese dentro del pecho
tal vez accedería
a apretarlo
con dedos de alambre

no sé a dónde voy

me declaro solemnemente
enfermo del mal del siglo

las ganas de luchar por la justicia
me han abandonado con vuelo
de pterodáctilo

en la asombrosa mañana del mundo
antes del tiempo y de los mares
bebí del fuego
que impide la paz
y muchas veces la fe

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

heredero soy
de los delitos directos

mi corazón ha creído
en varias oportunidades
flotar en el frasco de culpa
de mi cuerpo

claro que esta concepción
de la carne pecadora
afectó más a tres moralistas sifilíticos
que a mí

LA ESPERA DE ODÍN

Dios hombre buscando justificación de historia
Negros caballos de la noche
Pensamientos oscuros
Rompiendo a la luna
Hechicera perdida en mil cuerpos de mujeres
El hombre agobiado
Despedazado
Confundido
Hombre en-ano
Gigante en las profundidades
Manzanas perfumadas del jardín de la diosa
El mal es una serpiente que acecha
Mientras el tiempo constriñe nuestras arterias
Y devoran nuestro cerebro
Fauces de estrellas
Bocas de tinieblas
Sed de paz
Hostigada por el conocimiento
Guerras traen profundo cansancio
Desamparo
Irracionalidad
Ojos gritando entre las ruinas y los bombardeos
El árbol que une la tierra con el cielo
Tiene el tronco roto

FLEA MARKET

A Tomás Falquez Collante
Paterson, USA, 1981

El dominio de las autopistas me es desconocido:
la intrincada red,
el horario permutado (enloquecida la luz)
por las estaciones,
una chica en jeans con-ojos-sin destino,
un vehículo Camaro
y el bello y violento rostro perdido para siempre.
Camino al *Flea Market*.

Mis sueños, mis caminos, entre los cipreses:
vi ciervos heridos por el tiempo,
anhelando cazadores, mejor, rumbo al *Flea Market*.

Nos introducíamos en el futuro y el pasado extrañamente.
Era inevitable: los mejores precios en el *Flea Market*.
Pero no venden amistad.

En un país y en un tiempo donde lo diario
es traficar la vida.

Antiques, household goods...

El aviso tasajea con sus luces mi densa soledad.
En mi interior se acumulan,
como en la interminable sal atroz de una playa infinita,
los calcáreos crustáceos y los dormidos pies humanos.
Pero esto aquí es el *market*, mercado de pulgas,

bajo espadas luminosas, curiosa trasposición:
saltarán e invisible a nuestros no confesados anhelos.
Se vende de todo.
Todo lo odiado y todo lo soñado.
To have or have not.
Todo, todo se vende, todo se trafica:
un fornido reloj marcando con sus manecillas
la más osada posición
del ingenuo Kamasutra;
un ancla a quien temen sobre todo las mujeres
(al sentir, amenazante, su glande imposible oxidado);
la muñeca rota de la triste mirada,
con las mejillas sucias como si hubiera llorado...
Un collar de perro que me hace sentir a Barrabas
lamiendo tristemente la luna de mi ausencia.
¿Ausencia? ¿Ausencias?
¿Por qué la marea humana al retirarse
solo deja tumbas y olvidos?
(En este mercado hay de todo. Hasta viejos melodramas).
Pero El Von, borracho,
insistiría en que no venden allí a Humberto González,
currambero del barrio Boston, noxoda.
Ni a Caracol de la Colina,
con su perdida y húmeda estrechez palpitante.
Ni tantas cosas.
Yo disentí esa noche, dudando.
Porque a veces pienso que en el *Flea Market* del mundo

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

todo tiene precio, todo se trafica.
Se cambia el cariño por tranquilidad burguesa.
Los padres venden hijas como vacas:
el mejor postor sonríe y el hombre calla, despojado.
La madre Patria vende los hijos
al fuego y a la guerra.
Sí, se vende la fe.
Se vende la esperanza.

ZOO

Desenclavado firmemente de una fiera distancia
aspiro a un lugar resguardado del "nos van a ver".
Instantes. Juegos erigidos a la especie.
Cadencia embellecida en la desgracia.
Ver pasar los días impunemente
viendo claro al final solo el resbalón
hacia la muerte.
Es muy fácil ser juzgado.
Soportar a más de tres imbéciles
bailar y escupir sobre la vida de uno.
Se alegran los desgraciados de la desgracia ajena.
Hay momentos en que hay que aguantarse
para no ceder a la utilización de un lenguaje similar.
Uno piensa: "Pon la otra mejilla".
Pero, honestamente,
es casi antinatural hacerlo.
Otra posibilidad es hacerles ejecutar
el ciego ballet del olvido.
Mas el intento de olvido se confunde con la cobardía.
Y todos queremos sentirnos valientes.
Dos más dos ya no son cuatro.
No es cierto que el espacio
sea una dimensión más.
Los leones cohabitan al mediodía
y luego el león se tiende como león

en mitad de la llanura.
Una vez la gente se multiplicó
frente a la jaula de los chimpancés.
Ellos esperaron, pacientemente,
a que hubiese un número cada vez mayor.
Luego, el macho defecó sobre su mano
tranquilamente y los bañó de mierda.
Para cuando eso yo estaba viendo los osos.
Después vi que es cierto que las llamas
son princesas indígenas
prendidas bajo un oscuro sortilegio.
Enriquece tu mente
hasta cuando te olvides de ella.
A través de la historia,
han quemado a tipos vivos por testarudos.
Claro que en los libros aparecen
en el capítulo de lo excelso.
Cuando uno está en la verdad, me imagino,
no se da cuenta.
La muerte es el toque final del destino.
Uno termina acostumbrándose a ella.
Como esas parejas que envejecen resignadamente.
Sé alegre, pero que la carcajada no sea
encubrimiento de otra cosa.
Oye los ruidos de tu corazón:
es un reloj que marca un tiempo finito.
Confundir al amor con los paisajes

o con los estereotipos previstos
conduce a la soledad.

Pero es cotidiano ver parejas jugando a las parejas.

Eso de escoger un destino

es un asunto bastante trascendental.

La propia amargura no es aconsejable.

Por la tarde se oyen las risas de los niños.

Los barrios se cambian, se transmutan.

Las ciudades, los países, etc.

RELATO DE LA AUSENCIA

Solo estoy
en medio de la noche,
como un pájaro que perdió la ruta
a su nido
y no podrá entrar jamás.

Aquí estoy: vigía de soledades.
Hundido mi corazón en cieno de amargura.
Como una torre abandonada
en un promontorio junto al mar.
Lleno de residuos, de hierbas, de recuerdos.
Herido de sal y de sol, de noche y de estrellas,
como un faro abandonado.

De frente al tiempo espero
con ojos ausentes
el desmoronar de mis cimientos.

Soy un lobo que aúlla erizado de frío.
Soy el recuerdo de un naufragio
contado por gaviotas hambrientas.

No siento amor, ni ausencia.
Me siento solo, simplemente.
Como quien regresa, testigo

de la plena destrucción de la tierra
y ha visto morir a sus padres,
a la familia entera,
y entra a la casa vacía,
y se sienta.

No tengo a nadie,
pero tampoco siento la ausencia de nadie.

Me he roto en mil pedazos
que hoy se reparten mis enemigos.

Ni el día ni la noche me son ajenos.
Son rostros con los que me embriago.

Tengo al mundo por delante
como una caja de mago
de donde sacar
sorpresas planeadas.

No sé a dónde fue mi sufrimiento.
Es tan parte de mí, que ni lo siento.

PARTING

Construirás aún tu amor entre los dedos del placer
Deshaciendo la aparente paz de las mañanas
Cuando la ausencia se haya convertido en roedor
Sobre la piel de tus pasos
Te quitarás los ojos
Colgándolos sobre lo cotidiano
Para sobrevivir
A los terribles signos
Donde la razón naufraga
El árbol no será ya por ti sentido
Y lo urbano solo constituirá un decorado
De ese crepúsculo que siempre te habita
Es posible que la ignorada nave del odio
Te haya abandonado lejos
Entre los mortales arrecifes del futuro
De tu vientre
Cantado
Bendecido
Persiste absurdo olor de pintura fresca
A las puertas de nuestro hogar en ruinas
Esa selva de tus nervios
Donde se ahogaron sueños
Quizá aún recuerde la faz
De una armonía nunca lograda
Empujándote a una horrible calle

De ojos hambrientos
En una ciudad de vitrinas vacías
Quizá
Para entonces
El rumor de las palabras
Aún arrastre tu orgasmo
Como una quebrada afilada
Por las piedras del olvido

ABANDONO

Al irte te llevaste el aire
dormido en la sala y anclado por las sillas,
donde navegaba lo que fuimos, sin respirarse, quieto.
Como aviso encontrado demasiado tarde,
nombrando lo que pudimos ser y nunca fuimos.
Pergamino ajado y en el tiempo ido
de los rostros del amor
que pudimos tener y no tuvimos.
Ese día entramos a la sala y nada vimos.
Era otra vez el seco monte.
La cabeza rocosa que emerge del caliche
y algún día será caliche.
La rastrera flor de sol del mancatigre
que esconde la espina y acecha
los pies ciegos del camino.
El moreno suelo fosforecido de azulejos lagartos.
Los que fueron muebles marchitaron
hacia el marrón olvido de pétalos
que un día también fueron capullos.
El piso se encogió, las paredes se acercaron,
pared se unió a pared y fueron muros.
Todo desapareció contigo.
Me encontrarás al frente de lo que fue la casa,
buscando tu rostro
en la maleza que suplanta

a las baldosas
que fueron romboidales geometrías.
Donde aún siento tu cuerpo mecerse en el olvido.
Acechando el horizonte que guarda
la posibilidad de aparición de tu silueta.
Traspassando leve esta puerta que hoy soy yo.
Hueso partido y descarnado
en el cuerpo que un día fuimos.
Inútil esperanza del vivir.

LORICA

Ya no hubo charcas
para el croar de las ranas.

No hubo finos ramazos contra el cielo.

La gente crecía.
El puente, más estrecho.

La mujer fue quedándose más viuda.

Hambriento de vientres, su hijo,
no supo de ella.

ACANTILADO

El mar se ha comido la costa.
Lo que fue playa hoy es acantilado.
Algún día, la tenue espuma
habrá limado la roca que nos queda.
Días nuestros, piedra sobre piedra,
ante el agua eterna.
Aún no hemos partido.
Mas la caricia de un musgo secreto
será sobre la roca
lo que alguna vez tuvimos.
Sobre el filo de su suelo ido
y el golpe de la espuma en sus raíces
quedó el último espino.
Alguien será también
un curvo horizonte de brumas,
un murmullo.
Pecho de peso líquido, las olas.
Hoy, suelo de un océano que fueron pasos.
Cristal de alas, libélula, jardín.
Un hombre ante la inmensidad
tratando de entender las piedras,
el secreto azul,
lo que fue, lo que será.

TIMELESS

La rosa y el tiempo
son regalo
del Universo
que aguarda sin descanso.

La rosa en el tiempo
se marchita;
el tiempo sin rosa
es solo un paso.

Poemas del libro
“Esquina de seis”
(1989)

HOMBRE

Planeta
coronado de esperanzas
siempre.

Aun
dentro del misterio
de los ríos sin fin.

Aún dentro de la ruta incierta
del lucero taciturno y de las palabras.

Se te van,
se te van de las manos los sueños
cuando haces de la cueva de cielo
tu morada.

Cuando besas,
cuando amas
y no puedes apretar
el alma
entre tus brazos.

¿Adónde te diriges?

Si te dices árbol solitario
de la tierra
solitaria.

Si persigues
del aire que te llena
densidad de humo.

¿Quién eres tú, hombre?

¿Por qué
si un día es tu mano de hermano
para el hombre
como un pan,
como flor en soledad,
como mar lleno?

Y después eres
un filo de machete,
con los ojos,
con el pecho,
con tu cortante alma.

Para el hombre mismo.
Óyelo bien.

¿Por qué
al mismo hombre
que habita
un cuerpo y unos ojos
semejantes
llamas “gente”?

Vives y convives
desnudo
como un brazo de agua.

Te pegas
a la puerta de la noche buscando
los sonidos
que tal vez nadie murmure.

Y si te llenan
después
los ojos de silencio.

Entonces,
arrimas tu alma
de cachorro
al calor más próximo.

O alzas
la mirada
buscando la estrella de un recuerdo.

Y te vives
respirando el aire
como una travesura.

BALADA DE ESTE FUEGO

A mi hija María Teresa

Un hombre sin hogar
es el que se queda mirando extrañado
un desayuno.

Un hombre sin hogar es el que paga rentas
como un hombre con hogar.

Un hombre sin hogar descubre cuerpos
después de galopar sobre ellos.
Y logra acordarse de algún nombre.

Un hombre sin hogar
bendice el azul de todos los cielos que verá,
porque no necesitan nombres.

Si un hombre, naturalmente sin hogar,
ama algo o alguien
ese amor es sospechoso.

Porque una de las floridas
cuentas
que en la vida se ejercerá
sobre un hombre sin hogar
es no tener derecho a los puros colores.

Antes, el miedo.

Y ya lo dije: a la sospecha
de los ojos con los que mira al Universo
un hombre sin hogar.

El hombre sin hogar
se pasará la vida
tratando de ser digno
de los hombres que tienen hogar.

Hogar viene de llama,
que viene de leño,
que fue puesto, por supuesto,
por las manos
de los hombres con hogar.

El hombre sin hogar
es el único que se consume en el fuego,
tratando de encontrar
a los hombres que puedan nombrar
el fuego del hogar.

RELÁMPAGO

A la memoria de Pedro Nel Cohen

Es un gallo de pelea.
No solo de plumas relumbre
Ni de espuelas dos navajas.

Despedaza en color cada aurora.
Del combate nunca huyó.
De su cresta nadie supo descender.

Sangre en la arena pudo
Con relámpago de luces entregar.

Hoy abandonó el combate.
No era puma, no era miedo.

Su corazón era huacal consciente
De una herida sin cerrar:
Por la colina se iba
quién en él contó los granos
antes,
quien curaba su herida
después.

ELIS, LA REGINA

Vem macio, vai para dentro,
canta para poetas.

Ela, Elis, a própria Regina,
a própria Rainha.

Ela Ela.

Mas fale sobre a dor
humano.

Ela, Elis, canta baixinho
para poetas.

Elis, Elis.

Viver, viver.

Morto, morto.

No meu coração de silêncio.

LAS ESTACIONES

In memoriam Pablita Oyola

El amigo teje el cuerpo del amigo con palabras.

Dice verde y le da primavera.

Dice gris / con tonos blancos /
constituyendo sobre los hombros del amigo
las escarchas del invierno.

El amigo habla del mar
—que arremete una planicie similar,
pero en arena—
y sobreviene el desierto.

Como temblorosas,
cálidas e ínfimas unidades
del verano.

Creo que un amigo sí no sabe pronunciar el otoño.

La naturaleza entera cae:
en algunas latitudes
las hojas cubren como mejillas temblorosas,
aterciopeladamente, el suelo.

Y los ojos con nostalgia devienen lágrimas.

VINO DE CIELO

No me nombre nadie.
Lo que ocupa lugar,
eso, puede ser nombrado.
No podría ser despojado.
¿Qué figura podrían lograr
con lo que quede de mis ojos?
¿Cómo podrían quitarme
si nunca sentí que tuve nada?
Ay del que tome como herencia
palabras.

El pájaro aletea, temblando,
ante la luz derritiéndose
del volcán que atraviesa en fuego
solo dominios de su canto.

He visto un pájaro muerto
por una pedrada
que ha dejado sus plumas
empapadas de su sangre
entre mis manos.
Mis herencias inasibles.

Pero la pluma
queda en mí con su arcoiris
en un cielo de desgajos.

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

El pájaro es el vino del cielo.
No bebido, derramado.

ST. LOUIS (MISSOURI)

Para Alfredo Falquez Collante

Al arco de San Luis
ha llegado un hombre.
Es mi hermano.

Ni yo mismo
sabré
nunca cuánto
él significa.

Ha llegado a San Luis
(Missouri),
con su solo corazón
temblando.

ESQUINA DE SEIS

*"...la mujer tristemente sacrificada
y la obligación de olvidarla."*

J. L. Borges

El hombre baja en el taxi.
Almacenes, sombras, buses con ojos
de horario laboral cumplido.
A la izquierda, el boulevard.
Por allí cruzan.
La pila de tierra de la calle
con céntrica restauración.

La busca con ojos que ya no la ven.
Sí han pasado los meses entre ellos.
Es casi olvido la mujer sentada
entre vestido de flores
y tiritas en los hombros,
con hombre llegando en universo
de olfateo.
Entrega el billete de color de camarón.
El taxi se aleja.
Neón en verde, carros sin reales
paralelas de parqueo.

Cuerpos humanos, y allí ella.
Beso en la mejilla.
Los meses han pasado entre ellos.
Mas difícil que cualquier primera
vez: extrañar lo que uno fue.

Se nombran aquello que supuso su rencor.
Caminan sin saber si tomarse
sus manos cercanas.
Manos que supieron de cabello bajando
en ternura.
Manos que fueron agua de cuerpos.
Oscuros lubricantes de la oscuridad.
Gargantas de humedad
que no alcanzaron a saber doler.

Desde cuando el avión venía
a la diez o a las tres,
el taxi cargaba su pecho, los ojos de él.
Y el maletín temblaba en su temblor.

La pequeña escalera y el olor de ella.
Las baldosas contaban la tarde
en su espera de días.
Verdes, contenidas en tantas penumbras
de pasos, las baldosas
sentían, instante a instante,

un doble peso rápido
hecho pelo, abrazo, oscura saliva
por cumplir, mano, pomo, puerta.
Penumbra otra vez; cama por fin.

Fango culposo e hirviente, al pensar
en el regalo que le traje.
O más bien despellejarle
desde adentro los ojos con lava guardada
desde la pequeña foto en blanco y negro
en la gaveta abierta
cada vez que entraba al cuarto
del campamento de carbón.

Esta noche, delgada, el pelo marchito,
menos mal que me invitaste
a sentar en el filo cemento
de una jardinera.

El poema entregado en tu mano no sé
si suficiente; las letras palpadas
en algo más lindo que la piel.

Adentro había luz y sillas en la heladería.
Te dije que estabas muy delgada.

Creo recordarme diciendo
que ya nada me dolía.
Que por lo tanto el reportaje
de tu cicatriz de parto
no me importaba si hinchazón o repasada.
Fue voz donde soñaba que no podías voltear.

Mas pubis machacado por extraños
es hoy mi filo de duda y recuerdos.

AFTERNOON DANCE

Un hombre cree
que domina el tiempo,
pero se convence
de que todo aparentemente
está igual.

Falta la que
bailó con el
aquella tarde.

Ella vive,
mas no puede (debe).

Mientras, ambos inician
el sufrir.

EL ORIGEN

Fue sangre que abría
camino
desde dentro de ti
resbalándome
en mi primer grito
en el mundo.

Me cortaron de ti.

Cicatrizaron en el centro
de mi vientre
el soplo de tu cuerpo
en mi comienzo:
el hueco de mi carne
por donde me alimentabas
flotándome entre tus huesos
abombados.

Me cortaron de ti.

Me crecieron ojos para apenas verte.
Me fue obligado el recordar
para poder tenerte.

Pero todo lo que yo haga eres tú.

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

Ese mediodía en la antesala
me metiste en tu regazo.
Supe que te perdería.

Me legaste la vida.
Y la nada.

CANTO DEL UNIVERSO EN SANGRE

Ya no se trata de hablar
de solo pezones solos:
se trata de que un seno
pueda amamantar
hombre o niño
sin la auditoria de la muerte.

Ya no se trata
de que Dios haya muerto
—o no—:
se trata de parturientas
infectadas
porque el dinero
va a cocteles,
engorda cuentas digitales
en países
“de absoluta reserva”;
el dinero se vuelve finísimas
arañas negras
de bragas sobre las tres cruces
pieles
de sus queridas
alumbradas por ellos
bajo mortecino baccarat.

Y, mientras rueda el alcaloide
acidando pituitarias,
calcinando
el residuo tumefacto de sus epitelios,
(la traición que son en la naturaleza),
la pus infesta vientres
atrapando niños dentro:
desamparados
porque no hay manos
que los saquen,
no hay manos
que los libren de la flema,
no hay algodón,
no hay agua en esos tácitos
e intencionales establecimientos
de los nuevos Herodes.
No hay cama para la espalda
de la mujer por dentro
desgarrada...

Y afuera, a nuestro nuevo muchacho
(nacido — como su madre—
en un sector del mundo
solo escarbado y robado),
a nuestro nuevo muchacho
rojizo, cegato, con sus huesos
muy blandos

le espera un pezón que,
de tanta hambre,
puede agrietarse
al irles faltando la leche
a ese nuestro pezón y a ese nuestro muchacho.

Y, luego, la tierrela del pezón
se vuelve sangre;
se vuelven sangre
seca y maltratada ellos dos
—hijo-madre, madre-hijo—
porque es tiempo de cobardes.
Y los cobardes han vendido
miseramente
la misteriosa energía
que perpetúa la vida
en la muerte.
Eso llamado ternura.

Y los cobardes han creído protegerse
equidistando
de las aristas líticas del dolmen.
Separan las sombras, todavía
continuas, de las piedras circulares
ante el sol,
creyendo evitar su muerte.
Mas el tiempo de la vida
es la sangre.

Tendremos que decir
frente a algún cielo
que los jardines ya no están,
como nosotros estuvimos,
mutilados.

Que nuestra humedad
ha unido las piedras
ordenando el agua, que
nadie tiene sed.

Que en cada rincón de la tierra
los cuerpos ofrendados
nos enseñan,
desde la sangre
primigenia de la mujer,
a bendecir lo vivo,
a honrar la memoria
de los idos,
a cantar más dentro aún
del universo desangrado.

BALADA DE LAS DOS MUJERES

A Juan Angulo y Yadira

Diez piezas de plata
Sin preguntas
Las realidades cumplidas son inalterables
Perderás
Lo que te fue concedido
Mas la humillada llegará al reino de la luz
En el carruaje de sus pies heridos
Llegará hasta la ciudad amurallada
Ofrecerá a los guardias
Entre sus manos
Su corazón sangrante aún con anhelos
Su gigante desventura de olvido
Mas no será sepultada
Lavado será su rostro
Ungido al fin su corazón polvoriento
Porque en tiempo de clarines
No olvidó al Amor
Porque cuando los perros lamieron sus heridas
Y los cerdos gruñían peleándose su sangre
No olvidó al Amor
Presenciará su propia salvación
Luceros sus ojos entre los alaridos
Los vidrios no cortarán la cruz de sus brazos

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

Ni nadie rasgará sus vestiduras
Sus dulces huesos reposarán vivos
En la morada del Amor
No será más quebrantada
Mas la triunfante de hoy
Será olvidada
Dispersa entre los escombros
Del tiempo

CASA ESCARPADA

La calle trepa
hacia una ventana donde un tiempo
tan lejos y cercano
siluetaba tu cadencia,
como un borde
de barajas,
como un filo de espada
que fui
al acechar o rasgar tu sangre
por luna luna marcada.

En la calle que sigue ascendiendo
puede estar una ventana ya sin mí,
puede platear
los rincones
de paredes que formamos
al mirar
lo que puede ser la luna.

Puedes haber ya cedido
al obligatorio sueño.

Pero estás
en esa luna sin luna,
en el eco de tus pasos

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

más allá de mi muerte con ventanas,
más honda que mi vida
sentida de eternidad desde tu cuerpo,
y aun después de las tierras
donde he sido desterrado
al solo guardar
tu nombre
creyendo tenerte
más
sin tenerte.

VÍA 40

A José Gabriel Coley

Pavimento olvidado de hierba.
Toscas construcciones.
Fragor.
Así ha sido.
Huele a mosquito y mojado.
Pasa un ciclo.
Hay que arreglar.
Aun envenenado es el mismo río.
¡Oh, Heráclito!

El nombre hace humano
lo que no sería sin nosotros.
A pesar de errores.
No respetamos. Bien.
La maleza revienta el piso.
Cuando desaparezcamos
estará aquí
dentro de veinte siglos
la misma hierba.
¡Oh, Platón!

Al fondo, el mismo río nombrado.

CANCIÓN PARA ALMITA

Los demás asisten
bien a sus empleos,
mientras el Universo
me carga de ciertas culpas.

Al despertar,
los gruesos vellos de la mujer
son perfumados,
dedicados a un hombre
sin rostro
que coinciden con un terreno
extensor
de la ciudad al llenarla
de ladrillos,
cemento afinado
en los puntos sin baldosa,
geometrización
con piedras chinas de saqueo
de arroyos
que serán árboles muriendo
ante embestida de agua
en raíces hendidas
con y por cuernos
más pieles en pudrición

del mar
en suscritas progresiones
asfixiado.

Los demás festejan
sus citas obligadas en las casas
con las que han cargado
a la tierra.

Como si tuvieras una mujer
y la pisaras,
en vez de anteceder
a la horizontalidad
abultada:
la caricia que si es caricia
es palabra, tacto tangente
demostrado como esperanza,
tarde, rosaditos pies en
sostén de laterales aires
al extremo del olor tierno de la bebé
nacida con asombrosa sonrisa
perpetua
aun en la enfermedad.

Porque la naturaleza
no puede ser culpada
de las carnes inflamadas

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

como tratando de, sobre la mesa
de casa sin familia ya,
mediar un aceite prologal
cuando la llama del rojo cirio
se hunde en el infinito oscuro
anticipando las formas
formadas entre luz,
que serán llamadas sucesión,
inciertamente vida,
día anclando el nuestro suceder.

FLUIDO GRUESO

El inicio fue un tiempo
dicen que glacial.

Tu cápsula de calor
vino desde aun antes
de tu misma entraña.

Sucede que yo adivinaba
el caliente molusco
de tu entraña.

Y desde siempre siento
cómo podrían sucederse
los vellos tibios
de tus calientes labios.

Mimos resbalantes
de tus besos también
de tus labios.
Hinchados todos también.

El mundo puede destronarse
mientras yo me aguanto
hasta ahora en respirarte.

Escarbo con heridas
la tierra en terrones,
cortando el olor de tu regazo
hecho un chorro de lechoso
fluido grueso.

Elevo mi belfo al cielo
para clavarte mágicamente
antes
por si llegaras a faltarme.

Esto es del término
del llegar a olerte siempre.
De lamerte y neutralizarte
y tenerte siempre.

Soy el único que ha cavado
entre tus muslos
dejándote mis manos
dentro.

Se trata de que si no me muero
yo sea lo único posible
de espermancar tus pieles
internas
donde siempre eres la humedad.
Y yo, solo hasta ti,
siempre sería un seco desierto.

¿Crees que no sufro
de no poder expresarte
dándote la tierra sin arar?

¿Dejándote en lo mismo:
con las mismas ganas?

No sé quien sufre más.

Soy el lúdico y moreno tronco
que siempre quiso ser caimán.

Pero, ¿qué puede hacerse
con un saurio tan solo,
sintiendo de la ciénaga
la versión expandida de ti?

SIN SABER SI PEZ A ÚLTIMA BOCA

El albedrío se dio
en la esperanza,
junto al ocre anticipante
del ciervo,
marcando la oscura pared de gruta
viniendo de sílice a alimento:
dejado de temblar
al suceder la cresta
agónica.

Impulsada a rayar con finas
puntas
como ramas de hueso manglar
salinizado,
pero con sonido hueco
evocando su devenir desde la muscular
carne.

Lo mismo, creo, da para el polígono
ser descolgado
de ese mimetizado —o no real—
anaquel (infinito),
o ceder al sinuoso vórtice
llevando la pretensión de línea
a naufragio en sangre

en comunión labial, sin sincera,
entonces, animal inflamación
entregada.

Cualquiera de nosotros sabe
que no somos felices.

No cito paraísos
—recompensas— posteriores
al ojo muerto, el nervio inútil,
mas en buscando
previa, ante el siempre, condición
de oscura piedra o tierra oscurecida
por obligado mundo
ausente de lo que rige el día.

Sé, en mi secreto
no inútil ejercicio
de la suma sanguínea de nosotros,
que tanto hemos mentido
que hemos ido quedándonos
más solos.

Uno ama, me explico,
en uno la básica razón vital
de uno corcovea, se altera,
no ve si tumba los retoños

por una mujer
que solo uno ve nítida
en un olor que la instala sin ver lo ajeno
a su olor húmedo,
solo por la vida distribuida
en nuestro rostro, no querido ser quitado,
y si así, hundido en el de uno destino.

El mundo se despedazaría
si los amores
secretos cumplieran
el beberse; si una mano curvara
hundiendo
cualquier lugar de un cuerpo.

No tendríamos
que rastrillar con nuestra mustia,
acostumbrada esperanza,
fósforos de anhelo
en no pubis que, en ásperos
primero, nos hunden,
al ser aparecidos por la llama
dura por secretas voces
que nos embrujan la sangre,
mandando toda nuestra sangre
dentro de una piel
que es caverna

más hinchada, solo con sosiego
si la sangre
atumultada
da, temblando, la garganta
de piel epitelial espernancada
por nuestra inconfesada hambre
que solo al cumplirse nos salva.

Todas las ventanas venidas del hombre
son menores que los huecos de luz
donde tú sabes.

Cumpliendo el espacio
que el infinito dejó para las rutas
de tu carne,
que yo he vivido ya,
entristeciéndome en tus labios,
que, como toda boca humana
debería ser amada
—anticipando ajedreces,
horas nonas—
sin jamás decir que un hombre
—llámenme de tangos,
traganíqueles, guaro,
molimiento del cielo
que me pongan—
es ese quien te ama.

Traduzco: este quien te necesita más.

Tú serás vestida de blanco
por quienes creen que te crearon
o de tu cuerpo siquiera un instante condujeron.

Yo no sé si mereceré la muerte.

Tú, cumplida o no, eres la mujer.
Mismo ser que la extensible noche.
Yo, así le pese a la moral de laureles
de los grandes amigos,
soy el hombre,
formado en no certezas e inseguridades.

Que ley puede ser mayor,
más vital,
que el que una carne
no moleste las altísimas condiciones
del preclaro ser humano,
apartándose de obligarse a helecho
cumpliéndose en sí mismo las esporas
formadoras de su propio olvido
al menos de sí alejarse?

¿Por qué debo morirme sin tenerte?

Es la hora asfixiante de la tarde
cuando tu vaho de abajo
cumple el mecimiento del trópico.

También sé que por ti seré el aire
para aprisionar, moler y trasladar
lo que tu cuerpo deja
para quien no animal no sepa
que la naturaleza respira por los ojos
internamente vivos
que te mantienen medida
en la vida,
donde yo te amo
en una dura espera
donde tu áspero y no peinado
pubis sin mis dedos
y tus sectores de cálida carne
se recogen en el sol del tiempo
cuyos días son cocuyos en terrazas de casas
donde la llave es más próxima
a la realidad de la madera que la mano.

Y se entra.

Alguien entra.

Cinetiza una hornilla con una sola mano sola.

Y antes que el alimento come el sin fondo,
que si se mira bien

jamás será en progresiva, aún:
hambrienta hondura de última razón
cuya estructura
crece con tus ojos rodeados de ti
viviendo viva,
viva en mi cielo interno
y como cielo trascendente cavidad de espacios
donde hago pulular todos los telones
que jamás existirán en la vida,
no para multiplicarte en ajenas imágenes
que vea
sino para sumarte y sumarme
cuando tu carne se unta de luna.

Aún más adentro de lo que puedes
permitir.
Y me permites.

Yo escribo a tu cuerpo que pasará.
Ya venido de ti
sé que antes de la tibia caricia
ahora, hoy,
que en el infinito coordinado es desplazante,
jamás como nuestro mudo amor situado,
mi carne con un nombre
que me recordará
no cederá en esta vida

al grueso lubricante
de calor:
acto único de venirnos
de entre la entraña de suave
doble puerta de labios de penetrables
horarios por mí que hasta ahora
no he empujado con mi carne,
con mi nunca rendido entendimiento
del morir, de verdad,
tus tiernas puertas
de carne y destino
que, así sea arbitrario,
creo que son de mi mundo ciego
mi adjudicación
de piedras sumadas para tener
un hogar
que tú y yo sabemos que jamás tendremos.

Mientras
nos construyen un cielo
y un mundo más adecuado
para que cumplamos la naturaleza,
como un aire oscuro de bosque
me acerco a ti
desde una profunda y viva
distancia
que nombra mi canción ejecutada

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

desde tu siempre abierta trampa de suelo húmeda,
mullida por tu extensa de afuera espesura de otoño

Yo te empujaré la colcha que tienes de hojas rojas,
traspasando el destino de las estaciones
donde la curva de una vida sin nacer
se centra en el calor de tus tantos recónditos lugares,
más cálidos
cuando en los sueños te entro buscando
sin necesidad,
porque sé que eres tú,
que todo lo demás pertenece a tu rostro.

Habrán tiempos donde se legislará
por aquellas, desde siempre, obedecidas
razones que solidificarán el oscuro magma de la carne
en el observatorio posibilitante de los posibles firmamentos.

Yo ahora, recuerdo (veo) tus ojos desfaltando en mí,
esperanzados ejercicios empezados por antepasados míos,
acosados por una respectiva mujer
a su vida hundiéndose en una dulce manera sin espera.

Se sabe que la escena significaría
la eternidad tranquila,
pero también el perdurable fuego.

Lo misterioso es que sentimos ese ser irrepetible.

Todos dicen que mi fuego lleva el nombre que yo llevo.
Se que ningún fuego termina.
Mas a veces acepta nuestro rostro.

Tú y yo no necesitamos
llenar las paredes
de los ningunos lugares
que nos unen,
inclinados por los cuerpos nuestros
que deben hundirse forjando la premura
de mi lava caliente en tus horas
llenas de mi no saber,
cuando dejaremos de ser sílice
del desierto heredado y honrado por el miedo.

Hundiendo la tierra por tu resbalante agua,
pulsando en tu cuerpo amplio y capaz
las silábicas cuerdas de tu dulzura guardada,
nunca aceptando sequedad en tus blandas quebradas.
Sintiendo, siquiera un minuto,
tu olor junto a una almohada.
Tu virginidad, vuelta a ser, al ser marcada
en el aire encerrado de los cuartos
con retratos muertos,
mientras tú te resistes a morir sepultada
por las casas desde antes sepultadas.

Entonces seremos.
Tus señales me han llegado.
Habrá un espacio en el temblor de ti,
puedo entrar una mañana:
si tiemblo recoge mi temblor.
Pero guaréceme. Dame el laberinto.

Puede ser rasgar la carne
en un instante de tarde.
Ocúltame en ti, entonces.
Ya no valdrá la luz:
un filo de roca o la respiración
de tu piel
serán dejando de ser.

La palabra "atardecer"
no alcanzará a cumplirse
al no darse ningún perfil de un árbol
sí una hoja no dura,
interceptando inútil
una impalpable agua ya muy secreta.

No habrá paisajes
de mar languideciendo sin el hombre
sobre frágiles maderas
siempre a merced del oscuro abismo
donde no acepta ser enjaulado el viento.

Pero haga el Universo su indescifrable voluntad
sobre nosotros, sabemos que nos necesita.

Desde ese lugar donde pueda arrastrarme el misterio
te defenderé aun sin saber
si en mi queda algo de lo que fuimos al vivir.

Poemas del Libro
“Direcciones del cielo”
(1989)

QUILLA ROTA

Visitante asiduo de la desesperanza.
Barco de quilla rota y angustiada,
aferrado a la inutilidad o no
del arte y de la vida humana.

Jinete del lomo del tiempo cimarrón.

Te veo perseguir la mariposa
del amor dudado
con tu red de sentimientos
hueca al fondo.

Persistes,
encallando hacia la terca orilla
de la muerte,
eludiendo la paz como un pez perseguido.

Por ser un hombre todos
hube de echar suertes
sobre la capa de mi propio porvenir.
No esquivé entender lejano el día
en que las manos fuesen
inexplicables y bellas palomas de magia.
Conviene, muchas veces,
ser fugitivo de cariños,

luchar en absoluta desventaja.
Como quien muere despojado, pero seguro cliente
del recuerdo ajeno.

Es bueno vivir como esperando en una puerta
de ausencias: violador de sombras y bosquejos.
Los hombres traicionamos:
a la mujer amada y al desconocido
(o al aún no conocido).

Pobre tierra deshecha dejamos como herencia.
Tristes y anónimas manos sepultadas
son ignoradas
por la roca altanera en que devenimos.
Entonces, ¿qué haremos para ayudar a un mundo
en el cual estamos contenidos
pero que, paradójicamente, determinamos?

¿Qué labios dirán verdad temblorosa entre caricias?
¿Qué piel será entresueño de pájaro y cálida
pradera germinada?
¿Qué mente no será garfio de envidia o letrero
de PARE moral en cada bocacalle de la vida?

Los brazos de neblina del futuro han sido mutilados.
El machete afilado que tenemos dentro, hijo
del sol frío, del vino derramado, del hogar en ruinas,

de los sueños abortados, cercenó el derecho a la luz,
el camino a la esperanza.

El viento está dormido.
Pero siempre habrá un hombre velando
los ojos del amanecer:
suicida de vísceras y sentimientos.
Aun más: a pesar del flanco herido de la bestia
inocente y condenada,
aun a pesar de los terribles signos
que horadan el rostro del firmamento,
navegamos
como naves de infortunio,
soportando las algas hambrientas y letales,
enfrentando el abismo y la destrucción
con nuestra quilla rota.

STRING DOLL

Es otra noche
del hombre fuera
de su abrevadero rosado.

Es posible que los débiles
piensen
que la obsesión por una mujer
es debilidad.

Pero, a pesar de todas
las flores rotas,
rasgadas
hasta sangre y miel,
suben las sonrisas
vistiendo de novia a los recuerdos.

Cómo si cuando he sido
divisado
por ti a una cuadra lejos
en la oscuridad
fuese el diálogo más imperfecto
de nosotros.

Los demás, casi todos,
se asombran

ya que no ven a la mujer
ni teniéndola debajo.

Ni la mujer los divisa
ni con los ojos
frente a frente.

A nadie se le puede
despojar
porque lo poseído
una vez de verdad
es para siempre

Dejar a veces quieta la escena
a ver
si la muñeca delicada
se estrangula
en la cuerda de una sus zapatillas
atadas
con delicadeza por quien
nunca
hubiera querido que de ser
pasara a instrumento.

Detrás, cuando ya el público
aplaude
la osadía y el desmayo

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

de besos a lo Valentino
y/o Hayworth
el guionista se queda
mirando
al infinito,
porque como buen guionista
no fuma
fuera de que es un buen hombre.

País apetecido
para picotearle en el pecho
a los que sueñan
que los amores persistirán
en el aguante
de la sangre en la nobleza.

TRASLACIÓN DE LO ROSADO

Haber causado tanto daño
a quien no se supo
en un principio
que era el amor de uno
en la vida.

Seguir, después, nervioso,
tratando de restañar
las heridas dejadas,
hasta el punto de invocar
desaparición de cicatrices.

Llegar al profundo abismo
de la vida y sentir miedo.
Miedo nacido
de la culpa de sentir
el daño que te he causado.

Orar, porque fracasó,
para calmarme,
la vulva seca de la inteligencia.

Encallar en la percepción lúcida
de tus ojos mirados de cerca,
formas de miel
de tus no casi cejas claras.

Alejar mi cuerpo de tu cuerpo
aceptando un exilio
demostrador de la consumación
nuestra, indiferente
a las, a otros, letales lejanías.

Ver tus pies en la misma
distancia de estas letras,
con las que mi fe
de lo nuestro
te los acarician, a tus dedos
largos y melosos,
sin asomo de tiempo o alguien.

Formarte en mi para saber
que mi miedo de perderte
puede mantenerte intacta.

Mantener, sin esfuerzo,
lo maravilloso de mi sangre
de estar tu índice izquierdo
rasgando entre pelos en mi pecho
jeroglíficos tan vivos;
marcando, dibujando
tus dedos mi cara antes
despreciada, algunas veces
temida, es posible

que muchas veces que anhelé,
ignorada.

Extrañar tus baños.
El sonido del agua y la luz
quedada en rosada
al ser ahuecada en tu mano
rosada,
luego trasladada a lo rosado
tuyo,
que no es lo único
extrañado por mi ser
en tu ser.

DESLUMBRAR DEL DESCANSO

Los tiempos de motel
sobre una mujer cumplidos
pueden no darnos la calma.

En las mismas promesas
atravesadas, distendidas
a las diez de la penumbra,
una mujer, que amó como las velas
desplegadas hasta ser rota
en tormenta por la punta,
pasajera ella como velas
de tela frágil,
del enloquecido bergantín
fue preñada.

Es una muchacha ahora.

Y aquella carga deslumbrante
de lo blanca, caliente
en una forma de color blanco
y contundente,
se le formo por dentro de su ser
hasta salirsele
como humo de hijo o hija.

Que es como el aleteo
de golondrinas
que se recuerdan con ensoñación
cuando el tiempo
de los amores tempranos
o perdidos.

Pero que son espantadas
primero con susurros
de ushe
para que no noten
que tu negocio importa
para tu ser más
que la naturaleza.

Y libras, a los clientes,
de unos vasos y de un baile,
de una búsqueda certera
en transparente a veces miel
con sinuosos sin separados
seres que son blancos,
o azulosos o grisosos
entre más fina proteína
que miel transparente.
Conjuntos, son lo transparente
y lo pesado de dentro,
más pesados que el agua.

Y eso se sabe cuando el recuerdo
hunde el agua de inodoro
en un hotel.

Y uno tiene que sobreponerse
para no sentir tristeza.

Ya que en ese instante brotan
los labios en festín
inflamados
desde dentro en morado.

Pero, siguiendo el código
que empieza por lengua,
me entregas la forma del sonido
más fina que la sílaba.
Si seguida, entregante
de la hundible,
hasta lo que pueda,
tela de un cielo,
si mirado después del morado
mirado, dueño
de tonalidades del rojo.

Hasta cuando la escala
hace cerrar los ojos.
Sumando cromasías al tránsito
que no puede mirar

sino traducir
que estamos solos.

Es entonces cuando lo enseñado
se ausenta
dejando desnudos los ciertos
(de certitud o certeza)
recuerdos.

Desde ese territorio
he invocado lo que siento
que no puedo perder.

Ya que mi cuerpo tiene
un solo sentido de eco
muscular
que me nombra lo creído
como, sin lo tuyo, no
el verdadero deslumbrar
del descanso.

SOBRE LA DIGITAL AUSENCIA

Cuando el corazón de un hombre
dice que disfruta
largo tiempo de ausencia
de los seres amados
no le crean mucho.

Es posible que haya encontrado
un amor en la soledad
donde se encuentra.

Y como el amor es infrecuente
se va quedando
sábados y domingos primero,
y después meses enteros.

Es así que regresa y ve la hierba,
el cielo, el aire de su tierra
de manera extraordinaria
como quizá nunca
antes los había sentido.

Y valora a la dulce mujer
que ha dejado atada a su lunar
sin la digitalidad de él.

Fuera de que encuentra a los amigos
verdaderos
que han compartido sus tristezas
y sus esperanzas
con su corazón (el de él)
temblando.

Allá la rubia princesa,
como su condición, también tiembla,
porque es posible
que el hombre se le haya ido
por un mes o para siempre.

DIRECCIONES DEL CIELO

Para Arnaldo Cohen Hereira

Para dirigir el cielo
con el cuerpo,
tu cuerpo debe estar vestido
con el cielo.

Sobre él, huecos de tela
hechos de firmeza brillante
para tener sitio en la noche.

Por eso abre tus manos, tus caderas,
las ensoñaciones
nunca confesadas, al oír
la intensa, nunca interrumpida
alegría, agonía.

El vestido como trigo
de mediodía sobre la piel
hermosa de la mujer,
con sus labios intactos
como si no hubiera parido.

Que, en este caso, es mejor enfrentar
con veto de órdenes, recelo hasta celo,

antes de tirar la gorda toalla
de un taller que prefiere morirse
si no viste, del tamaño de la exacta
naturaleza, el fluido del cubrir
un cuerpo venido en varios puntos
de los dedos, venido de la luz
que los dedos tienen al nacer
y que uno va perdiendo
por cualquier razón.

Y, ya llegados al resbalar de tórax
sobre gruesos granos blancos, maizosos
de cuco
vienen a ser bordillos de calle ancha y letárgica.

Y el hoy de entonces, para los de vocación
de magisterio, eran sobre la 70B
lo que son más ahora al sentir
lo que nunca fueron en defender
el vivir de lo que tuvieron
enfrente.

Como las carnosas caderas
no resignadas a piernas más lunar
de Rosalía —quien tuvo,
en el coincidir con mi recuerdo, luz
de canela y los deseos fraternos

por la felicidad mutual—
que asusta a los más avezados de la horda
que nunca traspasa pelos,
que nunca traspasa labios,
pero que traspasa seres que amamos
con el verlos suspirando
de descanso hablado y dudado
por no haber sido tocados.

Antes de la muerte que, por oficio, conocemos.

El método es el siguiente:
desde la penumbra de las cunas
nuestros bebes nos piden,
que no teniendo a más nadie puedan
en sus cuerpecitos ser como sistemas
menores
de la muy dura tensión
liberada por lo menos en momento de verdad
en un adminiculo exacto donde no nos fuerzan
a mirarlos
porque si fuera “a mirarlas”
que deliciosa la lubricación
de mujer tú en los post-almuerzos
cuando tu secreto quedaba mirando
hacia los lados del cuarto
de tanta hinchazón central.

Y yo solo tenía un colegio donde ir.
Y los días y el cielo y más nada.
Porque nunca he entendido lo que dicen “mayor”,
pero desaparece.

Pase Semanas Santas pelando sacos de guandú
para el dulce, también el ñame por mi desnudado.
Mientras la dulce luz de diez
me iba descifrando los tránsitos de su mojada.
Fui vecino muy adyacente y grueso flujo interno.

Me asombran todavía los sueños que me dicen
que soy yo quien siente y escribe aun dentro
de ellos sueños mismos.
Y yo no sufro de sueños repetidos
cuando un ser mío es vulnerado.

Demasiado me ha quitado la muerte.

Afiliación donde todo aviso, aun los esperados
despedazaron mi ser y me recuerdan
que los ojos amados y los cielos cómplices
forman la misma extinción
en el silencio.

Escoge no amar
porque es mejor para tu empresa.

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

Mientras jóvenes mujeres abren sus piernas
confundiendo cielos.

Y uno al lado de los que se creen amados.

Poemas del Libro

“Kilimanjaro, corazón helado”

(2000)

DANZAS CON LAS QUE SIEMPRE RETORNARÁN LAS ESTACIONES

¿Será que siempre debemos renunciar
a los profundos llamados de la naturaleza,
los que fluyen desde siempre
como un camino palpable y mutuo
entre dos seres?

¿Serán pasajeras las estaciones
formadas de paredes de ecos de trenes
que preguntan por un destino borrado
y luego desaparecido
de la que un día fue parada oficial de itinerario,
en la ruta donde además transitaron con los pasajeros
el agua de sumadas lluvias,
los vientos inevitables aciagos,
las piedras de las fundaciones humanas
y hasta los ángeles desorientados,
inclinados en desvío
por el peso inflamado de sus alas heridas?

¿Será cierto que alguien que nos hiere
todos los instantes
oficiando en altares de sangres saturnales
atávicos rencores que más parecen ya devenidas traiciones
deba creerse inocente

porque las evidencias
jamás las mostraré ante nadie?

Porque por cuenta mía no habrá nunca jueces
ni jurados ni partes ni cortes ni testigos.

Porque de tanto no aceptar acogernos
a nadie ni a nada
de todo lo existente
olvidaremos que pudimos ser felices.

No sabemos si pierde el que recuerde al otro
o si gana quien más pronto olvide.

Solo un bufón soñaría que levantando su morada
—sus paredes, sus sombras,
sus aguas, sus espejos, sus jardines—
un dios generoso le encimaría la mujer de su vida.

Creada para ser un solo ser con él
como supuesto corazón del infinito:
creada para susurrarle y abrazarlo a él,
y a su vez ser por él abrazada y susurrada.

Dueña con él
de los amaneceres que no duran,
de los crepúsculos de sangre,

de los violentos y mutantes antifaces
de colores del cielo,
que pueden hacernos olvidar
que un hermoso rostro puede guardar,
tras el carnaval inofensivo,
el oscuro y hondo abismo.

Algo no me ha dejado dejarte:
una fuerza de arrepentimiento
que mantiene invadido mi solo corazón
se mantiene de tu parte.

Y su voz habla en mí como si hablara mi ser:
justificando las laceraciones sucesivas,
viéndote siempre dormida e indefensa,
náufraga sacrificada en el altar de mis tormentas,
obligada a navegar el oscuro mar de mi sangre
sin saber por qué y acaso sin amarme.

Tan leal a mí
como brújula sobornada hacia arrecifes,
que harán pedazos nuestro maderamen
quién sabe hasta qué playa,
para ser alimento de fuegos ajenos
con los que puedan calentarse las entrañas
los extraños.

Difícil que si todo está en el infinito
puedan nuestros sueños segregarse
hasta favorecernos al soñar
otro tiempo,
otros mares profundos,
otros fértiles valles
u otro cielo
para la esperanza de lo humano
que se nos ha pasado cayendo de las manos.

¿Será que tendremos que renunciar siempre
a los llamados profundos de la vida,
los que fluyen desde siempre
haciendo temblar y muchas veces sufrir a dos seres?

Los que no necesitan bendiciones falsas
ni templos de hombres para ser Uno en lo sagrado.

Los destinados a una morada de magnificencia
con sus cuatro paredes de luz
ancladas en los cuatro confines.

Los que serán abrigados con la serenidad del cielo
y sus nubes movibles.
Los que recibirán el agua elemental del génesis
para la sed de sus seres amados:
para que al crecer todo follaje que siembre

dialogue
más cercano con el cielo.

Para darle espejos de agua
a la noche de la tierra
donde reflejar
en medio de tanta oscuridad
la luz de las estrellas.

Para los escogidos como depositarios finales
del poder del silencio
con el cual cumplir más vida
en el tiempo finito que nos fue otorgado
y así lograr migrar
con alas que se fundirán en la altura,
y no dejar ya nunca de estar juntos,
danzando en las danzas
con las que siempre retornarán las estaciones.

VIENTO QUE CORRE DESDE EL SUR SOBREVIVIENTE

Al bro' Pedro Blas Julio Romero

En cualquier aula de *high school*
—*no offense*—
brotaban sus labios hinchados y rojísimos
anticipando desde la oscuridad
un *mother fucker*
cargado no de odios contra nadie
sino de miedos ancestrales
vestíbulos silábicos de automaldiciones
para recordar o comprobar que estaban vivos
traducidos en navajas aún prepúberes
o en *bulldogs* 44 de fuego en las oscuras
esquinas de su miseria obligada
o en sus desesperados asaltos a gasolineras
o en sus huelgas que más parecían
hit the fucking negro, man
o en sus grandes congregaciones cristianas

Por esto último los *gospels* en sus Iglesias
sonaban más como llantos quemados
sobre cruces de fuego
y el *soul* posterior nadaría en gemidos
que utilizarían los mercaderes

Les prometerían un despertar sin transición
desde las putrefactas alcantarillas de Harlem
hasta el esplendor de Beverly Hills
donde algún día filmarían los gemidos
de las violaciones desgarradas
de sus novias o esposas
de sus madres y de sus hermanas
y les darían a cambio
coches flamantes y mansiones monumentales
y trajes de repugnantes colores
y oro mucho oro, *man*,
con el cual
las cacerías de sus cuerpos
y las violaciones de sus novias o esposas
de sus madres y de sus hermanas
solo serían un sueño olvidado
olvidado como los capuchones blancos
y las cruces de fuego llameantes
y los gritos desgarrados
y las tres K del *Ku Klux Klan*
que alguna vez llamearon en la noche
como una pesadilla

Unos creyeron en la otra mejilla
para rescatar
junto con el rostro del corazón
en otro cielo
su alma mutilada

Otros

los *Soledad Brothers* por ejemplo
sabiendo perdido para siempre
el afro amado de Angela Davis
vieron pudrirse en oscuras y asfixiantes celdas
sus ojos grandes brillantes y asustados
sus pieles oscuras sin verse en las tinieblas
sus sueños cercenados
de una inmensa llanura amarilla
entre un norte de desierto
y un sur de diamantes

Es posible que todavía no se hubiese acordado
teológicamente
que los negros también poseen alma

Pero sus carceleros blancos
no perdonaron
sus cantos negros
en un infinito negro
con dios blanco
ni su olor fórmico
ni la cachetada de Jesse Owens a Hitler
en Berlín en 1936
ni lo siempre ritual de sus instantes bailados
ni sus menos de 10 segundos
en la prueba reina de los 100 metros planos

ni que pudieran leer
y mucho menos orar
y hasta preñar sus hijas rubias

Ni que muchos blancos se arrastraban de noche
hacia las barracas de las plantaciones
desafiando el sermón reiterativo
de infierno a los fornicadores y adúlteros
para buscar un safari de vulvas moradas
babosas rabiosas gimientes calientes
para casi morir entre las palpitaciones
convulsiones y estrangulaciones
de esas vulvas moradas
por dentro más salvajemente rojas

Quizá sus mujeres de olor fórmico
con sus oscuras y deliciosas nalgonas
atrasaron o desviaron del cielo
a sus verdugos blancos
ya tan agotados por su propia saña
y más débiles aún bajo ese embrujo caliente
hacia un purgatorio mulato
que nunca ha llegado al infierno todavía
sino que aún lacera oscilando
en los vergonzosos anhelos
de ese su amor
que se hunde en la muerte

KILIMANJARO, CORAZÓN HELADO

Descubre la blancura de tus piernas
para los profanos.

Sé que a pesar de tus virtudes
no hay venganza completa
sino al dejar profanar.

Como dice la vieja canción de Kenya
cuando el fuego acompaña los relatos
que los ancianos han guardado a los niños
para frente al fuego,
cuando invocan los miedos
y el bosque trepida solo
todavía sin fuego forestal.

La hiena es en la palabra del anciano
el profanador natural de cadáveres.

Solo falta para la risa completa de la hiena
cuya risa hiende la amarilla llanura
el cadáver que la hiena busca.

De malas, como dice mi hija,
si han faltado depredadores para matárselo primero
y dejárselo listo e inerme.

Porque la hiena,
cliente de la muerte por encargo,
sigue el orín y la sangre del ser anhelado
aún después del Serengueti
leonado y peinado por la seca brisa
que aún no carga lluvia.

Más una hiena clásica nunca ascenderá
a las nieves del macizo cuadrado del Kilimanjaro.

Ella no expondrá
a congelarse su esqueleto
seco entre las nieves perpetuas
donde no hay carroña.

Su risa corroerá los viejos enfriadores
de los antiguos campamentos
donde el agua es muy fría aún
frente al desierto.

Pero un gran macho herido
buscará sentir su corazón congelado
hundirse
entre la blancura fría perpetua
y un azul de cielo que no alcanzó.

COMO HANSEL Y GRETEL

Dejando migajas de su pan,
que pueden llevarse los pajarillos,
la ruta en otro bosque podría extraviarse:
llevada migaja a migaja de su pan
esta no se perderá,
ni aún halada por diversas alas
en el aire del bosque
que quieran los demás.

Porque este bosque ha sido ya
marcado
varias veces por las migajas de su pan,
el pan que ella lleva,
que de tanto amor
oculto
produce alas que solo van hacia él
en su aire mágico,
hacia él desde siempre triste y solo
en su laberinto.

¿Cómo podrían perderse
esas migajas del pan que ella lleva
solo para él?

¿Cómo, si ella ha cerrado su bosque
para los demás,
y ha escogido su príncipe
de entre lo más bestial y humillado?

¿Cómo podrá el futuro del hombre
dudar de un toque mágico
que convierte al minotauro
—despreciado y solo en su laberinto—
en un príncipe encantado
antes que en un dolor de la especie;
en un mar sereno, cuyas rocas
que convierten la mar en espuma
son los gritos, los desgarramientos
de la princesa
confundida en hada
y decidida a pesar de todo
en ver libre a ese rostro,
a ese corazón de toro-hombre,
y tenerlo para ella
(hada-princesa o princesa-hada)
y tenerlo para ella
(como toro-toro o como hombre-hombre)
y tenerlo para ella:
ajena a categorías y sucesiones
que para ella dan lo mismo?

Ya que la bestia
sin haberla tocado todavía,
sin haberla lamido todavía,
sin haberla hecho sufrir todavía,
le ha hecho olvidar las artes de magia,
le ha hecho olvidar las decadentes noblezas
y le ha hecho sentir la sangre roja caliente
que solo tiene la mujer
en tanto hembra suelta en la naturaleza.

Secretos quedarán el bosque encantado
y sus pájaros mágicos
que solo migran hacia el laberinto
del minotauro solitario
—despreciado, temido y solo en su laberinto—
antes de haber olido y lamido y amado
los pedacitos de pan
que ella deja para hundirlo
en su bosque,
para meterlo en su cámara íntima
y dejarlo descansar
entre sus trenzados filamentos oscuros

LA PALABRA, LA CREACIÓN Y ELLA

Hay un palpable misterio, es indudable,
en el lenguaje humano.
Pero, en sus orígenes,
guarda una demostrable similaridad
con el lenguaje de otras criaturas:
nace y se perpetúa
—mutando, a veces sutilmente,
otras marcadamente—
como un primario ritual de llamados
o reafirmaciones de la criatura
en busca de seguridad territorial
o complementación biológica o bioquímica.

En lo territorial
está implícita la brecha
en el tiempo y el espacio universales
donde su canto o llamado o balido,
por ejemplo,
dan forma al nido o a la guarida
en la espesura
para seguir poblando
con formas y humores y sonidos similares
el porvenir.
Es lo mismo cuando el ser humano saluda
o se dirige a un semejante

solo por alcanzar algo más cercano al territorio del otro.
Los sonidos trasladan, cargan, acercan,
traspasan o niegan,
las más de las veces ese algo,
y luego desaparecen tanto objetos como seres.

A veces se pierden y no volvemos a verlos
y decimos que no han regresado “más nunca”...

Es posible que su lenguaje
no haya sido capaz de hacerlos existir.
Porque el protozoo quizá habite
otra frecuencia de memoria
muy ajena a las palmaditas o a las tarjetas
de arte almanaquero
o a las fiestas que —de todas maneras—
han muerto a la medianoche,
mientras nuestros semejantes y nosotros
insistimos en bailar
o en seguir inventando y disfrazando,
casi siempre con palabras,
lo que sabemos que no tenemos de verdad
y acaso no tendremos.

Es, entonces, cuando nuestras palabras
dejan de ser orines
al marcar las guaridas o los nidos
que no nos han entregado
los órdenes del cielo y de la tierra.

Y se convierten en lamentos
o se van mutando en sueños;
sueños con formas
no existentes ni visibles ni percibibles
para los ajenos ni para los buenos ni para los felices.

Y al no existir lo que nombramos
procedemos a estrenar palabra.
Y al no ser despojadores
no nos perciben a nosotros,
sino que algún día
en el tiempo
alguien despertará y se estremecerá
con un ser semejante
al que nosotros soñamos
y ya no notará la diferencia.

Ni sabrá
que algún tiempo antes alguien se asustó
al ver lo que la soledad del semejante
había soñado,

y de tanto creer que la tenía
llegó hasta darle nombre.

Y hasta hacerla viva.
Y aun hasta perderla.

CANTE JONDO DE LA OSCURA GUITARRA VIVA

Como brotada de la noche.
Como una textura de piel suave
y cabellos de ondulado brillo y finura clara.
Como una noche inseparable, tus dos ojos,
iluminantes y cálidos.

Como un monumento temblante
frente a mis —por no cumplidos— esperantes anhelos,
emergiste de la noche acaso iluminada
de la esquina,
de la caja de sueños —no sé— de este mago solo.

En la esquina de la calle despojada
de diurnos autos y diurnos seres
nosotros dos, tú y yo, nos encontramos.

Al mirarnos hicimos repetir la tarde
en que fuiste a buscarme
hace más de un año;
año y medio dirías poco después
en la noche temprana
cuando ya el destino nos llevaba juntos
delante, en el microbús nocturno,
por las calles que fluían entre las casas
desordenadas y pobres

dejando atrás a algún muchacho onanista,
mientras otra madura mujer desperdiciada
honraba con el gordo calor de entre sus nalgas
los pugnantes tejidos de una mecedora
como queriendo resbalar
entre su cuerpo la noche gruesa
que la tenía mojada.

Pero nada ajeno importaba a mis sentidos,
ni al delirio natural de mis imaginaciones,
ni mucho menos a mi corazón.

Porque las alas de la brisa
entraban susurrando por la ventanilla,
y sus plumas de aire tibio
—divididas y heridas por mi brazo—
agonizaban su ignota migración
sobre mi pecho,
se metían por tu suave vestido
y me devolvían tu olor,
tu olor que me extasiaba
junto con el roce de tu muslo que me hablaba
de la suma atropellada
de lo que habías
—hasta hoy—
guardado en silencio
como si sin saber supieras y me quisieras decir

que nunca habías tenido dueño
ni de verdad nada.

Ahora recuerdo que no recordaba,
junto a ti,
sentados delante en el microbús nocturno,
las vertiginosas imágenes que se estrangulaban
por alcanzar siquiera
al salvaje temblor de mi anhelo.

Se, ahora, que te sentí casada conmigo
por un mandato de verdad de amor
que me hacía sentir sereno y orgulloso,
y que íbamos para nuestro hogar
donde casi sin entrar nos abrazábamos
entre cortas y sofocadas risas de juego.

Pero no vi si alcanzamos a comer otro alimento.

Estabas abrazada a mi tenuemente empinada.
Alta, cálida y curvable,
como guadua nueva bajo la tormenta;
iluminando y serenando con tu sacrificio
un oscuro conflicto de huracanes
que han seguido desgarrando de raíz
el otrora bosque denso de mi alma.

Mas también sentía tu voz
como una enredadera
debe oírse reptar en un sueño,
como salpica el pez la oscura mar
al ser halado por la luna.

Sentía tu voz como un eco de besos galopando cascos
sobre la resbalosa oscuridad
de una laguna de rituales prematuros y mudas tinieblas.

Y esa voz se propagaba en la noche
Y esa voz insistía en que habías sentido
tanto mi ausencia
que me habías buscado.

Y esa voz, entonces, me llamaba.
Y esa voz era tu voz, y me llamaba.

BOSQUEJO INICIAL PARA UNA NUEVA ARCA FINAL

Proveer a la imaginación de un lugar de la imaginación nacido de la convergencia esencial de todo lo existido, así sea una vez, o de lo que habría de existir —dicho esto para la necesidad de los navegantes del tiempo—, es una tarea que necesitaba enclavar algunas conciencias, interpo-larlas, hacer sus necesarios injertos de espigas o retoños, en otras aguas o en otras sensaciones, dimensiones, luces curvas siempre incesantes, regiones donde las palabras nos someten a apremio y nos demuestran que no por ser creídas sean tan abundantes.

En algún lugar de la humedad de miel del dátil, que no solo captura la lengua del insecto sediento y moribundo, aún más cautivo en ella en la ciega llamada para traspasar el umbral de lo que llaman —no sé si perciben su sutil fluir— *umbral del vida y la muerte*, en la cópula o eyaculación salvadora, está también la finísima, tanto como igual de poderosa, gota del rocío del desierto, o el ritual de cirio perdido en una de las catedrales armonizadas según el ver euclidiano, desde donde Fulcanelli quizá ambicionó descansar o hacer descansar a la especie en un ritual de mutación alquímica espacial, legando la idea —quizá solo eso— de un arca sagrada que copulase intermitentemente, desde su iniciación de piedras totémico-célticas hasta sus cubiertas de vitrales y cruces con secretos y exactos lugares de orificios, donde recibir, hasta su profundo y entonces vivo corazón, ciertos rayos de equinoccio o solsticio.

Esas son las arcas que esencialmente conozco. Pero en mi corazón de barro y agua primigenios, de fuego abrasante o frío infinito, ha resultado extraño el buscar forma de barca a lo que esencialmente navega en todo y fluye desde siempre, buscando alimentarse de lo que esos timoneles

suyos que, de algún modo, terminaremos siendo fantasmas, por encima de las más elevadas magnitudes, o en el centro engeguecedor de las más vertiginosas revelaciones, o en el ojo de las vorágines más inasibles o irrepresentables o inimaginables, podemos lograr dejarlas como prehistorias oníricas frente a un nuevo orden de sueños, a los cuales llamemos solo así, por honrar el recuerdo, los ancestros, a los que sí nunca podríamos dejar de amar los que no hemos nacido ni para pretender nada, ni aún menos para falsamente honrar nada.

Las mezquitas, los *igloos*, las pagodas, las cuevas penumbradas de venados rupestres, los chinchorros, los refugios bosquimanos... al igual que las Torres Gemelas del World Trade Center o la zafírica estructura Pompidou o The Metropolitan House of the Opera en Sidney, ¿qué albergan en su fondo?

Creo que no solo al mismo hombre, sometido a distintas inclemencias que han madurado su piel en ocres o uvas o duraznos, sino todo el anhelo, aún no cumplido, de hacer una sola arca elemental con piel de tigre de Bengala, sudores de *mustangs* o bisontes trepidantes en las praderas, bajo los rifles de los *buffalo bills* de turno, con los ojos suaves de la gacela de Thompson o con el letárgico ondular dual mamatorio de una sirénida mecida en un estuario tibio, mientras sangra la llanura desgarrada de zarpas y hondos colmillos, bajo el relato profundo de los tambores lamidos por los fuegos y barritan de celo los paquidermos desde el barro índico hasta Tanzania: todo lo nombrable en lo vivo, pero sin nombrar nada.

Esa sería la piel bosquejada con la cual flotaría ya, por fin, un arca final, la cual, por supuesto, deberá incluir un gran archivo sensible de todo lo que ha vivido, y un lugar especialmente sagrado para todos los seres que hemos destruido.

ARCO RITUAL DEL SONIDO INICIAL DESAPARECIDO EN INTENCIONALES LABIOS ANDROFÁGICOS

En posesión de los elementos básicos
de la gramática y la lingüística
apenas hemos vencido las —ahora— inconcebibles
barreras de torpeza y desconocimiento
que nos hacían —antes— enmudecer.

Se utilizan, ya con cierta destreza
y a veces con pueril autosuficiencia,
las figuras retóricas clásicas
bastantes familiares e ingenuas
a nuestro revelado entender,
que cree conocer, mas no imagina lo que viene.

Con solo símbolos escapados de lo matemático
para hibridarse con los escuálidos signos gramaticales
—punto y coma, dos puntos, diéresis, etc.—
descubrimos ahora cuántos sentidos
se abren
con las mismas palabras
con solo el cambio de un signo por otro:
fuerzas que se mostrarán paralelas en la carne.

Expertos en cacería de certera altanería
de los errores ajenos

hemos resultado nosotros,
al darle utilidad a los propios errores escondidos
de palabras que tiemblan
desde nuestro ser en otros seres
para destrozarnos, con un deleite sin destino,
a esos otros seres.

Pero algo me dice que algo perdemos
si continuamos viviendo solo de lo ajeno
para desmembrar y emascular lo vivo
de ese otro ser que,
sin cuidarse de nosotros,
nos entregó la existencia.

Que debemos seguir hacia lo profundo,
buscando la subyugante —pero difusa y tenue— luz
que es aura de las palabras en estado silvestre.
Cuando no han sido usadas o manoseadas,
ni amansadas ni violadas en su virginal sonido,
que no son metales que suenan desde espuelas de esbirros,
sino aguas en el fondo de las propias grutas hembras,
calientes y humedadas.

Porque algo nos dice —por el conocimiento
de los grandes secretos que aún no sabemos
si hemos alcanzado— que allá abajo, bien al fondo,
que comienza donde antes creíamos

que terminaba esa luz mortecina,
esta la gran revelación final fluyendo perpetua,
esta la gran revelación final
que hemos buscado desde siempre.

Que no es que no hayamos alcanzado antes
o se nos haya escapado de las manos:
esta la gran revelación final
del eterno flujo interminable,
que habíamos accedido a soñar
apenas por la generosidad de un infinito
que le va dando ojos, por momentos, a un ciego
para potencializarle su placer y otras palpaciones,
para cuando se los quite
— como casi siempre —
aprenda a no quejarse y perderse
en el eco de sus lamentos
alterados en su sonar de cobardía.

Sino que se hunda en su tiniebla de recuerdos
y desde adentro ya la tenga presa a ella
por un calor que es fuerza y visión
de instantes indómitos, indivisibles e invisibles.

Como un rastro de mar queda iluminado
por rápido relámpago entre las tinieblas
y vence las tinieblas del mundo,

ahondadas y más densas por el nudo oscuro
de la suma de nuestras propias tinieblas.

Y vencemos la oscuridad eterna
solo por la memoria de la luz,
que nació con nosotros y es más fuerte aún
que la destreza en reagruparse
del resto de la oscuridad del infinito.

Porque toda tiniebla es olvidable:
porque sus caminos resbalan en el oscuro sueño
que si dejamos a merced de los vientos
nos hunde y oscurece más en la muerte.

Si nos asomamos al brocal del pozo
que corona como boca de volcán
una montañosa dureza de espina vertical
—que algo debe buscar para penetrar, romper,
rasgar o destrozar más adentro del cielo,
para quedarse a vivir
aun después del cielo desgarrado—
estaremos en los confines de los poetas del abismo,
en los huecos negros que tragan sin control todo lo vivo
por magia sideral (según los últimos físicos),
pero con un mismo nombre universal:
cielo, cielo nada más,
cielo oscuro o cielo iluminado.

Porque en estos reinos desorbitados y vertiginosos
es posible lo post-útero-celestial
en la imaginación venida desde siempre
con el hombre,
expresada ya sea en un suspiro trunco
o en la inspiración ígnea verdadera
nacida en la intersección de la conciencia viva
—que no “piensa”—
y del belfo caliente, baboso y temblante.

Rastro que termina después de los bronquios
en los cuales nos hemos fugado disfrazados
para irnos navegando en la sangre
que nos devuelve o en ojos iniciados
o en cantos rituales primitivos
o en llanto invocante y convulsivo
para abrazar más ese olor fugado
en el interior de un ser
para cumplir su atroz llamado
—atroz según los normales, los felices y los muertos—
más cercano al bramido y a la estrangulación
(sus consanguíneos innombrables más cercanos)
reinantes en las escoriaciones
con las que marcas muescas de otro muerto más
en la culata de tu arma
“sin contar ni negros ni mejicanos”
en tus internidades genitales cartilaginosas,

prácticamente aleta dura y eructada
en un solo costado de tus carnes,
branquia huérfana para mi cuchillo
que ha de dejarte sin escamas,
bien desnuda, hecha sirena mujer,
a ti hembra de brumas de mares
—pero con curiosos anhelos de ladrillos humanos
agrupados en ínfimas y mínimas y lentas unidades
llamadas casas, que conformaran ajenas ciudades—
a ti, con tus mares que te azotan e inflaman por dentro
y que ensortijas a voluntad
con tus embrujos dolientes y quemantes,
cerrándote o abriéndote
como una boca que acoge o vomita
haciendo de este musculoso escualo,
muchas veces cuando quieres,
un elemental y despreciable pez olvidable.

Pero algún día no resistirán más tus labios
—a veces ensalzantes, a veces degradantes—
los sumados o inversos tirones de tanto infinito
que has necesitado para hacer creer a otro ser
en una apretada felicidad
que tus mismas carnes pueden abrirle
para entregarlo a súbitas membranas resbalantes
que ya no ven ni sienten ni guardan a nadie,
y menos a este ser.

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

Cerca te estará el abismo de la muerte, entonces,
entre fuerzas que hacen nacer los miedos aberrantes
—de donde sentimos la necesidad de dioses—
y la incomprensión que acaso inmoviliza lo mutable
para hacerle creer a este otro ser
que merece, por atávicas culpas castigables,
la pérdida del paraíso
que pudo ganar al tenerte a ti
y que ha perdido por no ser digno de ti.

Pero la verdad es que tu odio se ha unido a tus labios
para dejarme bailando cada vez más solo
sin percartarte que tu rabiosa inercia sideral,
poderosa al invertir la fuerza de atrapar en fuerza de soltar,
te irá convirtiendo en abismo que busca el abismo final hasta
olvidar la luz de las estrellas
con la cual te dormías
cuando un hombre te hundía
en la tibia oscuridad de la cueva
con el calor de su cuerpo y su respiración.

Cuando los seres de los mutuos sueños nuestros
se pasaban de una escena a otra
como en estudios de cine sin paredes
y caminaban por las praderas o las aceras
que hoy
—de cualquier forma—
quieres convertirme en ajenas.

Sin saber nadie si sigas la locura
de desorbitado corazón
y no logres detener
—o no te interese detener—
un desbocado torrente de sangre
que hiciste tu amenaza personal para este ser
al invertir la consumante biología apretante
en boca resbalante
por donde te iras tu misma finalmente,
al no haber nadie después de haberme ido yo
que estuve tan apegado a tu desprecio
tan disminuyente de mi ser
que ya no pudiste un día
ni verme ni sentirme ni alcanzarme.

TEMPORADA ALTA

Sé que de alguna manera funciona
(it does work)
el haber orado tanto
para que tu corazón nunca se entere
de que parte o bastante
de lo que me reclamarás siempre
como herida aleve
infligida a ti por mi
fue apenas bisturí noble
procurando,
de tanto amor que siento por ti,
que la herida no fuera mortal,
que el daño estuviera siempre
dentro del presupuesto
de centímetros de extensión mínimos,
proporcionales a la poca cantidad de tu sangre
apenas derramada
bajo un temeroso, pero serio control
que, finalmente, sí te evitó riesgo mayor
pero que, igualmente, te dejó en principio
en posesión de un poder primario
con el cual disfrutaste
casi más de lo necesario
al irme arrinconando entre las calles vetustas,
las casas de la gente normal

y un cielo cambiante, incesante,
que me pareció
—por las quizá excesivas coincidencias
de elementos de acoso—
que fue dejándome,
después de su final y exterminante
eliminación de azules,
solo los restantes sangrientos crepúsculos.

Como uno nunca sabrá qué hubiera pasado
al cambiarse de lugar en el Universo
—lo que es más fácil al observar
las doctrinas de la propiedad privada
y sus influjos en la cinética humana—
o muy paralelo, que no tan similar,
no el cambiar de ángulos
de incidencias de los tantos resplandores,
aun los que viajan por destino e iluminan
algún lugar de un rostro
para dejarlo desgastado
bajo la axiomática progresión de que cada Instante de su luz
se paga igual que un similar instante de ese otro rostro
bajo la luz que lo resaltó, efímero, en el Universo.

Nadie ha podido, hasta ahora,
sucederte en lugar ni tiempo alguno
de mi mente ni de mi corazón ni de mi alma.

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

Acaso lo anterior alimente ahora la certeza
de que lo mejor en la vida
es moverse por la fuerza de sus influjos naturales
y no tratar de colocar uno sus piezas intencionadas
en un tablero tan ilímite
que obligaría, simultáneamente,
a pensar en ejércitos interminables
y posibilidades de movimientos aun cuasinfinitas.

De todas maneras, cualquier otro ser
que yo intentase traer a morar en mis ojos
—llenos en todas mis posibles estancias
de descanso o intimidad por tu ser—
tendría que alojarse en algún otro lugar,
que muy buenos, acaso mejores,
hay bajo el cielo que se transforma
en estaciones y flores y climas y hundidos lechos
para los que creen que
—buscando sin merecer—
encontrarán.

Poemas del Libro

“Casa de luz”

(2016)

CORAZÓN DE LUZ

*A mi primo hermano Tomas Falquez Collante,
visionario mayor y auscultador de arcanos.*

Desde el inicio fuiste el guía.

De tu mano de hermano mayor
pasó mi sombra
entre edificios a través del tiempo.

Y conocimos finalmente
al inicuo dios de las destrucciones.

Y enterramos
junto a nuestro corazón
a los seres más amados.

Pagamos con nuestros ojos
la entrada a las tinieblas.

Pero no habíamos sido creados
para la hondura de la muerte.

Sino para habitar florecientes
la luz de la vida.

Hoy volvemos a compartir
las palabras,
las antiguas civilizaciones.

Con la risa rescatada
de entre los escombros.

Como ríen los arroyos
entre las piedras
que no pueden detenerlos.

Y es tu mano otra vez
refugio y consuelo y esperanza.

Y es tu mano el pan de nuevo.
Y el vestido.
Y la fraternidad.

CIRCOS DE MUERTE

*A Juan José Morales Tuesca, correoso y tenaz
como un guayacán o un búfalo cafre; fraterno
y gentil como el aire o como un manantial.*

Ahora, al final de las vueltas
del alucinante circo,
cumplido el carrusel y el vértigo
de la montaña rusa también,
salgo del complejo parque
de diversiones.

Pero al llegar a la calle,
frente al ruido de los autos ajenos a mí,
frente a tantas ventanas que se iluminan
al llegar la noche
y puertas que no están tranquilas
si no ha llegado su alguien,
no sé adónde ir.

Nadie me espera
en ningún lugar
del mundo.

A veces, cuando he pensado
en desaparecerme
veo que no tiene sentido:

que no hay necesidad
de querer irse aquel
quien para muchos
ya no existe.

Yo, quien fui cliente
de todas las urgencias,
hoy no tengo prisa.
Y con mi ser
palpo el desfile de seres
que se suceden
en mi corazón
temblante.

Estoy tan lejos del riesgo
porque mi corazón siguió
derecho
después de la muerte.

Y, además,
porque lo que llaman “vida”
nunca ha sido suficiente
para convencerme.

No creo en la grandeza
que nace del no desear
nada.

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

Porque llegar a no sentir
es haber negado hasta la luz
y el calor y el aire
donde siempre
se ha guardado
el fuego.

Porque, ¿para qué vivir
sin estaciones,
sin el verano que nos hace
palpar la fruta jugosa,
que nos hace
de la fluyente sangre
un altar sucesivo
donde officiar
aun lo que no nos pueden
sostener
como promesa?

Promesa alada, parte más de los sueños
que de lo que podemos retener.

Ahora, cuando las luces titilan
no solo en el cielo
de los poetas muertos,
tengo la noche por delante
derramándose
en el resto de mi vida.

Me extraña que yo, quien tanto busco,
no corra ahora detrás de nada.

Ni me angustie frente a los espejismos
que alguna vez asolaron mi voluntad
e hicieron de mí, claro que otro buey.

El problema no es sino del toro,
sin bravura suficiente
para librarse de los circos
de muerte.

CANCIÓN DE LA LLUVIA NOCTURNA

*A Jaime Collante Maza y su familia,
en la calidez fraterna del Sinú.*

La fina lluvia barre el techo
y no se decide a caer
de una vez por todas.

Lejos está mi hogar.
Lejos está mi techo.

Pero la noche es un ritual
de uno de los dos rostros
del Universo.

Está del otro lado del mundo el sol
que ahora a otros ilumina.
Sobre mi corazón, el silencio.
Y las tinieblas.

Y no acierto a saber si quiero seguir vivo
o si empujaría un poco las sombras
hacia el descanso eterno.

¡Qué falta me hacen María Teresa,
con su carita de koala,
Almita con su voz recién nacida cada vez que habla
y Orianita con su decisión
de ganadora sentada en la ternura!

Truena,
y es entonces cuando cae la lluvia.
Pero hasta los truenos
han ido quedándose
muy solos.

Rasga la noche
uno que otro relámpago.
Ya muy lejos.

Yo me he levantado a escribir
sobre la lluvia fugitiva.

Sé que nunca la lluvia
ha lamido la noche para destruir,
pero este es un país lleno de sangre.

Y no es suficiente la lluvia
para lavar tanta muerte.

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

Entre nosotros el pan de cada día
y el café caliente persisten
aun a pesar de la sangre
derramada.
Truena a lo lejos.

Yo amo la lluvia.
Y el silencio.
Y llueve

AQUEL NUESTRO HOGAR

Qué triste ver que el tiempo pasa
y no podemos estar juntos.

Aquel nuestro hogar
donde la lumbre cocía los alimentos,
donde reposábamos retozando
en la hamaca
mientras los canales de televisión
se sucedían,
donde dormías con tu cabello claro
ensortijado a la noche y a mi corazón,
nuestro hogar aquel
se fue derrumbando y hemos quedado a ciegas
tratando de encontrarnos
en un mundo interminable,
alimentado en su inmensa y creciente
extensión
por los días que siguen pasando.

Ya no podemos discutir
sobre tantas boberías que hoy
son tan importantes y extraño tanto.

Ya no tienes por quien llorar
cuando no he llegado
a pesar de dos o tres amaneceres.

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

Ya no hay vidrios que partir,
ni despertadores, ni camisas mías,
ni agendas, ni directorios que romper.
Al no estar tú, tampoco corre peligro
tu maravilloso corazón.

En cierta medida
—dirán muchos—
mejor que se les haya acabado
su hogar.

No lo merecían,
no merecían ser felices.

Porque eran dos salvajes sistemas
de maldiciones y dentelladas.

Porque creían que les iba a durar
para siempre.

Lo único que sé es que aun separados,
por no tener yo hoy como pagar las cosas
que antes tuvimos,
nuestro hogar está vivo.

Tan vivo
que el resto del mundo
no ha sido capaz
ni de bastarnos
ni de consolarnos.

SANTA MARTA

*A Luis Fernando Patín García, mi hermano siempre,
extrañado en el avance de los mares y los años.*

De niño veníamos
con mi madre a lo de la Virgen,
patrona de Santa Marta.

Era una fe que viajaba
con su hijo a bendecir,
a tocar los mantos
de yeso de la escultura
en azul y estrellas.

A pedirle mi madre a la Virgen
lo que nunca se ha cumplido:
que su hijo estuviera fuera
de los peligros.

Porque ya por su hogar,
por su esposo, mi padre,
Teresa, mi madre,
no rogaba.

Si acaso entrábamos
al azul de la bahía.

Las conversaciones volvían sobre Bolívar
—su muerte solitaria y heroica
por lo tísica y traicionada—
por la proximidad de la Quinta
de San Pedro Alejandrino.

Mi madre nunca habló mucho
de los años de hambre
en Ciénaga y Pueblo Viejo,
donde se le cerró el estómago
para siempre, acortando,
además de sus años,
la fuerza
de su alegría
y su esperanza.

Cada vez que vuelvo a ver
un suelo de mar pobre,
con sus chuvas boca arriba
vacías,
adobadas por un podrido olor
de sal
y restos de paseados putrefactos,
la imagino subiendo
desde el abandono
de esas playas,
donde el salitre también se come el alma,

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

a estudiar en una ciudad
—ahora cercana, pero entonces tan remota—
donde encontró flores,
silencio, libros y cariño.

Su ferocidad de a veces
hay que entender que era un miedo ancestral
de quien no quiere volver a contar
conchas de mar
en una playa interminable,
siempre marcada en su ser
con progresiones inevitables
de olvido.

Hemingway, Azorín, Balzac,
la geometría de Euclides,
El Tesoro de la Juventud,
Las Confesiones de San Agustín,
y los boletines mensuales
de la Academia Colombiana de la Lengua
me apuntalan su recuerdo
a diario doblaba sobre el escritorio
donde corregía exámenes de sus alumnas,
mientras me obligaba, angustiada,
a leer a Jonathan Swift
y a James Fenimore Cooper.

Escribo estas palabras aquí en Santa Marta,
donde el recuerdo de mi madre
es más fuerte que el de los “vivos”,
que hoy hablan de cultura
mientras se disputan un puesto
con el político padrino
o traidor.

La bahía, sus aguas,
han cambiado para mal,
por un derrame diario
e imperceptible
de pequeños Exxon-Valdez
que ya no dejan a nadie
de verdad querer bañarse
en las aguas que fueron azules
en aquellos años en la bahía
cuando mi madre venía más
a tocar el manto de la Virgen,
a pedirle que yo sirviera
para algo.

CASA DE LUZ

Sé que estaremos juntos otra vez.

Que sí tendremos una casa con jardín,
con patio, con fuente y el murmullo
del agua al rodar entre las piedras.

Un cielo azul lleno de pájaros sueltos,
revoloteando en tus ojos de miel.

Sé que tendremos otra vez las noches
para hablar y abrazarte.

Pero esta vez ya no me iré
a ninguna parte sin ti.

Sé que volveremos a salir abrazados
y cruzaremos todas las calles
que nos falta cruzar, de la mano,
como cuando comenzamos.

Sé que otra vez veremos a la niña
despertar a nuestro lado
y la cubriremos de besos.

Y tendremos más domingos, por fin,
muchos días de mar y de pescado,
de lagos y nieves y montañas.

Y muchos viajes juntos dormitando
los tres, el uno contra el otro.

Yo entendí para siempre que nadie
me interesa sino tú en este mundo.

Que son tus manos las manos adoradas
y son tus pies los pies que beso.

Que es tu voz el sonido de luz
que me hace temblar con solo oírte
y me hace llorar
desde cuando estamos lejos.

Sé que no te arrepentirás nunca
de que volvamos a estar juntos.

Desde que estamos separados
a ti también se te nota un aire
de tristeza.

El aire de luto, de desgracia,
que he cargado yo

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

desde que no estoy contigo.
Por eso piensa en esa casa de luz
que tanto necesitamos los tres.

Y no dudes más de mí.

Que el tiempo de muerte
que nos ha tocado vivir
habla bien claro de mis sentimientos,
inderruibles ante el tiempo
y el dolor.

De este amor que está más allá
del bien y del mal
y de la muerte.

Pero que es el bien para los tres:
tú, la niña y yo.

CANCIÓN PARA ILSE

A Ilse Bechara Castilla, generosa creadora de horizontes humanos, con mi recuerdo y gratitud.

Desde tus suaves manos
han brotado la música y la esperanza.

Y el tiempo no ha logrado endurecerte.

Porque los que pudieron escribir
tus ojos en el cielo
no alcanzaron a volar lo suficiente
y menos a inscribir tu corazón
con sinfonía de nubes y de ángeles,
de estallido de alas de cóndores,
como tu corazón tierno lo merece.

No importa que el tiempo no alcance
para los de medio vuelo,
porque tú sabes que vienes
de mensajes supremos.

Que sí se abrirán tus ojos
un día entre el estallido
de nuevos universos.
Porque tú lo mereces.

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

Porque has dado más de ti
que lo reconocido por ojos profanos.

Que tus manos han dejado de acariciar
el marfil del piano,
pero que tu ser sigue danzando vertiginosamente
entre la música y los sentimientos.

Ah, si alguien pudiera asomarse
y ver y abreviar en tus fuentes,
en tu agua clara y fresca,
en tu ser dulcísimo.

José Luis Hereyra Collante

CANCIÓN DE CUNA A JUAN MANUEL EN EL CIELO

*A la memoria de Juan Manuel Méndez Bechara,
ángel de la ternura.*

Me imagino el dolor de tu madre
Ilse, desgarrada

He sentido su dolor
Llorándote

Pero te veo como nos miras
Desde el cielo
Con tus grandes ojos negros
Puros
Como si nos iluminaras

Como la última vez
Que nos vimos y hablamos
En los jardines del otro lado del río
De nuestro lado del río

Y me decías que ella
Estaba enferma
Que por eso tenías su camioneta

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

Y tú de pies en mitad de la mañana
Contra la claridad del cielo azul
Querido Juan Manuel
Iluminabas la mañana
Con tu corpulencia buena
Y me mirabas sonriendo
Con tus grandes ojos negros
Chiquillo diáfano y bueno

Como debes estar mirándonos
Desde el cielo
Que ahora te protege
Como un manto eterno de luz
Para siempre

RIOHACHA, 12 MERIDIANO

*A Clarita Barragán de Ávila, Ituriel Gutiérrez y Karely Rosero,
recordados amigos del SENA La Guajira.*

De un color terroso
el mar de Riohacha
llega profundo revolviéndose
sobre su inclinada playa.

Cuatro rusticas lanchas
se bambolean en el mar
de mi izquierda
sin dueño, sin destino.

El muelle cierra el mar
de la derecha.

Cada embarcación que atraca
irá con sus obreros
a la plataforma de altamar
por aquello de los recursos
explotados.

Una delfín morena
juguetea fraterna con su amiga.

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

Las olas siguen revolviéndose
bajo un sol vertical
indetenible por las nubes,
ajeno a la piedad de los eclipses.

INVOCACIÓN DESDE EL ABISMO

*A Pedro Suárez Montes, inmenso amigo,
siempre inspiración de mi vida en lo humano y en lo ético.*

Dios, dame valor para enfrentar
los oscuros abismos de mí mismo.

No dejes que yo siga hundiéndome
lejos del amor de los míos.

Trae luz sobre mí hasta que despierte
la luz que llevo dentro,
la luz que me legaste al hacerme.

Devuelve el tiempo, tú puedes,
para que sea olvido el dolor
que yo haya causado.

Haz que mi vida florezca
y sea abundante manantial
para toda sed humana
por interminable que sea.

Dame paz, borra el lastre
de mi conciencia,
después que esta haya sido camino

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

y puerta hacia la armonía
con todo lo existente,
aun con lo imaginado.

Cierra la llave de mi fuerza
para todo aquello
que no haga parte del amor,
que siempre que se invoca crece.

Llévame a ser parte de todo
hasta ser Uno, y ya no haya necesidad
de pensamientos ni de esperanzas
ni de nada.

Sáname para que mi sangre
no se vierta desde mi costado
hacia oscuros abismos de muerte,
no sea que no alcance a andar
el camino que Tú me imaginaste
al crearme.

Señor, dame más silencio
para que el ruido de mis palabras
no me pierda de tu ser.

Mírame, Señor, no importa
que yo no haya hecho nada
para merecer tus ojos.

José Luis Hereyra Collante

Dame valor, oh, Dios,
para cumplir mi vida germinada
hasta ser trigo hecho pan.

CANCIÓN DE MIS TRES NIÑAS

Tres niñas juegan en el jardín
de mi alma.

Ellas no se asustan ante el trueno.
Solo creen en la lluvia
que las hará florecer.

Ellas no creen en espejismos infames:
solo cierran sus ojos
hasta sentir el corazón,
cuyo *tum tum* les mantiene viva
la vida.

Mis tres niñas aman:
no oyen voces de desgracias,
ni nadie puede mover los pétalos
de sus sentimientos
porque el viento que las estremece
es un soplo sagrado.

Su padre ha sido quemado
por dioses celosos.

Su padre dejó pedazos de su carne
en batallas sin suelo ni cielo.
Su padre ha muerto muchas veces.

Pero ellas saben que su padre
regresa siempre de los sueños atroces
 porque necesita cuidarlas,
 porque a ese amor de padre
no lo puede detener la muerte.

Tres niñas can tan en el jardín
 de mis sueños.

Ellas no temen los maleficios
 de brujas olvidadas.

 Saben que todo,
 desde un ser que ama,
 siempre será sagrado:
llanura que se extiende en luz
para que a sus juegos y sus cantos
 no los detenga la noche.

Tres niñas, mis tres niñas,
 llenen de risas mi penumbra
hasta brotar en mi la luz del día.

Juegan, cantan, mis tres niñas.

 Se sientan en mi corazón
A contemplar los horizontes.

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

Siempre alumbran con sus cantos
Mi alma que fue oscura.

Es miel mi corazón para ellas.
Estoy surcado de manantiales
para que sean más hermosas
que las flores
de los mismos jardines que cultivé
con mis manos en la tierra entera
para dárselos a ellas.

Tengo a mis tres niñas
en un cofre tan suave e invisible
que solo ante el amor se revela.

BALADA DEL PADRE AUSENTE

Lo que antes creía existir
 como condiciones
aun en los sueños reaparecidas,
lo que fueron mis imágenes
 día tras día reincidentes
 son hoy
tras el despedazamiento
de demasiadas camisas,
tras la ausencia de las casas
 donde algún instante
 tuve mis hogares,
tras la pérdida de los lechos
 donde mis miedos
utilizaron a mujeres nobles
 brotantes de mis hijas,
 lo que antes tuve
ahora, despojado, siento
que fueron una expresión misteriosa
como si alguien llegara a una playa
sin haber nunca estado
 en la tierra.

De verdad no puedo olvidar
 a mis hijas.
Ni tampoco quiero

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

que esos seres jóvenes
puedan llegar a olvidarme.
Ya el asunto no tiene nada
que ver con las madres
ni con los supuestos perdones
que su estado excivil
pueda administrarme
a nivel de habilitar teológico.

Estas palabras serán vedadas
solo hasta el justo instante
en el cual broten de lo despreciado
produciendo
cómo comprarles a las niñas
los jardines, los jeans,
la paz
que estas mismas palabras
les han vedado,
les han negado,
las han dejado solas,
esperando
junto con su padre
tan hasta ahora ausente
que haya sonrisas no derruibles
para ellas y él donde estén.

SINÚ, DICIEMBRE DE 1998

*A la memoria de Samir Tamer, amigo inolvidable,
en un Universo donde lo amarillo es Dios.*

A pesar de lo austral, del tango,
veinte años pueden ser bastante.

Si, porque un ser que ha muerto hace,
además del eterno río mutante,
que este Sinú sea otro,
un agua más,
un fluir de agua de verdad sin amigos.

Desde que Samir sucumbió
tragado por el encantamiento
no había yo vuelto a mirar
las aguas que ahora pasan
casi por entre el mismo cauce
ahora arenado de orillas,
demasiado llano,
que tantas veces miramos
desde su espacio de la Torre Garcés:
un descendiente del Oriente Medio
y un amigo preocupado
por su destino frágil
ante una mujer veleidosa.

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

Por supuesto, estas riberas
cargan ahora más excrementos,
impregnando los caminos hacia el río.
Esas aguas, menos mal que fluyen
para así no tener ahora
que oler muertos sumados
descendiendo desde todas sus vertientes.

Es bueno estar de frente al devenir
sin recordar, sin sentir nada
que disminuya el corazón
así sea al insistir en el querer
ido ya en el olvido.

No hay entonces que repetir
que el río es mutante,
que los seres muertos
ya no vuelven.

Pero estoy otra vez frente a unas aguas
que así no sean las mismas
me hacen ver a ese amigo
que no solo veo sino siento
desplazarse entre estos árboles
que quedan del agua fluyente
con su mameluco amarillo,
como una luz sin risa
impalpable, pero cierta.

OLVIDARÁS LA AFRENTA DE LAS ENCINAS QUE AMASTE

Al Dr. Orlando Cortés Bolaño

Sopla Tu aliento sobre este barco
hecho pie.

Exhala Tu hálito de un fuego
de tan profundo, inmedible.

Y haz un pie vivo y joven
de lo que ha llegado a ser
cascote lacerado, quilla fracturada,
maderamen astillado.

Brota suaves manantiales nuevos
por dentro de este pie
como si fueran su sangre y su linfa
savia virginal casi luz verdosa suave.

Pero no le cuentes el tiempo de errores
que ha vivido este pie herido y astillado.

Ni los caminos vedados que ha traspasado
o formado al soportar esta alma
que hoy lo necesita.

Entre otras cosas para no cansarse
al mirar el aire o bendecir los seres.

No, no le des el tiempo muerto de lo sucedido
en el formol de la memoria humana.

El tiempo ese que apenas sirve
para sumar rigidez a la rígida muerte.

Y amor por el que está tan muerto
que no siente nada por nadie,
y no tenía que sentir compasión por nosotros.

Y serenidad silenciosa, satisfecha,
de lo que pudimos saber de nosotros mismos:
de lo que resistimos e hicimos
y nunca imaginamos antes
que podíamos resistir o hacer posible
al clavarnos incommovibles en el infinito,
o ignorarlo.

Por eso, dale Tu hálito vivo a este pie
nacido también de Tu ser,
como todo lo existente igual por ti creado.

Sopla Tu dulce murmullo
de una esperanza de luz viva
que devora ella el tiempo
que a otros en ansiedad devora.

José Luis Hereyra Collante

Dame el siempre estar naciendo.

Dame el nacer siempre
con su perdurar vivo.

URNA DE UN DÍA, ESTEPA DE TIEMPO

La sierpe, el mal antiguo
fustiga la paz de los amantes.

Sin sujeción la memoria
devuelve una marea de detritus.

Revive —lacerante— escenas del pasado.
En carne viva tiene el alma
que parece sana al mirarla.

El mal se pasea por los sueños.
Tan dolorosamente que parece permanecer
ante la luz del día.

Borra las horas.
Instala su propio tiempo
que es a todas horas.
Y tiende a la penumbra.

La estatua de sal, la que fue mujer
gime ciega desde el interminable desierto.

Sé que en sus ojos de arena
está la ciudad vivida.

El perro que no tuvieron.
La alberca donde los voraces peces
sellaban en su ser las larvas de *Aedes aegypti*
para impedirles interceptar nuestra sangre.
Las hamacas que tímidamente
fueron escasos escenarios de amor.
Las sucesivas fotografías nacidas para morir.

No se sabe qué tiempo prima.
No hay sucesión, no hay porvenir
en sus más instantes.

Las ausencias son mutuas caricias hondas,
pero al volver sus cuerpos
se maravillan en una urna de un día.

No parece el sortilegio durar más
frente a los desgarramientos
que constituyen extensas estepas
del tiempo.

Creo que ya está instituida
esa proporción fluyente:
un instante de aroma tan intenso
que acaso sea el pago, el único equilibrio
de éxodos interminables.

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

O quizá su instantáneo manantial
de donde siempre
nacen los largos destinos
de los ríos.

Porque de nuestros destinos
es posible que en su razón sean pasos
que sigan en el Universo
alguna vez ya sin detención.

Que ya no se haga vivo el aroma
en nosotros algún día.

Que tengamos que sustituirlo
por la conjunción
de nuestros recuerdos
fluyendo en la imaginación serena
de nuestro único horizonte.

RITUAL DE LOS NÁUFRAGOS CIEGOS

Deberíamos volver al ritual
de lo ajustado
en el casar lo vivo con lo vivo suyo.
que, de tan cercano al absoluto,
logren ser uno
en una emoción donde los ojos vean
desde su verdadera simiente
ajena a la luz,
a las optometrías de la nada.

En un lugar de lo humano
solo sostenido al igual que el aire
densa su equilibrio con respecto
a sus cimientos ascendientes,
desde el palpitar mineral
hasta las organizaciones de sangre
y mugidos de miedo y temblor
cercaños a la inminencia del perder,
en ese misterio donde se revela
algo más profundo
que niega la necesidad de los sentidos,
en ese territorio
vuelves siempre.

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

De ti me han sido llenantes centellas a mi ser
tus siempre presentes presencias.

Hoy, una imagen de tu piel
o de tus nobles e incondicionales ojos claros.

Otra vez acaso un ahogo doloroso
en mis más oscura penumbra.

En otras es tu voz quien lame ronca
los bordes de mi angustioso sueño.

O puedo también sentirte
sin ningún apoyo en el recuerdo.

Va rodando el llamado tiempo
contado por los órdenes humanos.

Y no sé si algún día podré mirar
dentro de ti
como en un doloroso naufragio infinito
que no entregue playas de alivio
para amainar la condena del agua
al invadir pesada nuestra luz de aire,
sino una inagotable
creciente frontera
que no nos revele nunca

si hemos sido bendecidos
con la prórroga de la vida
en el abismal universo del sueño
donde seamos siempre todo instante
del resbalar mutuo
de las luces y las sombras.

De tanto tantear los aires
que hemos aprendido en los recuerdos
sé que es posible que nos estemos
acercando.

No herir a nadie o no permitir que se represente
un escenario de innaturales tragedias
es nuestro silencioso acercamiento.

Se hunde la mecedora
en el aire que acaricia y cede
a tus espaldas.

Y tu calor fluye desde tus cabellos
por entre tus labios,
rosado a muy rojo
rostro final de tu vientre.

Y vuelves a sentirme sufrir
como náufragos ciegos.

NUESTRO AMOR

La vida nos llamó a estar eternamente juntos
en la soledad y el cansancio, en el despertar y la leyenda.

Yo no te encontré: solo te reconocí.

Cuando caminé siglos a la luz suave de los cerezos
o a la rojísima claridad del amanecer del mundo
llevaba en mi brazo mi guitarra de poeta muy callada.
Y cuando te vi en mi boca y en mi pecho retratada canté.

Nunca quise saber por qué, porque nunca antes lo había hecho:
cumplí con las fuerzas eternas que mis espaldas sostenían.

La vida nos unió eternamente y nos condenó al infierno de la
gente.

Pero tú y yo nunca tememos: cuando nos juntamos
y nuestras bocas entonaron la sal y el vino, el ruego y la conquista
cuando tú y yo salimos al combate, se atravesó un ejército de
envidia
y con nuestro amor lo derribamos: por eso nos tememos.

A través del tiempo hemos ido caminando juntos,
en el frío y la soledad, en el calor de tu mirada
y en mi ser hambriento de ternura.

Y también estamos juntos siempre porque no podemos
separarnos:

somos la raíz y la última hoja del árbol de nuestro cariño.

El tiempo nos teme, la soledad nos busca para apoyarse en
nosotros.

El viento que silba desde antes de la humanidad y nos despeina
barre la arena para alisar nuestro lecho de mar.

La luz no quiere nunca que tus ojos se cierren, pues moriría.

Y en tu voz acuden presurosas mil voces que no hablan.

Mil voces que cantan en las islas, en las noches,
en las estepas desoladas, en las tundras, en los desiertos calurosos.

Mil voces que sumergen su silencioso sonido
en la entraña oscura de un oasis
y salen cantando junto al sueño esquimal de un iglú ártico.

Por eso tú y yo sabemos que estamos juntos

donde la vida florezca

o donde el retoño de amor se necesite:

en toda parte y en todas las partes.

Camina siempre como tú caminas: serena, altiva, radiante.

Con la corona de reina que yo te construí con mis besos.

Pisa el suelo de mi pecho que es la tierra donde pisas.

Bebe el rocío inagotable que mis recuerdos te entregó.

Ríe con mis fuerzas de macho enamorado y tuyo.

No desmayes nunca.

Muestra al tiempo nuestro amor de roca, burlador de la
intemperie.

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

Ríe y canta con esa boca tuya que yo esperaré por siempre.

Muestra a la tristeza mis poemas

y di al vacío que no se sienta ausente.

Dile a la noche que yo te espero siempre

y que te cubro siempre

con el manto cálido de un beso

que está siempre en tu boca

y en mi boca.

SED Y DESPUÉS UNA SONRISA

Tú eres la riqueza de mi mundo,
la espiga que siempre quiso convertirse en sol,
la flecha que dirige mi universo.

Cuando la tristeza me derrota mi escudo se levanta:
es tu recuerdo.

Yo nunca tuve nada, porque fui un ciego
que nació con la luz sin darse cuenta.

Porque fui un río impetuoso
sin mar donde entregarse.

Porque fui un árbol con las raíces en el aire
y las hojas sobre tierra.

Así descubrí las sombras día a día
buscando el rayo de oro cotidiano
y nunca supe lo que era pan al alba
ni un beso al acostarme.

Tal vez todo eso yo lo tuve,
pero ya no lo recuerdo.

Quizá si alguna vez sentí ternura
fue la voz que aconsejó esperar por tu llegada.

Yo nunca fui, nunca pretendí tratar de ser:
yo te esperaba.

Yo nací sediento:
descorrí las grietas, las caricias, derribé fantasmas,
até la música de un niño
a la resignación muda de una piedra,
olí desconcertado a todas las mujeres,
fui ladrón de besos, arquitecto de sueños constelados,
volteé todos los granizos y las nieves
y con mi loco calor los vi alejarse.

Acumulé toda la nostalgia y toda la amargura en cada paso.

Pero yo sabía de tu respiración ansiosa
en algún lugar del mundo.
Mi fe de macho me obligó a destrozar los arrecifes
y por fin un granito de sal
salido de tu soledad y de tus lágrimas
me dibujó tu sombra.

Hoy aquí me tienes:
dueño insaciable de tu ondulante poseer,
mendigo tierno del calor de tu pelo y de tu risa,

José Luis Hereyra Collante

trueno de tu alma y eco de tus grutas
aire de tus noches y espejo de tus luces,
rey feliz de tu ternura.

MEMORIA Y ANHELO DE SUS FORMAS EN LA LUZ

*Para Álvaro Rodríguez Lugo, amigo insustituible,
sacerdote báquico de lunas, doncellas y aquelarres.*

Desde esa mañana iluminada por el sol que le dibujó sus formas
supe de su soledad llamadora de mi ser.

Supe que después de su vida vivida usted sigue viva.

Y hay hebras de su cabello brillante y oscuro
que despiertan a este ser
como si estuviera dormida a mi lado
usted, roce de los amaneceres.

Hebras que enhebran con dulzura resignada,
desde ese día de sol,
a través del aire de esa mañana
a un hombre
que usted sabe bien que la mira y la siente
dibujando demasiado vivas
cercanías aún desde hondas lejanías.

Solo con estar cerca a su abertura de calor
olvido el resto del Universo
entre sus muslos renacidos,
al mirarla dentro de su arbusto negro
que abre su húmeda canción enrojecida.

Oh, canción de fuego negada
por los órdenes fríos de los normales,
los eternos decentes asesinos.

Los que nunca han mirado ni vivido
ni hecho nacer unos ojos.
Pero vacían ojos a diario y secan mirares.

Mujer verdadera, completa y cumplida
el día negado hasta ahora
cuando el cielo nos una en secreto.

Y me otorgue el placer de sondearle su vientre deseado,
iluminado por lunares que me dibujan
hacia su temblante y verdadero corazón.
Y sienta que me incrusto de muerte en usted,
encallando en los quebrados corales de su alma.

Sé que en sus carnes plenas,
intensas como las uvas maduras,
enterraré mi báculo solo y auscultante
y al despertarle a usted sus hondos manantiales
me embriagaré de su olor
ungüéndome en sus ungüentos sagrados
como un ciervo ciego herido
conducido por su aroma.

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

Primavera que debe florecer para que no primen
 más inviernos en invierno
sobre un lecho de hojas secas y barro subyacente
 de arroyo olvidado,
o en el húmedo callejón de las casas
 del trópico atardeciente.

Sé que usted nunca ha recibido,
 junto con su vientre
antes cargado irremediablemente,
la paz de una caricia sobre su suave cabello.

Mas sin haberla tenido
siento la suave luna de selva inflamada en usted,
 no lamida ni bebida nunca
a pesar del pasado de su vientre utilizado.

Dígame si es verdad que los años existen,
 si el tiempo es registrable
cuando llegamos a sentir.

No es mejor al descubrir
nuestro mutuo y revelado milagro
 que usted entrecierre sus ojos
en la hora en que oro al infinito sea cumplida
para que mi ser le lllore por dentro
un temblante silencio bajo el grito
de su selva abierta y empapada.

Apostemos a vivir y a ser felices
ya que ni usted ha sido feliz
ni yo lo he sido.

Bebamos un vino que moje el pan abierto
a ver cuántos se mueren
mirando de soslayo.

Resucitemos desde el pan y el vino
ofrendados
un día de trigales en flor
y vendimias propagantes.

Pero, cuán hermosa me parece usted,
ahora que por primera vez la nombro
con palabras de rumor de acequia abierta
por las manos llenas de afilado hierro
y el sudor oxidante.

No sé cuántas mañanas nos quedan
frente al fluyente infinito.

Qué nos importa el último instante
celebrado y sepultado en flores
por los que ya están muertos.

Solo sé que a su caliente ser lo necesito.

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

Y que se cumplirá esta comunión de luz
aun entre las celebraciones de los muertos
oficiadas muchas veces entre los capullos.

Mire hacia el oscuro cielo de las noches
y reconocerá que ese abismo oscuro
no otorga esperanza alguna
para nuestros cuerpos destruibles.

Pero yo acaricio con luz sus hondas penumbras.
E ilumino la oscura tierra al esperarla.

LOS NIÑOS DE LOS PARQUES

Poseen de verdad la absoluta condición
de no poseer nada en la vida.

Se mueven desde un lugar de maltrato,
por lo general, asfixiados
por un dolor que ya es físico y permanente.

Día tras día sufren atropello: el dolor del cuerpo en formación
lastimado hasta la sevicia.

Se encuentran algunos de ellos que desde que recuerdan
se encontraron en la calle.

Así, nada más, o el dolor brutal como diario elemento vivo
y lastimante sobre sus pequeños cuerpos.

O el sucio de la calle legada, cruenta suma de polvo minúsculo,
restos de paquetes de cigarrillos,
una que otra caja de chiclets aplastada,
gargajos de fumador,
alguna banca de los tales parques colombianos,
los parceros dispuestos a picotearles
el cuerpecito tierno y disputado.
En fin, solo la memoria de la calle.

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

Se les desprecia.
A los “niños bien” se les enseña a temerles
con repugnancia.
A veces las niñas paren antes
de las “realidades” burguesas del útero femenino.
“Son degenerados”, es fácil oír sobre ellos.

Pero los parques hablan de que la hierba los recibe,
como también las tantas lluvias
que sobre sus cuerpos van sumando
demasiados años de frío.

REFLEXIÓN DE LA PRINCESA SOBRE LA PIEDRA HÚMEDA

Sentada feliz, casi como una fruta,
de frente al mediodía
no sabe a quién espera.

Es posible que se le hayan turnado
las barajas
y aquel rey de bastos se confunda
con un valet de oros.

Llegan momentos en los cuales
para todos los seres
ninguna esfinge deja efigie.

Desde dentro
un conversatorio de magmas
entrega desde siglos
una tarjeta con solo su correspondencia
perpetuando una espera,
una agonía
desde donde nos han fracasado
los lenguajes que cargan
los seres necesitados.

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

La princesa,
que nunca ha tenido reinos
salvo sus carnes
que de verdad nunca ha sabido defender,
se enfrenta a un caso difícil:
lo que tiene enfrente
no coincide con el escuálido esquema
de treinta minutos
entre cuarenta billetes
(lecho incluido),
sin registrar interferencias
de ninguna naturaleza.

Además, siente una extraña urgencia:
un cálido vaho genital,
un sopor de los sentidos,
un indefenso y dulce estado de ensoñación
que no le es permitido vivir ahora,
y que le es corregido por el grupo
que carga final el miedo.

Se protegen las grupas como búfalas
ante el dios del trueno,
antes que las carguen
de fuego y lluvia en su sola llanura.

José Luis Hereyra Collante

Porque para su miedo
no existe grupo suficiente,
porque en su dormir
— como en el sueño de su amor —
su llanura es más sola
y hasta sus recuerdos se pierden
suavemente
iluminando la noche.

SIETE AÑOS DESPUÉS

No creía,
después de las devastaciones,
que fuera posible disfrutar del reino
de las consumaciones
que no tienen forma de advertirse
y que hacen de dos seres
mutua devoración,
sortilegio y hechizo.

Pese a las prolongaciones y las prórrogas
que hacen a veces de un ritual interminable,
se venció, para más fortuna mía,
lo angustiante que es querer acercarse
hasta aun dentro del foso,
más allá del fondo, y lo pudimos.

Creo en el delirio de las carnes embriagadas
por su solo contacto, por cumplir algún día
no solo su última cercanía imposible.

También sé que es ave extraña el cortejo
que nos hace olvidar los mutuos rostros
o aun que inexplicablemente
nos llaman por un nombre
que raras veces la felicidad

logra por fin hacernos olvidar.
Bien por brindar en una misma copa
donde fuimos finalmente un mismo vino.

Mejor dejar las ataduras para los actos
que nos convierten en estatuas de sal
al nombrar la esclavitud,
los legados de las canchas,
aquellos murmullos de muerte del pasado.

Preferible volver a vernos,
alegrarme como siempre de tu rastro
jamás creer que algún ser nos pertenece,
y si hay necesidad de otros siete años,
acordarnos del tiempo en el solo día
en que volvamos a encontramos.

Mientras transcurren las cadenas para otros
siempre rogaré que yo nada recuerde.

Ni que nadie se vea precisado tampoco
a cambiar las imágenes que nos regala
el tiempo
o que nos confluyen en los sueños,
por nada que se inmovilice en algo vivo
como la sedimentación calcárea
donde lo obsesivo crece hasta arrecifes,

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

hasta islotes en el agua fluyente
o aun, sobre la piel de las jubartas vivas,
forma formas
de familias carcomientes.

REITERATIVA LA ACTITUD

A pesar de tanto conocerse
la respuesta imprescindible
de quien sin pensar,
sin buscar,
siente en su interior un leve aleteo
de angustia que puede ser rebatido
con un desafío que se muta solo
dejando un soplo de aire
inexplicable:
¿automatismo de la vida, protegerse?

Que debe mejor ser evitada para
—por si acaso la intuición
coincide con un argumento insano—
no llegar a constituirle
al sentidor
doble vergüenza, dual inutilidad.

Con la lejanía la lejana puede
hacer extensa la luz cenital
hasta hundirla
en las primeras praderas
de la tarde.

Ahí mismo asoma
una curiosa y burlesca acción
de no tener que responder.
Y punto.

Pero esta vez hubo un cambio
de argumento, de horarios
intranquilizados
de dónde colocar la siesta,
dónde si ya el almuerzo
o si no digestión todavía.

Luego triunfal pasito sola
en la lejana conversación vespertina
dentro de la poética de diccionarios
y lecciones que empezaron
de memoria
en sus manecitas rosaditas
de niña buena en las sesiones solemnes,
en aquellas tardes de sueños de hogar
que por este sol hiriente y cansino
no ha podido mutarse en estancia
de sombra y paz que asegure el descanso
de los pasos diarios
hasta el más profundo descanso
de la muerte.

Tiene razón ella:
mucho pensamiento y sueños sonados
frente a demasiados días sin nada,
ni siquiera esperanzas
que se multipliquen como enredaderas
ya no de sueños.

SOBRE LA SOLEDAD

Siempre que atardecía
solo la cara de mojarra
ha ejercido un violento poder
sobre algún hombre,
el de turno de ella,
por ejemplo.

Para que las verdaderas
diosas ardientes,
las que podrían haber sido
de lo calientes
más perdidas
consideraran los caminos
de la multiplicidad
ajenos
—y creo que solo en casos extremos—
una situación provocada
—sobra decirlo—
por uno, por el hombre,
vuelca o puede volcar
lo que antes fue ternura
en unos labios que te dijeron
te quiero
al igual que un cuerpo
que ya comenzando apenas

quiso matarse
por el enloquecimiento
del ejercicio de la duda sobre ella.

Sobre el honor de un alguien
que no ha podido serlo
debido a las periódicas
—por lo menos hasta ahora—
avalanchas de fango
que han demostrado
el turbio cromatismo del río
que ella,
al conocerlo a él,
sintió jamás lo más lejano.

Desde que estaba viva
lo único ajeno a cadáveres
que recordará
fue su vida con él.

CONSUMACIÓN

Es posible que la ternura verdadera
sea más un deber acostumbrado
que un sentimiento.

Pero tus gruesos vellos rubios
— aislándose como flechas
hacia rotular tus piernas abiertas
o abrir en brillos dorados tus rodillas —
sé que no me llamaron en alucinación.

Hay un punto de embriaguez de la carne
donde ya no se piensa,
el lugar sin límite alguno
donde llegamos a atrevernos
a vivir lo otro,
lo que siempre soñamos.

Esto que nos fue dado
nos ha costado bastante,
no solo a los dos.

Porque hay en medio seres
que lagunan
recogiendo los riachuelos
que hemos podido ser

con nuestro amor
hasta ahora
nosotros dos de torpes aguas,
principiantes y débiles.

Estuvimos muy cerca:
pero creo que escogí amar
— sin las culpas que me han asistido siempre
como patrimonio cotidiano—,
escogí la lealtad o la inventé
y me propuse estar quizá de acuerdo
con la que un día me hizo saber
que era para mí ser la voz más pura
que había conocido
en la naturaleza.

También me inicie en comprender
para mi bien
sombras de frescura en mi ardiente
e inextinguible sed de mediodía.

Hoy, mi incursión en seres
que no eran para mí
me han hecho saber
lo que muchas colegas de ustedes dos
me han querido hacer saber:
que era mejor dos amores

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

llevados a ser satisfechas playas completas,
unidas por un mismo nudo de mar,
mas hoy indeseablemente equidistantes.

Hubo una que sufrió por ser lo que yo no pude defender.
Me cansé de ser ruinas, quise suelo verdadero.

Es posible que nuestros pies hayan hundido
algunos estados de la luna sobre las arenas,
aún sin saber si la montaña honda
o el vaho profundo del río cargado de muerte
sean nuestro destino.

Me fio de tus carnosos labios rojos
surcados de detenimientos blancos
—líneas apenas—
sobre el fondo blanco de la servilleta
que te pedí me mancharas con tus labios
para recordarte.

Así crean que no acierto,
sé que debo cumplir en el pasado
—aun sabiendo del siempre fluir
sin vector ni direcciones—
las tardes de tus diversas formas de grito
y angustiosas aberturas
de rubios y carnosos compases

que se hincaban inevitables
en el centro siempre
de mi vida,
de mi alma,
de mi fuerza,
de mí ser,
y circularon esferas lacerantes
en la suma
de mis tiempos,
en lo que algún día
podrá nombrarse como mi destino.

Se trata de que incesantes ejercicios
de bondad
buscando no alterar el gallinero beato,
intentando no ser notado
por los prójimos inquisitoriales,
queriendo —y soy sincero— ser bueno,
fueron arrumados como las hojas surcantes
frente a una entrada de garaje abandonado,
hojas secas y temblantes,
apenas sonaba o me abandonaba
a la vida viva y verdadera.

Contigo se acabaría mi angustia
pues sé que me haces olvidar
que busco,

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

me haces olvidar buscar,
me acercas a mí mismo,
a la paz que nacería
al no prohibirse nada.

Porque no tiene que mutilar nada
en otro ser quien
nació exacta para cumplir
la consumación en otro ser
que se ha pasado en crueles caminos
de desiertos.

Primero, al no encontrarte.

Y, después, al saber que eras tú
lo buscado
y no poder cumplirnos
por tratar de no lacerar a otras
que no sabemos si de verdad
se hubieran destruido
al saber lo nuestro.

DESFILADEROS

Ya a ti no te bastan caricias
de labios hinchándose
dejándote
nada más que el desasosiego
donde ahora me das en llanto
tu resbalo
mientras bajan densas,
antiguas nieblas babas
babas nieblas
y se te estrecha el corazón
palpitando y pidiendo
esta nueva vida
que prende del duelo
del mechón
que cargaron pesado
el sueño de tantas estrellas
y se hicieron fuego
cargado en intensidad
de tus entrañas,
intenso y mortal morir
de todo instante
de tus carnes inflamadas
e inflamantes,
vela que preñada
de un viento conocido

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

en su única memoria
sin nombre, respetable
busca dolida, sola,
solo una ráfaga de llama
de sacrificio
que ya supo que no tiene
miedo
del pedernal cruzando
grueso tu ser
desde los bordes
que resbalo en el fondo
de hambre de un fuego
que revela su llamado
para hacerme herida
sangrándonos
desde ambos
y sin que nada
del grueso fuego
pueda hacia nadie más
derramarse.

Desde aquella noche no he sabido
si esperar ni nada.

Pero, tumulto que dibujan,
que se forman bordes
vivos como un más perfecto volcán

que va y viene sobre mi vida
desde la primera vez me guían
con campanas innecesitadas
de tiempos, ni de amanecer
ni de misas
para decirnos y decir nosotros
temblando
que es legítimo
nada más
que aquello que se une
en lo oscuro
y no puede ser visto
aun desarrollado
en plena planicie
de instante de monte
pero que grita en sufrimiento
tan de dolor convulso
que apenas deja
el espacio
para el otro y nuevo ser
consumado
entre los desfiladeros,
las ventiscas y la muerte.

CONCERTACIÓN DE LO AJENO

A Marco Bertel Suárez, amigo de amigos, por su firme corazón, su serena inteligencia y su humor certero.

En principio debes llegar
a no sentir la vida
si te llama y no está incluida
en los estatutos
desde donde puedas palparla.

Los flujos y reflujos de los seres
por lo general son marcas vedadas,
auscultamientos de lo prohibido
prometidos de muerte.

Es decir, se creó una vida
amplia, intensa e infinita
a la cual hay que acometer
por el estrecho ojo de una aguja.

Todo casi de lo que hagas
o aún apenas anheles
representará tus sucesivos fracasos,
tu debilidad al reiterarse,
tu ser indigno del resto
del infinito,

José Luis Hereyra Collante

espaciarle parece, gozable
solo para la deidad.

Ni los ríos de lomo pardo plateado,
ni las llanuras mutantes
de colores del cielo,
ni el ser que te estremece.
Nada, casi nada, te pertenece.
Nada o casi nada. Eso dicen.

PARÁBOLA DEL FUEGO

*A Héctor Daniel Salgado Berrocal, entrañable
amigo, resplandeciente creador de formas y de luz.*

Si cruzas la línea
del fuego
y logras salir
indemne
de la terrible prueba
del dolor profundo
podrás merecer
la vida.

No que sigas vivo,
porque puedes parecer vivo
estando muerto.

No que tengas que ser
—el resto de la supuesta vida
que vas a vivir
después de fracasar
ante el fuego abrasante—
feliz.

Sino que salgas
de entre el fuego
del dolor
con el fuego prendido
entre tus manos
y rendido y siervo tuyo
como una presea.

LAS CARAVANAS

Se van, así como se ira el desierto.
Y no quedaran en lo humano
los turbantes de colores,
los sudores
ni la esperanza del dátíl
dulce
en la boca.

Las caravanas seguirán
en el aire eterno,
en el desierto eterno,
alimentadas por sangre
finita.

EL DISEÑO DEL ALMA

El diseño universal
del alma
cabe en la luz del polen,
en un hongo,
cabe en la gota del agua
ya cantada iridiscente,
cabe en una boca
que no habla y dibuja
el aire.

Casi nunca cabe
en el alma.

BRUMA REINCIDENTE

A mi gran amigo Jaime Nieto Caballero,
leal y espléndido siempre.

Asómate a la vida
de tarde o de mañana.

Asómate al valle
palpable
o acéptalo como abismo.

La bruma sigue allí
cada vez que quieres
mirar claro.

Sigue allí, volátil, huidiza,
pero persistente.

SOBRE LA CAVERNA DE LA VÍBORA

*Para Antonio Celia Martínez-Aparicio, inmenso amigo
de toda la vida, hacedor de cielos para lo humano.*

I

¡Cuán letales!
¡Qué desatadas son estas fuerzas!
Parece que no hubiera
salvación posible ahora.
Pero algo debe haber asistido
al hombre
desde su inicio
para estar ahora frente
al Abismo y la Creación.
Hay algo que prevalecerá
frente alW vórtice
y dará un nombre coherente
al Abismo.

II

He llegado al borde del Abismo.
No me le he negado
en su invitación letal.
Mis seres amados
respiran el infinito
con sus ojos, con su alma.

Pero soy yo quien debe
acometer la estepa para
la vida o para la muerte.
Ninguna de las dos visiones
es de verdad importante.
Si estoy aquí frente
al sol que me ciega
es porque fui hecho
para la luz.
Y puedo con el tormento
del fuego.

III

Es posible que haya
una profunda necesidad
de jugarse una partida
donde no haya premio
ni triunfo posible.
Una partida
aparentemente atroz
pero que devolverá
revelaciones
a través de los sueños.
Sabremos que extrañamos
la familia perdida,
pero recuperada serenamente
en la indagación.

Sabremos que lo vivo
no es lo muerto.

IV

Ahora nos enfrentamos
al misterio de la cicatriz
del alma.

Nada nos asustará
después del nácar
que desaparece

los labios

de la antigua herida.

Ahora sí podrán cerrarse
en paz

los órdenes que nos angustiaban.

Lo perdido por la muerte
ni regresa

ni tiene por qué ser invocado.

V

Si supieras cuanto te amo.

Si supieras que la luz
de tu aroma

no puede ser remplazada.

Nada me importa
salvo quedar en paz
con invitaciones

Canción del día y de la noche
Poesía Escogida

que no se resuelven
en las sinagogas.
Ni que tienen nombre,
pero dan la medida
del pie de mi ser
para poder morir
serenamente
al pisar un paraíso
merecido
y nunca amenazado.



Canción del día y de la noche
Poesía Escogida
Noviembre de 2021
Sincelejo, Sucre, Colombia

Canción del día y de la noche

Poesía Escogida

JOSÉ LUIS HEREYRA COLLANTE

Canción del día y de la noche, sin duda, está llamado a convertirse en una obra de referencia en el contexto nacional actual y porvenir de la poesía colombiana, tanto para el interés de los lectores como de los estudiosos, críticos e investigadores. Una suma poética como lo es esta obra, ayudará a comprender, desde la unidad de estilo hasta las constantes temáticas, a un autor ya indispensable en el mapa poético del caribe colombiano.

Es una obra donde se reconoce un largo proceso de compromiso con la vida, desde un punto de vista plural centrado en la lucha entre la esperanza y la desesperanza, entre la tensión a veces cruenta, entre el pesimismo y un optimismo al borde del abismo, poetizados como deseos inconclusos y ansias de libertad.

Este es un libro que, además de importante, es altamente trascendente, ya que en cada poema los lectores sentirán el desgarramiento sincero del ser que anuncia su canto desde lo más adentro de lo humano. Esta antología poética, a causa de su gran tono lírico, coadyuvará a que los lectores, experimentados o no, se acerquen a la poesía con admiración y maravillado respeto.

Carlos Ildemar Pérez

Otras publicaciones

Glitza y otros cuentos escogidos
Antonio Mora Vélez

Semana Santa de mi boca
Miguel Iriarte

La Danza entre los Árboles
Angélica María Sierra Franco

Hipertextos
Salomón Verhelst Montenegro

Volvió a cantar el viento
Guillermo Vergara

Maroia
Otto Ricardo-Torres

HAF
David Herrera Serna

Correspondencias
Henry Ortiz Zabala

El desagüe. Cuentos, reportajes y artículos
José Luis Hereyra

El Canto en la Aurora
Ma. Alejandra García Mogollón

Corazón de gato
Yildret Rodríguez Ávila

El Tiempo de la Araña
Angélica María Sierra Franco
Jesús Monterroza



José Luis Hereyra

Barranquilla, 14 de enero de 1951.

Premios y Distinciones Literarias,
Nacionales e Internacionales:

- Premio El Espectador de Literatura, Cuento "El desagüe". Bogotá, septiembre 1971.
- Premio El Espectador de Literatura, Cuento "Disección de un desencuentro", Bogotá, enero 1972.
- Finalista Premio Nacional de Literatura Vanguardia Liberal/Revista Jorge Zalamea, Cuento "El peso de ser hombre", Bucaramanga, 1979.
- Premio Iberoamericano de Poesía, "Garrincha", Colombia-Chile, 1985.
- Finalista Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia, "Esquina de Seis", Medellín, 1989.
- Finalista Premio Mundial de Poesía "Famous Poets Society", en Lengua Inglesa, Estados Unidos, junio de 2000.
- Finalista "International Library of Poetry Award", en Lengua Inglesa, Estados Unidos, julio de 2000.
- Premio Internacional Libro de Oro de la Literatura Colombiana 2019, otorgado por el Parlamento Internacional de Escritores, Cartagena de Indias.